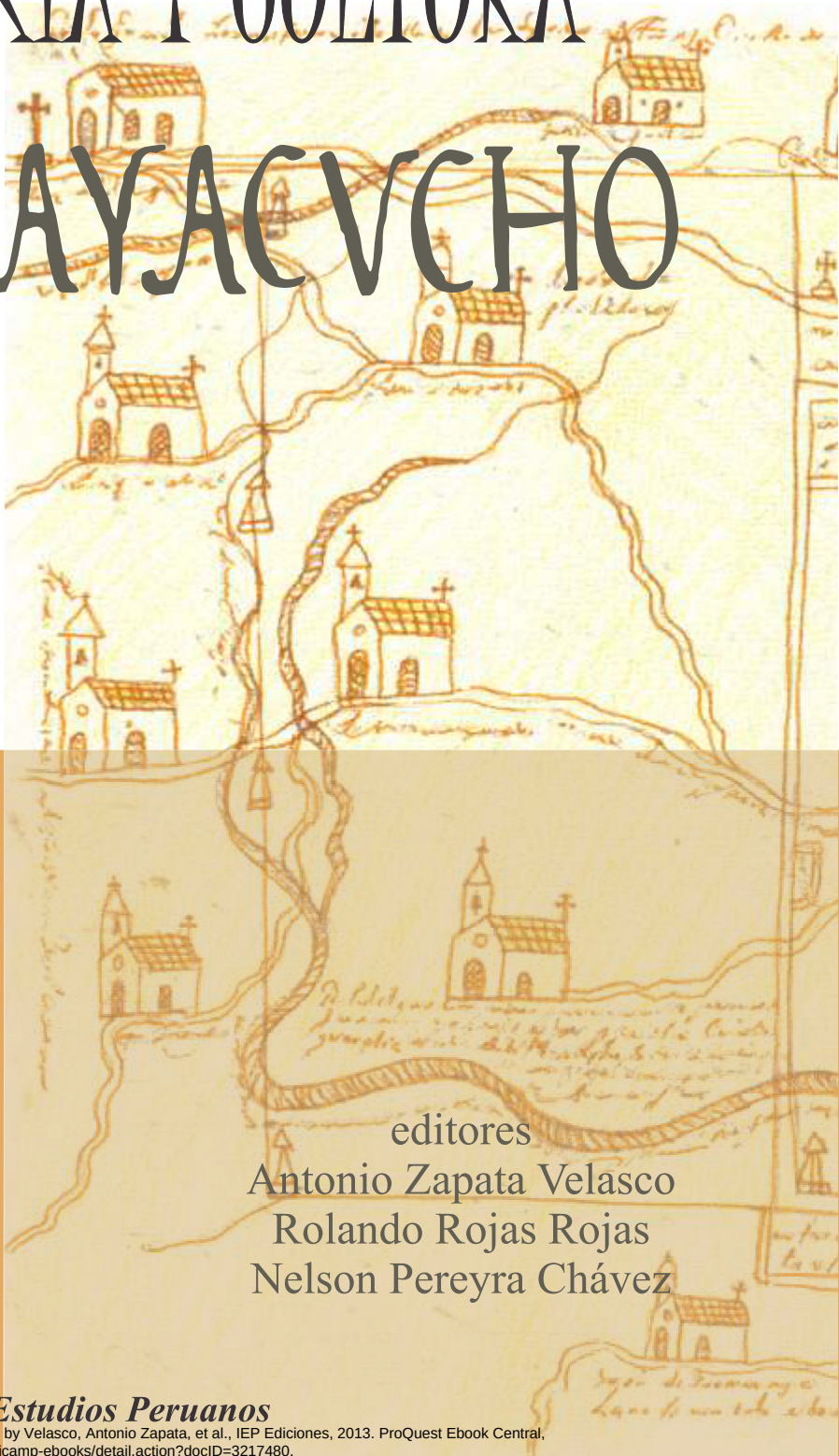


HISTORIA Y CULTURA de AYACUCHO

A historical map of Ayacucho, Peru, showing a river and several churches. The map is drawn in a simple, hand-drawn style with brown ink on a light background. It depicts a winding river flowing through a landscape with several churches, each with a cross on its roof. The churches are drawn with simple outlines and some have small bell towers. The map also shows some roads and other landmarks, but they are less detailed than the churches. The overall style is that of an old, hand-drawn map.

editores

Antonio Zapata Velasco

Rolando Rojas Rojas

Nelson Pereyra Chávez

IEP Instituto de Estudios Peruanos

<|>Historia y cultura de Ayacucho</|>, edited by Velasco, Antonio Zapata, et al., IEP Ediciones, 2013. ProQuest Ebook Central,
<http://ebookcentral.proquest.com/lib/unicamp-ebooks/detail.action?docID=3217480>.

Created from unicamp-ebooks on 2019-07-15 10:06:34.

HISTORIA Y CULTURA DE AYACUCHO

Historia y cultura de Ayacucho

ANTONIO ZAPATA VELASCO / NELSON PEREYRA CHÁVEZ /
ROLANDO ROJAS ROJAS
Editores

MARCIAL MOLINA RICHTER / VICENTE CÁRDENAS JÁUREGUI / ALEJANDRO ESCALANTE
PAÑAU / MÁXIMO GÓMEZ QUISPE / GIDEÓN BELLIDO MIRANDA / EPIFANIO
VALENZUELA TOMAIRO / ORLANDO AYALA ARAUJO / GOTARDO LÓPEZ CÓRDOVA /
ROBERTO TELLO PALOMINO / JORGE BUSTÍOS ZAAVEDRA / NEOFA MUNAYLLA LA
ROSA / ÓSCAR PALOMINO HERMOZA / ROLANDO QUISPE MORALES / GROVER AYALA
ROSAS / MARÍA TERESA AZPUR PALOMINO / ASTERIO YUPANQUI TORO / PRÓCER
ALMINAGORTA PEDROZA / MÁXIMO CONTRERAS CCONOVILCA / JORGE LUIS TORRES
CANDIA / ELOY ROBLES CARRIÓN / WILBER REYES ARAUJO / ROLANDO VILLANUEVA
PARIONA / BIBIANO ALCARRAZ CARVAJAL / WALTER MARIANO ARCE VILLAR / JAVIER
VILLANUEVA GONZALES / ELIO MUNDANA HUARANCCA / EUDES CÁRDENAS MARTÍNEZ /
KAREN GARCÍA CÁRDENAS / YONI AYALA GUTIÉRREZ / GABRIEL QUISPE MONTES /
AURORA GUTIÉRREZ BADAJOZ / MARISOL AVENDAÑO GUTIÉRREZ

IEP *Instituto de Estudios Peruanos*

Serie: Miscelánea, 11

© IEP INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telf. (511) 332-6194 Fax (511) 332-6173
Web: <http://www.iep.org.pe>
E-mail: publicaciones@iep.org.pe

ISSN: 1817-3187

Edición digital, octubre de 2013

ZAPATA, ANTONIO (ED.)

Historia y cultura de Ayacucho. Antonio Zapata Velasco, Nelson Pereyra Chávez y Rolando Rojas Rojas, eds. Lima, IEP

(Miscelánea, 11).

HISTORIA REGIONAL; DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL;
EDUCACIÓN; PERÚ; AYACUCHO

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
--------------------	----

CAPÍTULO I

El territorio	17
Ubicación y límites	21
Relieve	22
Suelos	24
Hidrografía	26
Ecosistemas	31
Desastres naturales	41
Desarrollo sostenible	46

CAPÍTULO II

El período prehispánico	51
La sociedad de las cuevas	53
La agricultura y la vida aldeana	56
Los warpas: un pueblo de valle en la región quechua	59
Wari, primer imperio de la antigüedad peruana	61
La circulación de obsidiana durante el Horizonte Medio	64
La caída de Wari	66
La Confederación Chanca	69
Vilcashuamán	73
Los grupos étnicos en Ayacucho	77

CAPÍTULO III

La era colonial	85
Huamanga	87
Encomiendas y corregimientos	89
El Taki Onkoy	91
La visita del virrey Francisco de Toledo	92

Catástrofe demográfica	93
Felipe Wamán Poma de Ayala	94
Curacas y comunidades	97
Minería	98
Obrajes	100
Haciendas	102
Esclavitud	105
Arte y vida religiosa	109
La fundación de la Universidad de San Cristóbal	111
La empresa temporal de la Iglesia católica	112
Repartos y rebeliones	113

CAPÍTULO IV

El siglo XIX y la primera mitad del XX	119
--	-----

La crisis de la Independencia	121
Haciendas	128
Industria	130
Comercio	131
Vida social	132
Morochucos e ichichanos	133
El guano	136
Andrés Avelino Cáceres	141
La Guerra del Pacífico	142
Las carreteras	145
Intelectuales	149

CAPÍTULO V

El siglo XX (1950 - 1970)	157
---------------------------------	-----

Reapertura de la universidad	160
Las haciendas y la reforma agraria	165
El movimiento por la gratuidad de la enseñanza	168
La educación	172
Las redes educativas	174
Tensiones y conflictos	178
Los años sesenta	179
De la reforma educativa de Velasco en adelante	180

CAPÍTULO VI

La violencia política	187
Antecedentes	189
Los inicios	193
El ingreso de las Fuerzas Armadas	196
Desapariciones, torturas y asesinatos	198
La “rebelión del coro”	199
La captura de Guzmán y la posguerra	201

CAPÍTULO VII

La cultura urbana	207
Música	212
Artesanía	220
Literatura.....	227

CAPÍTULO VIII

El mundo campesino	256
La racionalidad de la organización andina	258
Fórmulas históricas de organización social	262
Sociedad, naturaleza y religión	265
El calendario	273
La Fiesta del Agua	276
La mujer campesina en los Andes.....	282
Vida michiy	284
El matrimonio: formación de una nueva unidad doméstica ...	286
Adivinanzas en quechua	289

Recuadros:

El consumo de chicha	67
Arrieros, ferias y comerciantes	103
El advenimiento de la república peruana.....	128
Las vivanderas de Huamanga	146
Luis E. Cavero Bendeزú	176
Don Joaquín López Antay	222
El arte de la fotografía en Ayacucho	227
La hoja de coca	267

Introducción

ESTE LIBRO es fruto del trabajo de un grupo de docentes de la región Ayacucho y de un equipo de historiadores del Instituto de Estudios Peruanos. Durante seis meses realizamos talleres con el propósito de darle forma a las investigaciones emprendidas por docentes de Ayacucho para producir materiales de enseñanza. Los protagonistas principales fueron docentes de los Institutos Superiores Pedagógicos Virgen de Lourdes de Huamanga y Moisés Caveró de Huanta, pero no fueron los únicos, porque participaron también profesores de otras experiencias educativas de toda la región. De parte del IEP han participado Antonio Zapata y Rolando Rojas de Lima, así como Nelson Pereyra de la Universidad de San Cristóbal de Huamanga, quienes han sintetizado los materiales entregados por los docentes y han editado el producto final.

La metodología de este proyecto ha consistido en combinar el saber universitario con los materiales preparados por los docentes, para producir un texto al servicio del sistema educativo. Este libro está concebido para ser usado por profesores de colegio, que encontrarán en sus páginas una serie de conocimientos sobre la región, ordenados para ser fuente de clases de diversas materias. Se recogen tanto los aportes de la historia y las ciencias sociales, como también los saberes locales sobre la cultura ayacuchana: tradiciones, música, danzas, artesanía y folclore. Sin embargo, no cubre todo el espectro de conocimientos sobre la región Ayacucho. Ha sido un trabajo rápido, donde los investigadores han buceado en las fuentes impresas y los docentes han preparado materiales educativos, pero por la premura del tiempo, algunos temas de la historia y cultura regional han quedado sin ser tratados. En la mayor parte de los casos se ha resumido libros y tesis ya escritos y sólo hay pocos datos que provienen directamente del archivo regional. Así, es un libro que sintetiza fuentes secundarias.

Este texto se inspira en experiencias anteriores del IEP en la producción de libros para el circuito educativo. El área de educación del IEP ha desarrollado varias investigaciones sobre la materia y dos años atrás se implementó una experiencia similar en Huancavelica. En efecto, con financiamiento de la GTZ, un equipo del IEP integrado por Mariana Eguren y Carolina de Belaunde trabajó con docentes del Instituto Superior Pedagógico Público de Huancavelica para recopilar una historia regional, igualmente concebida como herramienta para docentes. De este modo, el libro que entregamos es el segundo de una serie de historia regional orientada a componer una nueva síntesis de la historia patria, esta vez tomando en cuenta la vida de las pro-vincias. Comprender y contar con amabilidad la historia y cultura de cada región, ese es el propósito de esta serie para reforzar la identidad peruana en el largo plazo.

La propuesta que hemos trabajado en el IEP busca que los cursos escolares expresen la historia, cultura y geografía regionales, para desarrollar una sólida identidad cultural entre los alumnos(as). A lo largo de estas páginas, los profesores ayacuchanos podrán realizar una introspección de su pasado, comprobar sus raíces milenarias, evaluar las etapas históricas atravesadas por la región, identificar sus problemáticas y valorar los aportes de su región al país y al mundo. Lo importante es que esos conocimientos reflejan las investigaciones de otros docentes y por lo tanto adquieren una fuerza particular. No es un texto producido por sabios desligados de la realidad local, sino que es una producción con ánimo bastante horizontal, porque fluye de docente a docente.

Los peruanos debemos mirarnos como dignos herederos de grandes civilizaciones. Todas las naciones prósperas construyeron una imagen positiva de sí mismas, de sus logros, realizaciones y también de los retos que enfrentan. Por ello, promover la historia regional es fundamental para elevar la autoestima de nuestros pueblos y cuestionar a fondo cualquier complejo histórico. Por ejemplo, la conquista ha sido narrada de manera que rebaja la herencia andina, porque se postula una idea falsa: que un puñado de españoles derribó a un imperio de millones. Luego, tanto el virreinato como la república han sido presentados desde Lima oscureciendo la participación de las provincias en la evolución nacional. El propósito de esta serie es contribuir a un nuevo equilibrio historiográfico que revalorice lo andino y enfoque la evolución desde la periferia hacia el centro. De este modo, aspiramos a preparar una síntesis de la historia peruana que incorpore todas las voces y las distintas memorias históricas.

Cada capítulo de este libro tiene una guía pedagógica que orienta al maestro con preguntas, actividades, un resumen y un glosario. Esa guía

pedagógica permite comprobar los conocimientos de quien va leyendo el libro y ofrece herramientas al maestro para realizar actividades y controles con sus alumnos. Con respecto a contenidos, el primer capítulo presenta el escenario geográfico, el medio ambiente en el cual se desarrolló la cultura ayacuchana, poniendo énfasis en su diversidad ecológica y en la riqueza de su flora y fauna. El segundo capítulo aborda la etapa prehispánica, desde la llegada del ser humano al Perú hasta la conquista española; se analiza el período lítico, el descubrimiento de la agricultura, la formación de sociedades complejas: Warpa, Wari, Chanca y la llegada de los incas a Ayacucho. El tercer capítulo trata sobre el período colonial; la fundación y urbanización de Huamanga, la introducción de encomiendas y haciendas; el proceso de evangelización y el Taki Onkoy; el arte regional y la fundación de la Universidad San Cristóbal. En el cuarto capítulo estudiamos el proceso de la independencia, las posiciones de realistas y patriotas; las grandes transformaciones producidas en la sociedad gracias al impacto del guano en la economía, la guerra con Chile y la reconstrucción nacional; finalmente, la modernización de la primera mitad del siglo XX. El quinto capítulo analiza la segunda mitad del siglo XX; la reapertura de la universidad, las luchas por la tierra y la reforma agraria, el movimiento por la gratuidad de la enseñanza y la modernización y expansión de la educación que precedieron a la época de violencia política. En el sexto capítulo el tema es el surgimiento de Sendero Luminoso y el inicio de la lucha armada, la intervención de las FFAA y la profundización de la guerra, la caída de Abimael Guzmán y la formación de las rondas campesinas como elementos claves para la pacificación. El séptimo capítulo estudia el arte y la cultura urbana: la música y sus principales exponentes, la artesanía y sus maestros, la fotografía, el arte pictórico (tablas de Sarhua), y las expresiones literarias (narrativa, poesía y teatro). El octavo y último capítulo trata sobre la cultura en el campo; el medio ambiente y la organización social, la religiosidad y la naturaleza, la fiesta del agua y el calendario festivo; las ceremonias del matrimonio, la mujer andina y los lazos del parentesco.

Esta investigación fue posible gracias al auspicio de UNICEF y del IEP, especialmente gracias a Carmen López, quien creyó en la iniciativa y la apoyó con desición. El equipo regional de UNICEF ha colaborado con la mayor eficiencia y amabilidad, quisiéramos destacar a José Coronel, por haber apoyado las actividades, asesorando a los docentes involucrados en la experiencia. Por otro lado, como vimos, los docentes de Ayacucho han sido numerosos, como también ha sido variada su procedencia. Todos ellos han entregando materiales para ser empleados en esta publicación, conformando el corazón de la iniciativa y aquí van sus nombres.

Universidad de San Cristóbal de Huamanga:

Doctor Marcial Molina Richter

Instituto Superior Pedagógico Público «Nuestra Señora de Lourdes»
de Ayacucho:

Prof. Vicente Cárdenas Jáuregui (Coordinador)

Prof. Alejandro Escalante Pañau

Prof. Máximo Gómez Quispe

Prof. Gideón Bellido Miranda

Prof. Epifanio Valenzuela Tomairo

Prof. Orlando Ayala Araujo

Prof. Gotardo López Córdova

Prof. Roberto Tello Palomino

Prof. Jorge Bustíos Zaavedra

Prof. Neofa Munaylla La Rosa

Prof. Óscar Palomino Hermoza

Instituto Superior Pedagógico Público «José Salvador Caveró Ovalle»
de Huanta:

Prof. Rolando Quispe Morales (coordinador)

Prof. Grover Ayala Rosas

Prof. María Teresa Azpur Palomino

Prof. Asterio Yupanqui Toro

Prof. Prócer Alminagorta Pedroza

Prof. Máximo Contreras Cconovilca

Prof. Jorge Luis Torres Candia

Prof. Eloy Robles Carrión

Prof. Wilber Reyes Araujo

Prof. Rolando Villanueva Pariona

Prof. Bibiano Alcarraz Carvajal

Prof. Walter Mariano Arce Villar

Prof. Javier Villanueva Gonzales

Prof. Elio Mundana Huarancca

Otras experiencias educativas de Ayacucho:

Prof. Eudes Cárdenas Martínez

Prof. Karen García Cárdenas

Prof. Yoni Ayala Gutiérrez

Prof. Gabriel Quispe Montes

Prof. Aurora Gutiérrez Badajoz

Prof. Marisol Avendaño Gutiérrez

Capítulo I

El territorio





Mapa Físico



Red vial



Cuencas hidrográficas

Copyright © 2013. IEP Ediciones. All rights reserved.



Ubicación y límites

La región Ayacucho se localiza en los Andes peruanos sur centrales, entre los paralelos 12°07'30" y 15°37'00" de la latitud sur y los meridianos 72°50'19" y 75°07'00" de la longitud oeste. En términos políticos, Ayacucho limita por el norte con Junín, por el sur con Arequipa, por el oeste con Ica y Huancavelica y, finalmente, por el este, con Apurímac y el Cusco.

La mayor extensión de Ayacucho se localiza en la región de la sierra comprendiendo tanto altiplanicies, como punas y valles interandinos (88,7% de su superficie) y, en menor medida, en las regiones de ceja de selva y selva alta (11,3%). Con una extensión total de 44.181,04 km², es el octavo departamento más extenso del país, dividido políticamente en 11 provincias, 109 distritos, 951 anexos, 524 caseríos y 977 centros poblados menores. La capital del departamento es la ciudad de Ayacucho, ubicada en la provincia de Huamanga.

En términos de geografía natural, su límite norte está definido por el río Mantaro y luego por su confluencia con el Apurímac. Con el Cusco, al este, el límite está marcado por el río Apurímac, una de cuyas orillas es Ayacucho y la opuesta Cusco. En tanto con la región Apurímac, el límite está definido por el curso medio y bajo del río Pampas y en la parte alta por el río Soras. A partir de ahí, los ríos dejan de jugar un papel determinante como línea de frontera y esta se traslada a las cumbres. Más allá del curso alto del río Soras, aparece el cerro Antapunco y sus estribaciones conducen a una línea de cerros que van a toparse con los glaciares eternos del nevado Tranca. Ahí se encuentra el límite de tres regiones: Ayacucho, Apurímac y Arequipa.

Un brazo del nevado Tranca conduce a un pequeño glaciar. Desde ahí la línea de frontera con Arequipa se dirige al sur, pasando el nevado Potusi,

el río Oyolo y finalmente rodeando las estribaciones del gran nevado Sara Sara. La última provincia de Ayacucho en ser formada políticamente lleva precisamente el nombre de este nevado. A continuación, la frontera regional sigue la línea de promontorios que forman la meseta de Parinacochas, nombre también de otra provincia ayacuchana. A partir de ahí la línea de frontera sigue hacia el cerro Pochco y se dirige abruptamente hacia la costa hasta encontrar la quebrada Carrizal que sirve de límite con Ica. Para llegar ahí, la frontera de Ayacucho con Arequipa se encuentra al borde de las nacientes de los ríos Ocoña, Chala, Yauca y Acarí.

Con el departamento costero de Ica, el límite de Ayacucho prosigue cortando las altiplanicies de la provincia de Lucanas. La frontera regional atraviesa las nacientes de una serie de ríos que corren hacia el Pacífico. Todos ellos forman la gran cuenca del río Grande, donde se ubica Nazca.

El cauce del río Grande lleva al límite natural con Huancavelica, prosiguiendo hasta la quebrada Pate. Hacia el este se halla el cerro Mollepunco, donde la frontera toma hacia el norte. En esa dirección recorre 65 km hasta hallar las nacientes del río Pampas y gana las alturas hasta el cerro Azulcocha. La frontera sube y baja atravesando los ríos Apacheta y Pocchomayo hasta encontrarse con la boca del río Vinchos. Luego, la línea demarcatoria sigue el curso del río Cachi y luego del río Mantaro, separando Ayacucho de Huancavelica y Junín. Prosiguiendo el curso del Mantaro, a 5 km de la comunidad de Huallhua, la línea de frontera regional corta transversalmente para encontrarse nuevamente con el cauce del Mantaro, que ya ha realizado la famosa curva que forma la llamada isla de Tayacaja, situada íntegramente en la región Huancavelica. De este modo, la frontera de Ayacucho llega nuevamente al Mantaro a 7 km del río Imaybamba, al otro lado se halla Junín. Prosiguiendo el Mantaro se llega a la confluencia con el río Apurímac donde se halla otra triple frontera, esta vez de: Ayacucho, Cusco y Junín.

Relieve

Hacia el norte, Ayacucho se encuentra atravesado por las estribaciones de la cadena del Razohuilca, que se halla entre la cordillera occidental y la central de los Andes. Por otro lado, hacia el sur y el este, la cordillera del Huanzo corta la región Ayacucho. Ella forma parte de la cadena occidental de los Andes. Ambos ejes montañosos forman tres grandes sectores geográficos, cortados en forma más o menos longitudinal de noroeste a sureste. El primer sector es selvático, tropical y se halla al extremo norte y este de la región. El segundo es la serranía propiamente dicha, se halla al centro y constituye la mayor parte del territorio. El tercer sector es una extensa alti-

planicie que se encuentra hacia el sureste. Este último sector es también parte de la sierra, pero es una puna que abre hacia la costa.

Selva alta

El sector selvático y tropical ocupa buena parte de las provincias de Huanta y La Mar, ubicándose en las áreas geográficas que abren hacia el este. El paisaje es de ceja de selva o selva alta y se trata de un territorio muy accidentado y de grandes pendientes. Estas quebradas son abruptas y forman valles pequeños que atraviesan muchas gargantas profundas y altamente erosionadas. Finalmente, concluyen en estrechos fondos tanto en el Mantaro como en el Apurímac.

En este sector se distinguen dos tipos de clima bastante similares, pero diferenciados porque a cierta altura ya es cálido y húmedo, pero aún es templado, mientras que más abajo, es directamente cálido y lluvioso. Los suelos son superficiales, hallándose una capa de roca dura a sólo 10 cm de profundidad. La erosión es elevada y en muchas partes las tierras no son cultivables.

Sierra y puna

El sector serrano propiamente dicho ocupa la mayor parte del territorio ayacuchano. Entre la cadena del Razuhilca y la del Huanzo se encuentra una compleja geografía conformada por elevadas punas, cerros prominentes, pendientes muy pronunciadas y valles interandinos normalmente estrechos.

En cuanto al clima, en la sierra se hallan presentes tres subtipos: en la zona quechua de valles interandinos el clima es templado; pero en la zona suni, a más de 3500 msnm el clima pasa a ser frío, para saltar a glacial al subir a la puna o janca, sobre los 4500 metros. La agricultura andina, como el maíz, por ejemplo, se ha hecho fuerte en los valles, y en las punas dominan los pastos naturales. Aunque algunos productos andinos, como la papa, nacieron en las zonas altas vecinas a las punas y es allí donde se halla la mayor variedad de tipos. Algunas pendientes ayacuchanas son muy pronunciadas y por consiguiente la erosión es fuerte conspirando contra la calidad del suelo para fines de agricultura. Algunos relieves abruptos son además muy pedregosos y, por consiguiente, bastante áridos.

Altiplanicies

La altiplanicie hacia el sur y el suroeste se extiende desde la cadena montañosa occidental hasta los límites del territorio ayacuchano por el sur y el

oeste, es decir con las regiones de Apurímac, Arequipa, Ica y un sector de Huancavelica.

Se trata en lo fundamental de punas y pampas, pero incluyendo muchos subconjuntos, definidos a partir de altitud y relieve. Entre ellas destaca la famosa Pampa Galeras, donde se halla la reserva de vicuñas: un proyecto de conservación desarrollado a finales de los años sesenta, cuando la población de vicuñas casi se había extinguido, logrando recuperar la especie. A menor altura, las punas son cortadas por un conjunto de nacientes de ríos que corren hacia la costa. Normalmente son cauces secos que se reactivan sólo en tiempos de lluvias, pero que cortan las altiplanicies en forma casi paralela formando los comienzos de la llamada yunga fluvial. En otros lugares, las fuentes de agua ubicadas en las alturas forman ríos que corren hacia el Pampas. Aquí también, se hallan punas cortadas por pequeños cursos de aguas que anuncian los valles interandinos de la región quechua. Finalmente, hacia el extremo sur y oeste de Ayacucho se halla la célebre meseta de Parinacochas y la laguna del mismo nombre. Esta meseta está flanqueada por algunas alturas, entre las que destaca el volcán Sara Sara.

En cuanto al clima, este sector presenta tres subtipos. En la zona de punas el clima es frío y en ocasiones glacial. Algo más abajo, en la región llamada suni, el clima es frío y templado de acuerdo con las estaciones. Gracias a la altura, ese es el territorio de los tubérculos andinos, combinados con la ganadería, porque los pastos naturales son parte fundamental de la flora en ese nicho ecológico. Por último, en las nacientes de los valles, tanto en los yungas marítimos como en los interandinos de sierra, el clima es templado y, como en todo el país, está fuertemente influido por una estacionalidad muy marcada entre la temporada lluviosa y la seca. De este modo, el dato fundamental del clima es su marcada variabilidad estacional, que hace depender la vida de que se produzcan efectivamente las lluvias entre diciembre y abril de cada año.

Suelos

Ayacucho cuenta con una superficie total de 4.418.104 ha, de las cuales el 23% se consideran aptas para la producción agropecuaria y el 71% son tierras que no favorecen esta actividad y/o requieren un tratamiento adecuado para garantizar su incorporación a la producción.

Las tierras de aptitud agropecuaria alcanzan las 1.284.572 ha. De ellas, el 16,48% son de uso agrícola en el sentido estricto de la palabra y el 83,52% corresponden a pastos naturales, dedicados mayormente al sostenimiento de ganado bajo el sistema de explotación extensiva.

Medidas en hectáreas, las tierras ayacuchanas de uso agrícola suman 211.710 ha. Las provincias que poseen mayor extensión de estas tierras son La Mar y Lucanas, con 19% y 18%, respectivamente; mientras que la menor extensión, 8%, le corresponde a la provincia de Víctor Fajardo.

Las tierras, definidas según su capacidad de uso mayor, se clasifican en:

Tierras aptas para cultivo en limpio

Son las más productivas de la región. Su explotación obliga a prácticas de manejo especializado, que facilitan su productividad y han empujado el desarrollo de una agricultura mecanizada. La Oficina Nacional de Recursos Naturales, ONERN, ha mapeado 140.000 ha de este tipo de tierras de primera calidad, que representan el 13,7% del total.

Tierras aptas para cultivo permanente

Agrupar tierras de valles interandinos, con pendientes suaves de 5 a 15% que permiten sembrar sin dificultad. La profundidad de estas tierras es muy variable, puesto que se hallan desde capas superficiales hasta horizontes de considerable espesor. En el ámbito regional la ONERN ha mapeado 3000 ha, que representan el 0,7% del total. Como puede observarse, estas dos primeras categorías sumadas no llegan al 14% de las tierras, un número reducido porque son las tierras específicamente empleadas para cultivos comerciales. De este modo, Ayacucho es una región de naturaleza más bien árida, que requiere de mucho trabajo e inteligencia para ser transformada en un polo de prosperidad.

Tierras aptas para cultivo de pastos

Son suelos de vocación para pastos, esencialmente conformados por gramíneas andinas conocidas como *ichu*. El relieve topográfico es variado y está dominado por pendientes cortas y configuración ondulada que facilita la ganadería. En el ámbito regional, la ONERN ha mapeado 1.130.000 ha, que representan el 25,28% del total de tierras. En esta región se hallaba la prosperidad en época prehispánica. Aquí estaban la ganadería de camélidos y también los pueblos de tejedores que hicieron famosos a los ayacuchanos del ayer. ¿Quizá la ganadería podría contribuir poderosamente al futuro progreso ayacuchano?

Sigue...

... Viene

Tierras aptas para la producción forestal

El relieve de estas tierras es variable, desde superficies planas y suaves, hasta fuertemente empinadas en diversos grados de disección. Entre éstas se hallan tierras con deficiencias de orden edáfico y topográfico, que imposibilitan su uso para fines agronómicos de pastura. Los bosques nativos que aún subsisten son: “quinual” y “quishuar”. Aunque durante la segunda mitad del siglo XX se ha sembrado una enorme cantidad de eucaliptos, tornándolo en la especie forestal dominante en los Andes peruanos en su conjunto. Se trata de suelos superficiales, denominados litosoles, por lo tanto son deficitarios en nitrógeno y fósforo, lo que no impide la fijación de especies forestales. De este tipo de tierras, la ONERN ha mapeado 155.000 has., que corresponden a un 3,5% del total ayacuchano. Los bosques son cruciales en el medio ambiente porque los árboles en las alturas protegen a los suelos de la erosión y mantienen la relación apropiada entre los distintos nichos ecológicos.

Tierras de protección

Así se denomina a las tierras que no reúnen las condiciones ecológicas mínimas requeridas para cultivo, pastoreo o producción forestal. Están incluidos aquí: los nevados, picos, pantanos, playas, cauces de río y otras tierras, que aunque presentan vegetación natural arbustiva o herbácea, su uso no es económico y deben ser manejadas con fines de protección de cuencas hidrológicas, vida silvestre, valores científicos, recreativos y otros que impliquen beneficios colectivos o de interés social.

Hidrografía

En Ayacucho, tres grandes sectores geográficos ordenan las cuencas hidrográficas de la región. Como vimos, estas tres subregiones son: la selva alta, la sierra propiamente dicha y las altiplanicies del sureste. Así, en primer lugar tenemos el sector selvático y tropical donde dominan dos grandes ríos: el Mantaro y el Apurímac, que confluyen dando origen al río Ene, ya plenamente en la zona selvática.

Las aguas de la red hidrográfica de Huamanga, Huanta y de La Mar fluyen a la vertiente del Atlántico y van a formar el sector de selva alta de Ayacucho. La cordillera del Razuhuilca gracias a su disposición longitudinal

permite que sus deshielos, en ambas vertientes de la línea divisoria, drenen sus aguas hacia dos colectores mayores: los ríos Mantaro y Apurímac.

El Mantaro aparece en Ayacucho al unirse con el río Huarpa por el extremo occidental, sirviendo de límite con la provincia de Churcampa de Huancavelica, tiene como afluentes a una serie sucesiva de pequeñas quebradas alimentadas por los deshielos de las lagunas alto andinas. Entre sus afluentes ayacuchanos destaca el río Paqchanqa.

A continuación, el río Mantaro, a su retorno por el extremo nororiental —límite con la provincia de Satipo del departamento de Junín— recibe las aguas del río Sanabamba, el río Vizcatán, en la ceja de selva del distrito de Ayahuanco; y finalmente del río Canaire, situado en la ceja de selva del distrito de Santillana. Toda esta subregión es caliente, pero árida, porque existe otra cadena montañosa hacia el este que corta su relación directa con los vientos cargados de lluvia amazónica. Así, aparece en Ayacucho un tipo geográfico situado en las montañas hacia el este, dotado de calor pero árido, porque la humedad amazónica está cerca, aunque está separada por una cadena montañosa.

El río Huarpa es uno de los principales afluentes ayacuchanos del Mantaro. El Huarpa surge de la unión del río Cachimayo con el Urubamba que baja de la provincia de Angaraes, Huancavelica. Por su parte, el río Cachimayo es otro de los afluentes ayacuchanos del Mantaro, resultando de la unión de los ríos Cachi, Pongora, Chiwa y Huanta, siendo el límite natural entre la provincia de Huanta y la región Huancavelica. El río Cachimayo tiene una gran importancia económica para el Ayacucho contemporáneo. Sus aguas han sido domesticadas por obras de irrigación facilitando el riego de la parte baja del valle de Huanta, Luricocha y Huarpa. Este río tiene un recorrido a través del sector serrano de Ayacucho.

A continuación encontramos a los ríos Vinchos y Pongará, ambos afluentes del Cachi, el cual se une al Mantaro. De ellos, el Pongará forma una de las zonas geográficas de Ayacucho con mejores tierras de riego. Estas laderas irrigadas prácticamente enmarcan la misma capital regional de Huamanga.

Por su parte, el río Ayarwaquna tiene sus orígenes en la laguna de Peruacocha, situada en las alturas del distrito de Huamanguilla. Este río presenta profundos cañones en las faldas del cerro Allcohuillca, desembocando en el río Cachimayo con el nombre Chiwa. A continuación, encontramos el río Huanta que nace en las lagunas del Razuhuillca. La parte superior de este cauce se caracteriza por recorrer un relieve suave, a medida que va descendiendo recibe el aporte de varios tributarios. En la parte media es torrentoso, presenta rápidos y cascadas y desarrolla gran velocidad. Este río, después de recorrer 18 km desemboca en el río Cachimayo cerca del Fundo

Toyas. Así como en el caso anterior, este río también tiene un recorrido por el sector serrano de la región.

Por su parte, los afluentes del río Apurímac corren hacia el sector de selva tropical de Ayacucho y se originan en la vertiente oriental de la Cordillera Central. En la provincia de Huanta, yendo de sur a norte, en primer lugar encontramos al río Piene, que sirve de límite provincial con La Mar. Enseguida encontramos a los ríos Acón y Sivia, que nacen en vertientes de la ramificación oriental de la cordillera del Razuhuilca. Por último encontramos el río Choimacota que nace de los deshielos del nevado Santiago. En la provincia de La Mar los afluentes del Apurímac yendo de norte a sur son cinco: Santa Rosa, San Pedro, Pucamarca, Anchiuay y Chiquintirpa.

El Pampas

El río mayor de la sección serrana de Ayacucho es el Pampas. Aunque una parte de su trayecto corre por el sector tropical de la región. En efecto, el río Ninabamba o San Miguel corta la provincia de La Mar y desemboca en el Pampas. A partir de esta confluencia se abre el Pampas bajo, que es bastante árido, porque las nubes cargadas de humedad, al este, encuentran la cordillera de Vilcabamba que les impide el paso. En su parte alta, el Pampas corre por las serranías y constituye el nervio central hidrográfico de la región Ayacucho.

El río Pampas nace en las lagunas de Choclococha y Orococha a 4800 msnm en la meseta de Castrovirreyna, Huancavelica. Toma la dirección oeste-este, ingresando a Ayacucho, donde forma un valle estrecho cada vez más profundo. Aquí se encuentran los poblados de Espite a 3010, Vilcanchos a 2982 y la capital provincial Cangallo a 2740 msnm. A partir de este punto se sale de la parte alta del Pampas y se ingresa a su curso medio. El Pampas penetra en su curso bajo cuando recibe al mencionado San Miguel y luego, confluye al río Apurímac a 1 500 msnm.

El Pampas recibe en su trayecto a diversas avenidas de agua, destacando por la margen izquierda: Chalhuamayo, Uchpamayu, Qaracha, Huancapi, Pampamarca y Chicha, situado en la frontera con Apurímac. Por la margen derecha desaguan los ríos: Wiros, Chullkumayu, Vischongo y Ninabamba o San Miguel; hasta su unión con el río Apurímac. La cuenca hidrográfica del Pampas en Ayacucho comprende a las provincias de Cangallo, Vilcashuamán, Huamanga y La Mar por el norte; y por el sur a Víctor Fajardo, Huancasancos, Sucre y parte de Lucanas. Por ello, el Pampas es el río fundamental de Ayacucho y ordena su hidrografía.

La cuenca alta del Pampas conforma el centro oeste de la región de Ayacucho, comprendiendo desde la unión con el río Chalhuanayo, en el límite con Huancavelica a 3650 msnm, hasta su confluencia con el río Qaracha a 2700 msnm. En este territorio se elevan algunos picos como Ritipata y Portuguesa por los 5000 msnm, entre los distritos de Paras y Chuschi; Lercona y Oqolla sobre los 4850 msnm en Espite. La característica de esta zona es su variado relieve que se inicia en la puna y continúa con fuertes pendientes al valle interandino. Siguiendo la clasificación de Pulgar Vidal en esta zona encontramos tres regiones naturales: quechua, de 2500 a 3500 msnm; suni, de 3500 a 4100 msnm y puna, de 4 100 a 5000 msnm.

La región puna conforma el 55% del área definida por el alto Pampas. Es un inmenso territorio caracterizado por un relieve de planicie ondulante y picos elevados, cortados por pequeñas quebradas; especialmente en los distritos de Paras, Vilcanchos, Chuschi y Sarhua, con clima frío pero con abundancia del recurso pasto e ichu, apropiado para la ganadería de camélidos, ovinos y equinos que comparten con las vicuñas y las tarukas.

La región suni conforma un 30% del área del alto Pampas, con pendientes de diversos grados que penetran hacia los valles alto interandinos. Esta región posee un clima templado frío, con abundancia de pastos para la ganadería y agricultura de productos de altura: especialmente tubérculos andinos. Aquí encontramos muchos caseríos y pueblos, como Urancancha y Qarhwaqoqo.

La región quechua conforma un 15% del alto Pampas, se extiende adyacente al río, profundamente erosionado, formando un valle encajonado y angosto, donde se hallan roquedales y pendientes muy profundas. Esta región tiene clima templado, apropiado para la agricultura y ganadería, especialmente en los distritos de Vilcanchos y Totos. En esta región quechua se asienta el poblado que es la capital de todos los distritos y también se ubican la gran mayoría de los asentamientos humanos. Aunque en el Alto Pampas, al igual que en muchas zonas de Ayacucho, predominan las tierras ubicadas en puna y suni siendo las quechuas una minoría.

En sus secciones alta y media, el Pampas recibe las aguas de cuatro cuencas que forman los valles de las provincias serranas de Ayacucho. Al sur oeste se hallan tres: los ríos Qaracha, Saccsara y Lucanas, mientras que al noreste solamente uno: el río Vischongo. En el límite con la región Apurímac, el Pampas se encuentra con el río Soras y de allí prosigue sirviendo de frontera político administrativa con esta región. Esta sería la sección principal del Pampas y la más significativa en términos productivos, pues conforma un valle interandino que recibe su propio nombre. Este valle

cuenta con buena dotación del recurso hídrico, aunque falta tierra porque corre bastante encajonado. No obstante el agua del río, el paisaje natural frecuentemente es árido y seco.

El Pampas ingresa a su curso bajo desde que recibe el importante afluente del Ninabamba o San Miguel por el noreste, hasta su propia confluencia en el Apurímac a 1500 msnm. En esta zona geográfica nos movemos en las regiones de ceja de selva y selva alta, presentando, por lo tanto, características ya analizadas que corresponden a la sección tropical de Ayacucho.

Parinacochas

La hidrografía del sector de altiplanicies abiertas hacia la costa y el sur de Ayacucho está dominada por las nacientes de ríos costeros. En esta zona también destaca la gran laguna de Parinacochas, localizada a 3200 msnm, en la meseta y provincia del mismo nombre.

En este sector geográfico encontramos una serie de cauces secos y paralelos que alimentan en época de lluvias a los siguientes ríos costeros: Chala, Yauca, Acarí y Grande. Cabe señalar que el río Acarí tiene su origen en tres lagunas alto andinas: Yaurihui, Apiñacocha y Pucacocha.

Por su parte, la laguna de Parinacochas tiene una extensión de 5800 ha; se ubica al pie del gran volcán Sara Sara; sus aguas son ligeramente salobres y poco profundas; goza de una microcuenca propia sin efluente. Es muy reconocida por la diversidad de zonas ecológicas muy diversas. En primer lugar, se encuentran especies vegetales del tipo de gramadales o tolar, en las áreas adyacentes que nunca se inundan. Luego se halla una orilla muy barrosa y de color blanco por acumulación de sales. De trecho en trecho, esta orilla está atravesada por riachuelos que fluyen hacia el lago. Más adentro, se encuentra un conjunto de plantas acuáticas sumergidas y un segundo cinturón de plantas flotantes. A continuación, densos totorales completan las secciones de elevada riqueza natural, seguidos por el espejo de agua abierto, que no es muy hondo. Extensa, sin profundidad, pero dotada de intensa vida natural, así es la laguna de Parinacochas.

Siempre reputada por su belleza natural y por ser el hogar de los flamencos que migran entre ella y la bahía de Pisco, el nombre mismo de la laguna proviene de la voz quechua, parihuana, empleada para nominar a los flamencos. Estas singulares aves se alimentan de pequeños crustáceos y algas que filtran con su pico especialmente adaptado para este propósito. Gracias a su riqueza medio ambiental, la conservación y puesta en valor de la laguna puede ser un importante polo de desarrollo turístico con beneficio para los pobladores de la zona.

Lagunas alto andinas

Un último punto de la hidrografía de Ayacucho es la existencia de lagunas alto andinas que constituyen la fuente de la mayor parte de los ríos mencionados. En el origen de las cuencas frecuentemente se hallan las lagunas. Entre otros ejemplos posibles vamos a presentar las lagunas de la cordillera del Razuhuilca en la provincia de Huanta. Esta cadena montañosa presenta un pico de mayor altura que lleva precisamente el nombre de la cordillera y que se eleva casi a 5000 m. de altura. La cordillera divide las aguas que corren al Mantaro de aquellas que lo hacen al Apurímac y preside una zona de pronunciadas quebradas, que descienden de 5000 a los 2000 por donde recorre el Mantaro y el Apurímac. Esas quebradas llevan cauces de agua que tienen su origen en lagunas que rodean los picachos más elevados. Ellas tienen un claro origen glaciar ocupando hondonadas y depresiones donde se acumula hielo y nieve. Un desagüe natural y, en ocasiones, una moderna obra de drenaje, lleva el agua de las lagunas a los cursos de agua y a los valles.

Entre las principales cuencas que nacen de la cordillera del Razuhuilca se hallan las siguientes: Huanta, Ayahuarcoma, Culluchaca, Luricocha, Lluncuna y Pacaycasa, todos ellos afluentes del río Cachimayo. A continuación, también nacen de lagunas del Razuhuilca ríos que corren directamente al cañón del Mantaro. Ellos son: Uchcurumi, Pacchanqa, Allpachaca e Igosohuayco. Por último, estas lagunas también son nacientes de ríos que corren al Apurímac: Piene, Yanabamba y Choimacota y de otros dos ríos que forman el río Torobamba o San Miguel que desemboca en el Pampas. Estos dos últimos ríos mencionados son: Quchapampa y Chalhuanayo,

De este modo, queda claro que tanto los valles y su productividad, como los asentamientos humanos y sus riquezas, de una amplia zona de Ayacucho, dependen de la conservación de lagunas alto andinas. Lamentablemente muchas veces están descuidadas por la sociedad y se encuentran en retroceso debido al calentamiento global del planeta. ¿Qué sucederá en unos años de continuar las tendencias actuales? ¿Se secarán los ríos? ¿Cómo conservar las lagunas alto andinas?

Ecosistemas

Al analizar el relieve de Ayacucho destacábamos la presencia de dos cadenas montañosas: Razuhuilca y Huanzo, que forman tres zonas ecológicas definidas longitudinalmente: las altiplanicies, la serranía y la selva alta. En esta oportunidad vamos a tomar el mismo esquema, pero para presentar las

regiones de vida. Por ellas comprendemos, la conexión del paisaje natural con la vida animal y vegetal.

Altiplanicies

Comenzaremos por las amplias altiplanicies que abren hacia el sur y el oeste de Ayacucho y que constituyen el límite con la yunga marítima. Esta ecorregión está ubicada en las vertientes occidentales andinas y es bastante seca. Aquí se encuentran muchas estepas, algunos pocos bosques y diversas formaciones de ichu porque la subregión se alza abruptamente desde la yunga marítima hasta las punas.

La flora está formada por diversas especies según la altitud en la que se ubican y entre las que destacan tenemos: la vegetación propia del monte ribereño, formada por algunas especies que se repiten en la yunga costera: molle, tara, carrizo, tuna, retama, sauce, huarnapo, chillca, mutuy aliso y pati. Luego, encontramos plantas con destino comercial: palta, lucma (o lúcuma), tara. También frutales, como limón, naranja, mandarina, mango, papaya, chirimoya, durazno, granada, granadilla e higo, manzana, níspero, pacaé. Asimismo, plantas alimenticias: papa, maíz de diferentes especies, oca, olluco, mashua, trigo, cebada, fríjol, pallares y otros. No debemos olvidar las flores como rosas, lirio, geranios, margaritas y muchas otras plantas ornamentales. Igualmente, en las faldas de los cerros crecen plantas xerófilas, como: las cactáceas o cactus de tallos carnosos y espinosos; la sábila, la achupalla; la cabuya o maguey. Finalmente, también hallamos el quishuar y el chamiso o taya taya.

Entre estas plantas quisiéramos destacar al chocho que crece entre 3000 y 4000 msnm, justo antes de alcanzar la puna. Es una leguminosa de flores azules o violetas cuyas especies silvestres fueron domesticadas hace miles de años. Con el nombre de tarwi se lo consume ampliamente en Bolivia, Ecuador, Colombia y Perú, siendo famosa por su elevada cantidad de proteínas.

No obstante la lista de especies vegetales, cabe destacar que las altiplanicies vecinas a la costa son una zona difícil para la vida vegetal. La causa se halla en su elevada sequedad. Peor aún, en nuestros días viene perdiéndose esta cobertura vegetal debido a continuas quemaduras y por el sobrepastoreo, especialmente de ovinos y caprinos.

En la fauna de esta ecorregión encontramos reptiles y lagartijas, también diversos tipos de serpientes, además de ciempiés, coralillo y escorpión. En cuanto a aves, se halla el gorrión, picaflor, huanchaco, perico, guardacaballo, y destacan por su número las palomas: torcaza, de cuello blanco, jilgueros, gavián, lechuza, búho, cernícalo o quillincho y perdiz serrana o

llutu. Los mamíferos más importantes son: el zorro andino, el añaz o zorrino, el puma, el gato andino u osjo, el venado gris y en los pisos ecológicos más altos, la vizcacha, que forma grupos numerosos en los roquedales. Además de los mencionados, también se hallan los murciélagos, entre ellos el vampiro común y cuatro especies de ratones

Puna y serranía

A continuación, encontramos la ecorregión puna, que se extiende desde los 3800 hasta los 5000 msnm, más allá de lo cual se encuentra la janca y las altas cumbres. En Ayacucho encontramos punas en todas las cordilleras, tanto en las altiplanicies vecinas de la costa, como en la serranía propiamente dicha e incluso en la última línea de montaña, antes de descender hacia la selva alta en el este de Ayacucho.

La ecorregión puna está cubierta principalmente por ichu, una planta que crece en manojos, sus hojas sirven de alimento a las especies ganaderas como también para el techado de viviendas de campo o estancias en época de lluvia. Por su parte, los pajonales se caracterizan por la predominancia de diversas gramíneas.

Entre los árboles tenemos el quinal y la puya Raimondi. Los quinales se hallan en ciertas zonas apartadas y de difícil acceso. Son bosques alto andinos que pueden ascender hasta 4500 msnm. Estas formaciones están constituidas por árboles de keñoa y de culli. En algunas partes estos bosques son muy tupidos, con árboles de hasta 15 metros y el suelo cubierto de musgos. La keñoa tiene una interesante adaptación al frío: su corteza se deshoja y forma un paquete alrededor del tallo para protegerlo contra las heladas. Este árbol es aprovechado para obtener leña, también para madera de construcción de casas rusticas y por último en tintes de hilados.

Puya Raimondi

La puya Raimondi, conocida como titanca, es un árbol bromeliáceo que existe en contadas regiones de los Andes peruanos. Es un árbol hermoso y singular como pocos en el mundo, constituyendo una de las excelencias naturales de los Andes. Fue descrito por primera vez por el sabio naturalista Antonio Raimondi y lleva su nombre. Un bosque muy nutrido de esta apreciada especie se ubica en el distrito de Vischongo, provincia de Vilcashuaman.

La puya tiene hojas de hasta 2 metros de largo, muy duras, cuyos bordes dan curso a espinas de gran fortaleza, dirigidas hacia la base. Estas hojas

parten de un tronco central en forma radial, confiriéndole a la planta un aspecto esférico. La puya es una elevada columna redondeada que se yergue en las laderas de los cerros. Las espinas son ganchudas, están dirigidas hacia la base; pudiendo constituir una trampa mortal para las aves y animales menores como las ovejas, que quedan enganchadas y se exponen a la muerte. Por esta razón, los pastores queman las hojas secas inferiores, lo que generalmente no afecta la vida de la planta.

La puya florece una sola vez en la vida, después de la floración la planta se seca y muere. La ocasión es espectacular porque su inflorescencia alcanza hasta 8 metros de alto y la planta entera es cubierta de miles de flores de color blanco cremoso del tamaño de un gladiolo. Cuando florece, miles de insectos y aves, especialmente el colibrí gigante, la visitan en busca de polen, néctar e insectos. Cada planta produce millones de semillas pequeñas, de las cuales unas pocas logran germinar y regenerar el rodal.

La floración de la puya Raimondi es considerada un buen presagio por los pobladores locales, anunciando buenas lluvias. Esta floración se produce generalmente en agosto y podría constituir un atractivo turístico de primer orden. Conservar la puya es una responsabilidad nacional, porque en el mundo sólo hay 26 bosques, uno en Bolivia y 25 en el Perú. De ellos, uno de los más significativos es el mencionado de Vischongo en Ayacucho.

Otras especies vegetales y fauna de punas y serranías

En la puna también son frecuentes los matorrales alto andinos, que se conocen con diversos nombres según las plantas predominantes. Asimismo, se encuentran plantas almohadilladas encima de los 4400 msnm y por las extremas condiciones del clima, se presentan formaciones de estas plantas pegadas al suelo y duras. Estas plantas se conocen como bofedales cuando crecen en lugares húmedos.

Asimismo, la puna es hogar de la champa, una planta formada por muchas especies raquílicas que crecen en los puquiales o zonas húmedas. Entre otras plantas destaca la yareta, de color verde y forma abovedada. También se encuentran la pallagua, de color blanquecino y de aspecto almohadillado y el huajoro o el huaracco, una cactacea raquílica que se cubre de abundante pilosidad. Sus frutos son esféricos.

Por otro lado, en la puna también crecen muchas plantas medicinales como la huamanripa, la escorzonera, el huira-huira, la ticllahuasha, el pushunco y otras. Asimismo en el cauce de los ríos o torrentes crece el cushuro esférico y cushuro laminar, dos algas de gran valor nutritivo. Por

último, los musgos y líquenes crecen adheridos a las rocas húmedas en los torrentes.

La mencionada planta yareta es característica de los Andes sur centrales y también se halla en las altas montañas más al sur. Es una planta muy singular porque tiene un intenso color verde y puede tener varios metros de superficie. Se calcula que alcanza miles de años de edad porque crece muy lentamente. Algunos ejemplares se cuentan entre las plantas más viejas del Perú y seguramente del mundo. Lamentablemente su uso como combustible la está extinguiendo.

La fauna de la ecorregión puna enfrenta condiciones difíciles para la vida, especialmente por las fuertes precipitaciones estacionales, el frío y las heladas; asimismo, por la sequedad del aire y la menor cantidad de oxígeno contenido en el mismo, a causa de la baja presión atmosférica. Estas condiciones han provocado una fauna adaptada a la altura, con grandes capacidades respiratorias y resistencias físicas. El ciclo de vida también se ha adaptado a las duras condiciones naturales. La mayor parte de especies se reproducen al final de la estación seca, porque ella es muy fría. Asimismo, durante las lluvias hay mayores posibilidades de alimentos. Como en todas partes, en la puna, el agua llama a la vida.

La fauna nativa está representada por las siguientes especies:

- Camélidos: llama, alpaca, vicuña y huanaco.
- Venado gris, parecido a la taruca, pero de pelaje más oscuro.
- Cuy silvestre, roedor que vive en los roquedales.

La vicuña

Un ejemplo paradigmático de las adaptaciones al ambiente de puna lo ofrece la vicuña. En primer lugar, está perfectamente bien ambientada al frío imperante, gracias a su fibra tupida y muy fina que precisamente la hace muy apreciada como lana para la industria textil. Sabe sentarse cubriendo completamente sus extremidades, que son las partes de su cuerpo menos protegidas por su pelo. Por otro lado, su sangre tiene muchos glóbulos rojos y capta mejor el escaso oxígeno del ambiente, permitiéndole correr bastante rápido no obstante la altura de su hábitat. Finalmente, la vicuña no arranca el pasto, como sí lo hacen todos los animales introducidos desde el Viejo Mundo. La vicuña corta el pasto con sus dientes que funcionan como tijeras. En consecuencia, la capacidad de hacer digestión es completamente distinta. La vicuña sólo coge lo que necesita y deja en el suelo sales que sí son ingeridas por los animales europeos. Por ello, los camélidos apro-

vechan la comida en una escala 25% superior. Además no malogran el suelo y, por el contrario, su forma de mascar permite la rápida regeneración del ichu porque no lo arrancan. Asimismo, la vicuña sabe pisar, lo hace con cuidado y a diferencia de la cabra por ejemplo, su paso no destruye, sino conserva.

Enormemente apreciada por la calidad de su lana, la vicuña casi desapareció hacia el año 1964. Ese año se tomó un censo según el cual quedaban menos de cinco mil vicuñas, que estaban desapareciendo rápidamente. En esas circunstancias se dio inicio a un proyecto conservacionista en Pampa Galeras, Lucanas, Ayacucho. Este, con sus altibajos, ha tenido éxito en superar la crisis de extinción y proyectar la especie. En sólo 15 años subió la población a 75.000 ejemplares y desde ahí se halla en muy lenta expansión. Sin embargo, los cálculos efectuados por científicos especializados señalan que antes de la conquista habían dos millones de vicuñas. Hoy nos contentamos con algo menos de cien mil. ¿Cómo recuperar las cifras del ayer?

Otros camélidos

Como es sabido, el Perú posee las cuatro especies de camélidos que existen en Sudamérica: dos silvestres, vicuña y huanaco y dos domésticos, llama y alpaca. La finura de su fibra y por consiguiente el buen precio de su lana hacen que destaquen la alpaca y la vicuña, mientras que la llama ha sido significativa como medio de transporte y proveedora de carne. El Perú posee el 90% de la población mundial de alpaca, el 60% de la vicuña y el 30% de la llama. El resto se halla en Bolivia y Ecuador y en cantidades muy menores en los demás países andinos.

Los camélidos ofrecen ventajas comparativas en relación con los ovinos y más aún con los caprinos. Están bien adaptados a los Andes, tanto para pisar como para comer. Por ello, somos dueños de los mejores ejemplares y controlamos la genética de estos animales. A diferencia de los ovinos, no tenemos que importar buenos ejemplares, porque en este caso los mejores son nuestros. Además, sólo poseemos el 1% de la población mundial de ovinos y nuestra posición en ese sector es insignificante, todo lo contrario de nuestra posición en el mercado mundial de las lanas de camélidos, donde somos dominantes.

Los camélidos producen carne, cueros y lana, al igual que los ovinos. La gran diferencia es que la lana de alpaca vale cinco veces más que la lana de ovino y, por su parte, la lana de vicuña vale mucho más que cualquier otra. Estamos frente a una de las mejores cotizaciones que se pueden hallar en el mercado mundial. Como veremos a continuación, durante la era prehispá-

nica buena parte de la riqueza residía en la ganadería de camélidos. Esta constatación viene acompañada por el conocimiento que en Ayacucho hubo zonas ganaderas de primera importancia en las provincias del sur y en todas las punas, incluyendo las alturas del Pampas. Por ello, es crucial la pregunta que ya hemos formulado en este mismo capítulo, ¿podría ser la ganadería la base para un nuevo ciclo de progreso y bienestar para la población ayacuchana? Pero, en esta ocasión, además de repetir la pregunta anterior quisiéramos también llamar la atención hacia las condiciones para un renacimiento de la ganadería. ¿Qué medidas concretas pueden tomar las autoridades para fomentar la ganadería de camélidos sudamericanos?

Otras especies de altura

Además de los camélidos, en el pajonal de puna viven varias especies terrestres. Entre ellas, el zorrino o añás, el zorro andino, el poroncco y el cuy silvestre y muchos roedores. Entre los depredadores principales están el puma y dos especies de gatos silvestres u osjillos. Ellos son los principales depredadores de aves, roedores y vizcachas. En las comunidades de plantas almodadillas y bofedales viven especialmente la taruca o el ciervo andino y la huallata o el ganso andino.

En el ambiente de puna viven algunas aves de altura: perdices, pisacca, y llutu. Este dispone de colores miméticos porque es mal volador y prefiere correr y ocultarse entre el pajonal. En las lagunas, además de las ya mencionadas parihuanas; se encuentra al yanawicu o ibis andino; la polla de agua que también vive en las lagunas; la huallata o huachua conocido como ganso andino; las gallaretas y los zambullidores, la garza, el pato de puna, el águila o halcón, el picaflor altoandino y el majestuoso cóndor. Esta ave rapaz, símbolo de poder en los Andes, tiene sus nidos en las altas cordilleras como el Sarasara, el Ccarhuaraso y el Rasuhuilca, desde allí incursiona en la sierra y también en la costa, porque migra en el verano al desierto costero y vuela hasta las islas Ballestas de la Reserva Nacional de Paracas.

La sierra árida

Entre las altiplanicies vecinas a la costa y las punas se extiende la sierra ayacuchana, la mayor parte del territorio regional. No obstante ser más húmeda que las altiplanicies, esta subregión también es bastante seca, incluso en términos relativos en un país tan árido como el Perú. En el Mantaro, también en el Pampas y hasta cierta altura intermedia en el mismo Apurímac, se registra zonas áridas, porque detrás, hacia el oriente,

aún hay una cordillera de montañas. Ella bloquea la circulación de aire caliente y húmedo proveniente del este. Además, el suelo es muy pedregoso y la erosión hace que sea poco profunda la capa arable. Por ello, en la sierra ayacuchana, incluso en el norte y hacia el este, son muy importantes las plantas cactáceas, la tara, la cabuya y algunos árboles muy antiguos y enredados en sus propias ramas. Esta vegetación es propia de un clima seco y con escasa humedad.

La tuna

La tuna es una fruta con bastante aceptación en los mercados porque es jugosa y sabrosa. Tanto fresca como procesada industrialmente tiene bastante salida y en Huanta se hallan plantaciones agroindustriales. Asimismo, se destaca la elevada productividad que puede alcanzar una plantación de tunas bien llevada. En esta ecorregión, la tuna y su parásito, la cochinilla, constituyen un recurso fundamental porque está adaptada a la escasez de agua.

Así, existe una asociación entre la planta y su parásito, que vive sobre las pencas y se alimenta de su savia, la que chupa con una trompa. Este insecto forma manchas blancas y sus hembras cargan un tinte llamado carmín. Desde la era prehispánica y a lo largo de la colonia, la tuna y la cochinilla han sido explotadas y hasta hoy constituyen un recurso económico de la población local.

Las grandes potencialidades de la tuna derivan de su adaptabilidad a las quebradas áridas, no compite con otros cultivos, sino que ocupa tierras marginales. Además, protege los suelos ofreciendo una cubierta protectora contra la erosión en temporada de lluvias. Por último, sus usos son múltiples. A los ya mencionados de la apreciada fruta y el tinte de la cochinilla se añade que la penca es consumida por el ganado como forraje, que tiene uso medicinal y por último también es útil para la producción de gomas. De acuerdo con los expertos, una hectárea bien llevada de tuna puede producir cinco mil soles anuales. Estas cifras muestran que en gran medida puede convertirse en una alternativa productiva interesante, sobre todo en las amplias zonas áridas de Ayacucho.

Selva alta

Por último, vamos a presentar la ecología de la selva alta y ceja de selva. Como vimos, esta ecorregión ayacuchana se ubica en el valle del río Apurímac y sus afluentes por la mano izquierda, ya que la orilla opuesta corresponde al Cusco. Un primer dato a considerar es que se trata del único río nave-

gable de Ayacucho y que la vida humana se ha visto facilitada por la capacidad de transporte utilizando botes y lanchas.

La vegetación es muy variada en especies de árboles, arbustivas y plantas epífitas, especialmente orquídeas, aráceas, bromelias o achupallas, helechos, musgos y líquenes. El bosque se va haciendo menos denso conforme aumenta la elevación del terreno o la altitud y las epífitas ocupan una proporción cada vez mayor, culminando en los bosques enanos de la llamada ceja de montaña. Así, la vegetación muestra una zonificación muy característica en pisos desde las partes bajas hacia las más altas, con cambios pronunciados en la configuración de las especies.

La ecorregión de la selva alta de Ayacucho presenta tres pisos de vegetación característica. Estos pisos, como todo en el Perú, dependen de la altura. Se trata de: bosques de lluvias de montaña, bosques de neblina y bosques enanos o “ceja de montaña”.

El bosque de lluvias se sitúa entre los 600 y los 1300 msnm, y sigue inmediatamente a los bosques de la selva baja o tropicales amazónicos. En este piso ecológico, los árboles alcanzan 50 metros de altura y el sotobosque es más denso; abundan las palmeras y las epífitas son más numerosas que en el bosque de la selva baja. Contiene importantes especies maderables como el tornillo y el cedro, y también formas silvestres de especies de plantas nativas útiles como el cacao.

Por su parte, el bosque de neblina se ubica entre los 1300 a 2500 msnm. Los árboles son más bajos y retorcidos que en el piso anterior. El bosque combina estos árboles con muchas epífitas (musgos, líquenes, helechos, orquídeas, bromelias, elicáceas, aráceas.), helechos arborescentes de hasta 15 metros de altura y gramíneas, especialmente el suro o chagra. Este bosque contiene especies maderables importantes como el cedro de altura, el nogal, roble, varios *Podocarpus* denominados ulcumano, turpay, entre otros.

La humedad es muy alta por las neblinas persistentes. El suelo está cubierto de una gruesa capa de materia orgánica y musgos. En este piso ecológico, los valles son estrechos y las pendientes muy pronunciadas. Los ríos son torrentosos y se precipitan por pendientes muy altas, produciéndose numerosas cataratas, generalmente en cañones profundos.

El denominado bosque enano está situado entre los 2500 hasta los 3000 msnm. Al igual que en el caso anterior, pero de una manera más pronunciada, en este piso ecológico las pendientes son muy pronunciadas y los ríos están encajonados en estrechos valles, dotados de frecuentes caídas de agua.

En todos sus pisos ecológicos, la región de la selva alta ayacuchana tiene una biodiversidad de flora muy variada y compleja, abundante en

especies y exuberante, pues ha tenido un fuerte desarrollo debido a la humedad y temperatura. Entre sus numerosas especies destacan las siguientes: los árboles madereros, como caoba o aguano, que proporciona la madera más fina de la región; el cedro de gran demanda en la ebanistería; y también tornillo, roble, diablo fuerte, lopuna, moena, quinacho, ishpingo, cumala, caspi, nogal y capirona.

Por su parte, las palmeras son una de las especies dominantes y se registran tipos diversos, como aguaje, chambira, cocotero, etc. También encontramos plantas útiles por su látex, como el caucho, schiringa, balata. En esta ecorregión también se hallan plantas con posibilidad de uso industrial y medicinal. Entre ellas mencionaremos la curarina, de la que se extrae un remedio para curar las mordeduras de serpientes venenosas; el oje, del que se extrae una sustancia empleada como purgante; cube o barbasco, usado en la fabricación de insecticidas; uña de gato, de amplio uso medicinal contemporáneo, etc.

Entre las plantas alimenticias se encuentran algunas con vocación completamente comercial, como cacao, café, coca, maní, caña de azúcar, achiotte, palillo. En este rubro también se hallan plantas frutales: limón, naranja, mandarina, mango, papaya, piña, chirimoya, durazno, granada, granadilla, higo, maracayá, manzana, membrillo, níspero, paca. Pero, la alimentación del campesino reposa sobre un conjunto menor de plantas que generalmente son cultivadas con propósito de autoconsumo: arroz, maíz amarillo, yuca, tomate, ají y caihua.

No debemos olvidar que la selva alta es la región privilegiada de las flores, como orquídeas, victoria regias, begonias y muchas otras plantas ornamentales. Además, como sabemos, en esta región reinan las lianas, helechos, caña brava y muchísimas yerbas o pastos naturales.

Fauna de la selva alta

Por su parte, la fauna de la selva alta de Ayacucho está conformada por mamíferos, aves, reptiles, insectos y peces, cuya variedad y extensión confirma la riqueza de la biodiversidad existente.

Los mamíferos suministran carne que aprovecha la población local del valle del río Apurímac (VRAE). Sus principales especies son: sajino, una especie de cerdo salvaje, conocido también con el nombre de pecari. Por su parte, el ronsoco, sihuas y picuro son roedores de distintos tamaños que viven cerca de los ríos. La población nativa también consume monos, cuyas especies son variadas como: maquisapas, mono aulladores, leoncitos, frailecitos. No debemos olvidar a los temidos felinos como: otorongos o

tigres americanos, jaguares, yanapumas y tigrillos, que aunque son propios de la selva baja, también aparecen por temporadas.

Entre las aves hay una gran variedad, destacando el Tucán, ave multicolor cuya presencia constituye el indicador de la llegada al valle del río Apurímac. Asimismo, existe una gran cantidad de guacamayos, loros, y papagayos, cuyos intensos colores y variados sonidos confieren colorido y calidez a la región. El paujil es un ave interesante y poco conocida, de color negro brillante y cresta roja y tamaño parecido a un pavo doméstico. La pucacunga es parecida a la gallina, pero de cuello desnudo. La pava de monte luce como una pava doméstica, de cola negra intensa.

Asimismo, existen numerosas especies de reptiles; entre ellos tenemos a la sachamama o boa de monte, también a dos tipos de tortuga: acuática y terrestre, también llamada motelo. No olvidemos la presencia de serpientes, como el solesmacho, ni tampoco de insectos, como abejas y mariposas.

Las comunidades acuáticas de peces y anfibios que viven en los ríos y lagunas son reducidas por la velocidad de las corrientes y el elevado contenido de sedimentos durante la época de lluvias. Hay varias especies que difieren en tamaño y forma. Entre las principales tenemos: chocces, boquichicos, pacos, gamitanas, sábalos, doncellas, carachamas, fasacos. Estos peces viven en el fondo y buscan las piedras para evitar ser arrastrados por la corriente. Lo que sí abunda son los insectos acuáticos cuyas larvas sirven de alimento a los peces.

Desastres naturales

Sismos

Los sismos son movimientos repentinos de la corteza terrestre y, aunque la inmensa mayoría son inadvertidos, algunos alcanzan proporciones de grandes desastres, a los cuales Ayacucho no ha sido inmune. Generalmente los sismos son causados por una de las siguientes tres razones o por una combinación de ellas. En primer lugar, por el desplazamiento de placas que se hallan bajo la superficie y que chocan entre sí, produciendo una gran liberación de energía. En segundo lugar, por la ruptura de la misma corteza, sea por plegamiento o por fallas geológicas y desplazamiento de materiales. La última causa probable es una erupción volcánica. Por otro lado, un sismo es también un proceso súbito de liberación de energía de la corteza terrestre. Esta energía se conserva y acumula por diferentes tensiones y el movimiento sísmico es el proceso de su liberación. Si la intensidad es baja se denomina temblor y, por el contrario, si es alta se llama terremoto.

Al interior de la corteza terrestre, el punto donde se produce la liberación de energía se denomina hipocentro o foco. Asimismo, la parte de la superficie que está sobre este foco se llama epicentro. El sismógrafo es el instrumento que mide la magnitud y el tiempo de duración de los sismos. Por su lado, la escala de Richter determina la magnitud de cada sismo y permite clasificarlos de acuerdo con su fuerza.

Hoy por hoy, el avance de la ciencia no ha permitido predecir los sismos. Por ello, las medidas de protección son preventivas y deben adoptarse antes de un evento, para estar preparados y poder reaccionar sabiendo qué ha de hacer cada cual. Lo primero es conocer el tipo de suelo sobre el cual está construido nuestra casa o centro de labores. Los buenos suelos son los duros preferentemente de roca. Los dificultosos son los movedizos, como lodo o arena de sedimentación. A continuación, es preciso saber si la construcción donde pasamos nuestra vida familiar o laboral cumple con las normas técnicas de seguridad. Saber dónde están las columnas y los lugares más fuertes de las casas suele ser un punto crucial. En caso de sismo, no es conveniente correr con desesperación, suele ser preferible saber dónde la casa es fuerte y ubicarse allí a esperar que pase el movimiento y luego ganar la salida. Para cumplir todo ello, conviene reunir a la familia y conversar entre todos hasta alcanzar un plan general y evitar el pánico.

Por otro lado, toda familia debe tener consigo un directorio telefónico de emergencia donde deben estar anotados tanto los números de instituciones de ayuda como el de parientes y amigos que necesite contactar. Otra medida preventiva es conocer cómo desactivar las llaves generales de electricidad, gas y agua. Para garantizar tranquilidad y máxima seguridad durante un sismo, toda institución, como el colegio e incluso la familia, debe realizar ejercicios y simulacros de sismo. Durante un terremoto, el pánico suele ser el peor enemigo. Se debe tener presente que la mejor manera de evitarlo es conociendo de antemano cuáles son los mejores pasos prácticos y tener cierta experiencia.

Inundaciones

Es la invasión de aguas en áreas normalmente secas, debido a precipitaciones abundantes o ruptura de embalses o desborde de ríos. Las inundaciones pueden ser graduales en zonas más planas y súbitas en zonas montañosas. En las montañas, las lluvias demasiado intensas se convierten en deslizamientos y huaycos, que veremos a continuación. Tanto en zonas planas como inclinadas, las inundaciones suelen ser muy peligrosas y dañinas.

De una manera similar a los terremotos, las inundaciones son difíciles de prever, aunque en el Perú normalmente están asociadas a una época del año, de enero a marzo, cuando las lluvias en sierra y selva son abundantes. Sea como fuere, la principal medida de protección es ubicar a los poblados en lugares adecuados, evitando las riberas de los ríos, que son las zonas más fácilmente inundables. Asimismo, es preciso evitar toda construcción en las quebradas y cauces secos, porque se reactivan en momentos de grandes lluvias.

Por otro lado, otra medida de protección es la conservación de bosques y árboles que signifiquen una cubierta vegetal de amortiguamiento. Para ello es conveniente estar organizado con los vecinos en tareas constantes de forestación y mantenimiento de árboles jóvenes. Deben elegirse especies forestales cuyas raíces se extiendan por el suelo y den solidez a las quebradas. Asimismo, hay que conservar limpios los cauces de agua y descolmatar suelen ser tareas cruciales que evitan desbordes cuando las crecidas anuales.

En el punto anterior sugerimos que toda familia tenga consigo un directorio telefónico para ser usado en caso de emergencia. En este momento, sin olvidar esa recomendación anterior, queremos añadir la preparación de un equipo mínimo de urgencia, consistente en un botiquín médico, frazadas, radio y linterna a pilas. Este tipo de equipamiento permite evacuar con condiciones de seguridad.

En caso de emergencia se debe acudir hacia zonas altas y más seguras, asegurando que sólo se porte lo estrictamente indispensable. Se debe salvar la vida antes que las cosas. No atravesar ríos o zonas inundadas sin apoyo de embarcaciones o personal especializado. Si se trata de ayudar a personas en emergencia hacerlo con cuerdas, botes o flotadores, no exponerse a nado, a menos que uno mismo sea un experto. Evitar puentes que tengan el agua casi al borde porque pueden estar muy debilitados sus cimientos y caer por el peso extra de nosotros mismos.

Después de una inundación es preciso seguir normas sanitarias y beber sólo agua potable o hervida, porque el agua contaminada es un gran transmisor de enfermedades. Otra tarea clave posterior a una inundación es tratar de retirar las aguas y evitar estancamientos que suelen ser fuentes de todo tipo de enfermedades. Y en ese mismo sentido, importa también enterrar a los animales muertos y limpiar escombros.

Huaycos

En el Perú se llama huayco o *lloclla* al deslizamiento de rocas y lodo debido a las precipitaciones pluviales. Se presenta de golpe como una gran masa de lodo que se desliza a velocidad por una quebrada arrastrando piedras y

troncos. La región de Ayacucho es particularmente sensible a los huaycos. Las estadísticas de casi todo el siglo XX muestran que después de Ancash y Lima, Ayacucho es la tercera región del país en haber sufrido huaycos. Este grado de afectación revela que la superficie especialmente quebrada de nuestra región y su elevada aridez y falta de bosques hacen del territorio una zona especialmente castigada por los huaycos e inundaciones.

De una manera similar, lo fundamental de la prevención es construir en lugares seguros y nunca hacerlo en cauces secos. En épocas de lluvias se hace preciso organizar comités de vigilancia sobre las quebradas que se hallan cerca de la comunidad y acordar un sistema de alarmas. Del mismo modo que en todos los casos anteriores, es necesario que todas las familias tengan clara su ruta de evacuación porque el huayco se presentan en cualquier momento. Deberán saber en qué zona alta y segura se encontrarán en caso de necesidad. Además, toda la comunidad deberá disponer de equipos de emergencia conteniendo algunas frazadas, alimentos envasados, radios y linternas a pilas, fósforos, picos y palas y un botiquín médico.

Desarrollo sostenible

La revisión que venimos efectuando de la base física y natural de Ayacucho revela la presencia de varios problemas que afectan la vida humana y el medio ambiente. En primer lugar, la calidad de los suelos, su aridez y la tendencia a una fuerte erosión, ahí donde se hallan las mejores tierras. De este modo, la producción alimentaria de la región es crecientemente deficitaria. En paralelo avanza la contaminación ambiental por el crecimiento desmesurado de las ciudades y los desagües no tratados que se arrojan a los ríos. De este modo, la sociedad enfrenta un problema adicional que es la desaparición de especies animales y vegetales por la acción humana. Hemos visto el ejemplo de la yareta, que después de ser la planta más antigua del Perú y quizá del mundo, ha pasado a ser una especie en vía de extinción debido a su sobreuso como combustible. Somos uno de los países más ricos en recursos genéticos y, sin embargo, los estamos perdiendo en forma acelerada por acción de nosotros mismos. De este modo, el ser humano en el Perú es el enemigo principal del patrimonio natural y somos depredadores, incluso de las áreas protegidas. Por ejemplo, constantemente se presentan incursiones en Pampa Galeras de bandas de cazadores furtivos que amenazan con extinguir a la población de vicuñas.

Como vemos hay dos problemas íntimamente vinculados que se presentan con agudeza en Ayacucho. Se trata del crecimiento desordenado de la población, de la falta de servicios públicos urbanos y, por consiguiente,

de la contaminación y degradación del medio ambiente. La ciudad de Huamanga es un área crítica de crecimiento urbano desordenado, con elevada depredación de su rico entorno agrícola. Además, a futuro no se percibe ninguna acción decidida en sentido contrario que invierta esta tendencia. Por el contrario, se puede prever que otras ciudades medianas e intermedias de Ayacucho crecerán y enfrentarán las mismas dificultades que hoy se concentran en la capital regional.

Estos problemas deben ser encarados con una estrategia que contemple la conservación del medio ambiente y el uso racional de los recursos naturales. Una estrategia de este tipo es especialmente necesaria en una región árida y seca, en comparación con otras regiones de nuestra patria.

Una estrategia de este tipo parte por considerar prioritaria a la gente, al llamado capital humano. El ser humano es el objetivo y el gestor del progreso, tanto material como espiritual. La cultura de la gente, sus costumbres y su organización social son el punto de partida y de llegada de todo esfuerzo por el desarrollo. Por ello, la educación es crucial. Sólo ella puede formar gente hábil y capaz de insertarse en la modernidad sin romper con su tradición, sino, por el contrario, potenciándola y convirtiéndola en la fuente de progreso.

Existen factores naturales que deben ser conservados porque son claves en el ciclo de la vida. Por ejemplo, debemos cuidar el agua, sus fuentes, preocuparnos por la salud de las lagunas alto andinas porque de ellas dependen buena parte de los ríos. Asimismo, debemos cuidar la cuenca en su integridad, vigilar que no echen sustancias contaminantes sin tratamiento, propender al uso tecnológico del agua y dejar de usarla de forma que se desaproveche. El manejo integral del agua es una prioridad de hoy y también lo será del mañana, cuando los niños y niñas que hoy estudian con nosotros sean adultos y tomen decisiones afrontando responsabilidades.

Del mismo modo, es preciso cuidar la calidad de los suelos de aptitud agropecuaria, para impulsar la producción de alimentos y cubrir los déficit de nutrición de nuestra población. La seguridad alimentaria empieza por la tierra. Todo ello lleva a la necesidad de planificar el uso de los recursos naturales a través del ordenamiento y zonificación del espacio. Según sus aptitudes, el suelo debe ser zonificado para un uso a la vez intenso y racional, que no degrade sino conserve.

Ahora bien, para acceder a los recursos naturales, los seres humanos utilizamos la tecnología. Se trata de los conocimientos y los instrumentos adecuados para transformar recursos en bienes. Es muy importante que esta tecnología sea adecuada y esté bien adaptada a las realidades locales. El

proceso de prueba, error y rectificación es indispensable para lograr una funcionalidad óptima. Asimismo, las cualidades de los recursos naturales locales deben ser valoradas porque ahí se halla la clave de su potencial, por ejemplo, las plantas medicinales. Es nuestra gente la que conoce su uso y debemos patentar conocimientos tradicionales a través de las comunidades locales, antes que lo hagan laboratorios extranjeros.

Por último, el sentido de este esfuerzo es lograr mayores niveles de bienestar material de la población. Importa la dimensión económica del desarrollo porque sin generación de riqueza nada funciona bien. Importa tener claro que el capital económico es una forma de concreción que guarda íntima conexión con la cultura, con el medio natural y con las capacidades y habilidades de la gente. De esa interrelación surge el progreso económico, cuyo logro es indispensable para darle rentabilidad al esfuerzo por conservar la riqueza natural heredada y podérsela legar a nuestros hijos.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

ALMINAGORTA, Procer y Víctor ROJAS

2004 *Geografía de Huanta en quechua y Castellano*. Huanta: ISPP-JSCO.

BRACK, Antonio y Cecilia MENDIOLA

2004 *Ecología del Perú*. Lima: Bruño.

KUROIWA, Julio

2002 *Reducción de desastres: viviendo en armonía con la naturaleza*. Lima: QUEBECOR.

ORÉ, Juan

1999 *Medio geográfico de Huanta: Aspectos físicos*. Lima: Gráfica Regional Siglo 21 S.A.

PEISA

2003 *Atlas departamental del Perú, Ayacucho*, Tomo 19. Lima: Peisa.

GUÍA PEDAGÓGICA

CAPÍTULO I: EL TERRITORIO

I. PREGUNTAS:

1. Describa las características físicas del territorio ayacuchano: punas, valles, ceja de selva y selva baja.
2. ¿Cuál es la fauna y la flora que corresponden a cada una de estas subregiones naturales?
3. ¿Cuál es la importancia de las lagunas de altura para la formación del sistema hídrico ayacuchano?
4. ¿Cuáles son los principales ríos de Ayacucho?
5. Describa y analice la laguna de Parinacochas y su entorno.
6. ¿Cuáles son los principales elementos naturales a lo largo del curso del río Pampas?
7. ¿Cómo se relaciona la flora y fauna de la región con la vida del ser humano?
8. ¿Cuál es la importancia de los animales domésticos en la ecología ayacuchana?
9. Compare la papa con el maíz en la agricultura nativa.
10. ¿Qué desastres naturales ocurren en Ayacucho y cómo afectan a las sociedades humanas?
11. ¿Qué desastres se repiten anualmente y cómo prevenirlos?

II. ACTIVIDADES PEDAGÓGICAS

1. Realice paseos al campo con sus alumnos y recoja muestras de vida vegetal.
2. Recoja información sobre la fauna de su región, señalando las especies que podrían ser atractivas para el turismo ecológico.
3. Contando con ambas informaciones, inicie o desarrolle un museo escolar de ciencia natural.
4. Ubique en el mapa cada una de las cuencas hidrográficas de Ayacucho.
5. Ubique en el mapa las cordilleras y cumbres principales.

6. Ubique en el mapa las vías de comunicación.
7. Ubique en el mapa las subregiones de Ayacucho.
8. Tome fotografías con sus alumnos sobre la vida natural en la región, que luego le sirvan para montar una exposición en su colegio.

III. APRENDIZAJE

En este capítulo vamos a estudiar el medio geográfico en el cual se desarrolló la sociedad ayacuchana. Destaca en este aspecto, la diversidad de suelos y climas de la región: estribaciones, altiplanicies, valles y mesetas, así como zonas lluviosas, húmedas, glaciares, pero también cálidas como en la ceja de selva. Predomina la sierra sobre la selva. A su vez, en la sierra existen varios microclimas definidos por su altitud y relieve que influyen en la calidad de la tierra para el cultivo agrícola; así, el 23% es tierra apta para la agricultura, en tanto que el 71% son tierras que no favorecen esta actividad, por lo que requieren de un tratamiento especial. Por otro lado, los deshielos de la cordillera y el régimen de lluvias dan lugar a ríos y lagunas, siendo los más importantes, los ríos Mantaro, Apurímac y Pampas, mientras que la principal laguna es Parinacochas.

Asimismo, la flora y fauna son variadas según la altitud: en las zonas cálidas y del monte ribereño se dan frutos como limón, naranja, mandarina, mango, papaya, chirimoya, durazno, higo, manzana y paca; papa, maíz, oca, olluco, trigo, cebada, fríjol, pallares y chocho. Las punas están cubiertas mayormente por ichu, quinal y la famosa puya Raimondi, planta que florece una sola vez de forma espectacular, alcanzando los 8 metros de altura. En la fauna de la sierra destacan la vicuña, la llama, el zorro andino, la vizcacha, el puma, el venado gris, la perdiz, el picaflor y la paloma torcaza; en la selva alta tenemos al sajino, el ronsoco, el otorongo, el jaguar, el tigrillo, el paujil, la pava de monte y las tortugas. Una mención especial merece la hoja de coca, pues se trata de un objeto de ritual y cotidiano que acompañó al hombre desde la antigüedad, pero que en la segunda mitad del siglo XX se asoció a la elaboración de la cocaína.

Abordaremos, además, los desastres naturales, es decir, los sismos, inundaciones y huaycos que afectan la vida material y el desarrollo de la sociedad ayacuchana. Las inundaciones se producen por las abundantes precipitaciones en algunas épocas del año, en tanto que los huaycos se deben a la mezcla de lluvias torrenciales con desprendimientos de roca y lodo que se desliza arrastrando todo a su paso.

Por último, se señala que el conocimiento de nuestro territorio es fundamental para procurar un desarrollo sostenible en la región. El crecimiento urbano y la explotación de nuestros recursos vegetales, animales y mineros debe evitar la depredación de nuestras especies y del medio ambiente.

IV. GLOSARIO

Estribaciones: Ramal de montaña que deriva de una cordillera. Lugar accidentado.

Altiplanicie: Meseta de mucha extensión y a gran altitud.

Hidrografía: Conjunto de las aguas de un país o región.

Gramíneas: Plantas que tienen el tallo clindríco, comúnmente hueco, interrumpido de trecho en trecho por nudos llenos; de ellos nacen hojas que abrazan el tallo; generalmente tienen flores sencillas. Son gramíneas el trigo y el maíz.

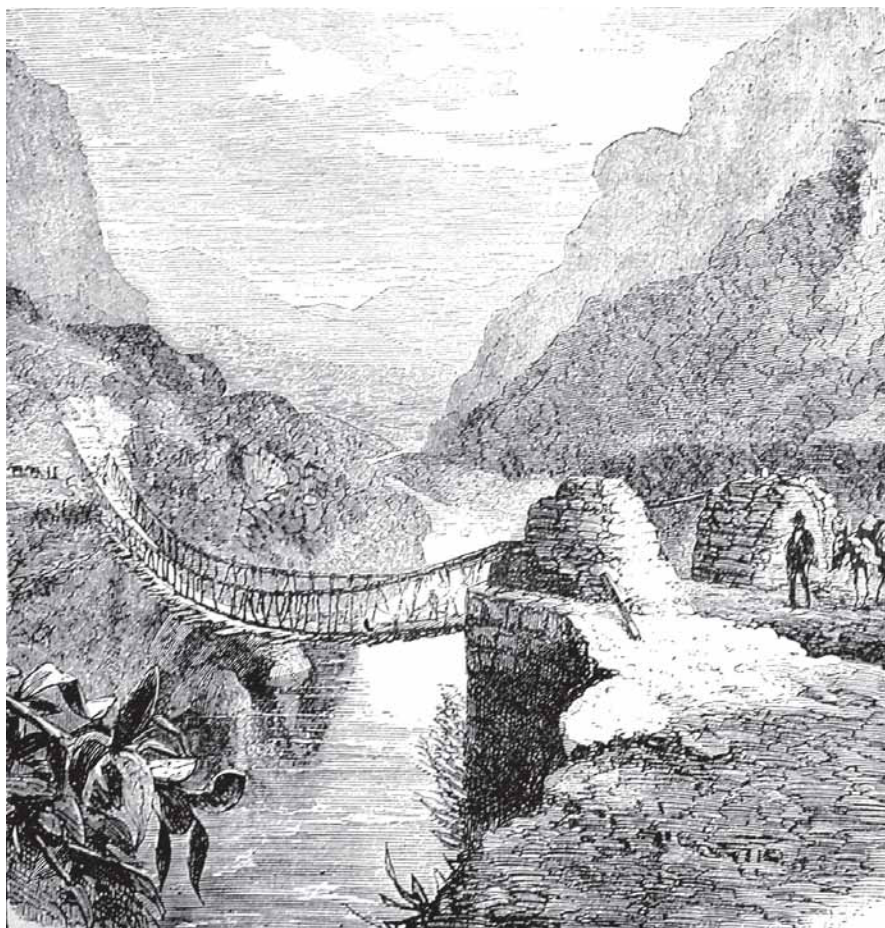
Xerófilas: De manera general se aplica a todas las plantas y asociaciones vegetales adaptadas a la vida en un medio con escasez de agua.

Leguminosas: Hierbas, matas, arbustos y árboles de flores amari-posadas y fruto en legumbre con varias semillas. Son leguminosas: el frijol, las habas y la soya.

Bromeliáceo: Hierbas y matas, por lo común anuales y de raíz fibrosa, casi siempre parásitas y con las hojas reunidas en la base; flores en espiga o racimo, y futos bayas o cápsulas. La puya Raimondi es una bromeliácea.

Capítulo II

El período prehispánico



◁ *Ilustración: Puente colgante sobre el río Pampas*



La sociedad de las cuevas

El hogar de los primeros seres humanos en Ayacucho fueron unas cuevas ubicadas por el reputado arqueólogo norteamericano Richard Mac Neish en 1969. El mismo descubridor sometió los restos a una prueba de radiocarbono 14 y los laboratorios establecieron una antigüedad de 20.000 años. Mac Neish precisó dos lugares principales, a los cuales denominó “cueva de Pikimachay” (Cueva de la Pulga) y Qaywamchay (Cueva de la Pimienta). Ambas cuevas están ubicadas en el distrito de Pacaycasa, provincia de Huamanga, y están situadas muy cerca del camino a Huanta. Las excavaciones efectuadas sacaron a relucir instrumentos líticos; huesillos de animales; semillas de una variedad de plantas entonces silvestres: maíz, calabaza, ají, achiote; restos fósiles de animales como roedores, tigres diente de sable y otros. Estos hallazgos permitieron inferir que los primeros habitantes de la región fueron grupos humanos nómades del período de cazadores y recolectores. Se trata de los vestigios más antiguos del Perú. Cabe destacar que no se encontró ningún resto humano propiamente dicho, sino instrumentos muy primitivos y restos de alimentos. Posteriormente se ha producido un debate sobre dichos instrumentos líticos. Algunos arqueólogos han sostenido que no son instrumentos fabricados por seres humanos, sino simples piezas líticas caídas del techo de la cueva. Por ello, en la actualidad hay cierta duda sobre los restos de Pikimachay. En todo caso, en el resto del Perú, los restos humanos más antiguos que se han encontrado hasta hoy corresponden a 12.000 a. C.

A esta época los arqueólogos llaman el “período lítico andino”. La etapa lítica es muy larga porque comprende desde la llegada de los primeros pobladores hasta el descubrimiento de la agricultura y el establecimiento de la primera sociedad aldeana, proceso que comenzó alrededor de seis a cinco

mil años a. C. En ese largo período inicial, los instrumentos líticos se fueron perfeccionando. Inicialmente, los instrumentos eran muy simples, básicamente láminas de piedra alargada que servían para cortar. Luego, se fabricaron cuchillos, punzones, puntas y otros artefactos que mostraban el progresivo dominio de la técnica. Al finalizar esta larga época inicial, las sociedades elaboraban diversas puntas de piedra bastante bien hechas, con las cuales se facilitaban la recolección de raíces, y también producían finos cuchillos bifaciales, para cortar en forma profunda y rápida, colaborando en la caza.

Los seres humanos del lítico dependían de la caza y recolección para su supervivencia. Su economía dependía de aquello que la naturaleza les ofrecía. No estaban aún en condiciones de participar activamente en su producción. Además, consumían los alimentos en forma también natural, sin alterarlos mayormente. Recién al final de esta larga época se empieza a cocinar, con un procedimiento de aquellos días que consistía en introducir piedras calientes dentro de grandes calabazas, preparando las primeras sopas que se tomaron en los Andes. También la pachamanca es un procedimiento muy antiguo, en el cual se entierran los alimentos en hornos calentados por piedras previamente sometidas al fuego.

A lo largo de este tiempo habían terminado las glaciaciones propias del pleistoceno y el clima se estaba estabilizando. Los hielos avanzaban y retrocedían; en los períodos intermedios había fuerte humedad y mayor calor, lo que conducía a la formación de grandes bosques. Estos ciclos de avance y retroceso de hielos terminaron unos 10.000 a. C. cuando comenzó el período denominado holoceno que continúa hasta nuestros días.

La fauna de aquellos días se halla parcialmente extinguida, porque incluía mastodontes, mamuts, osos perezosos de hasta seis metros de altura, armadillos gigantes y paleollamas de gran alzada. Los famosos tigres dientes de sable eran parte de esta megafauna propia del pleistoceno. Cuando el clima cambió y comenzaron las variables propias de nuestros días, esa megafauna se extinguió y fue reemplazada por la fauna de la era prehispánica. Dentro del Nuevo Mundo, los Andes tuvieron en los camélidos el único mamífero grande y doméstico que servía para múltiples usos a las sociedades precolombinas. Ni en México ni en el resto de América hubo otro animal como los camélidos. Los únicos pastores de los tiempos antiguos estuvieron entre nosotros.

Los seres humanos que perseguían a los camélidos estaban organizados en pequeños grupos de 20 a 30 personas, de las cuales posiblemente un máximo de cinco eran varones adultos y el resto mujeres con sus hijos. Suponemos que el liderazgo de la banda recaía en un varón con experiencia

para dirigir la caza y la recolección. Eran nómades y tenían campamentos estacionales, puesto que vivían siguiendo a los animales y a los frutos. Muchas veces ocuparon cuevas y otros abrigos entre los cerros.

Las cuevas del período lítico atestiguan la larga presencia de los seres humanos en la región de Ayacucho y en las zonas vecinas. En alguna cueva, se han hallado pinturas rupestres, como por ejemplo en la ladera norte del cerro Alcowillka, situado en Huancavelica, en una cueva denominada Rosasmachay, donde se hallan representaciones de animales. Asimismo, se hallan también animales pintados en la cueva de Uchuypikimachay, a escaso medio kilómetro de la famosa Pikimachay, descubierta por Mac Neish.

Otras cuevas con pinturas rupestres se encuentran en la provincia de Aco-bamba, región Huancavelica, vecina al Ayacucho contemporáneo. Estas cuevas son llamadas Alalacc Machay y han sido visitadas últimamente por los arqueólogos Julio Valdez y Joseph Cavalcanti. La primera cueva tiene 10 x 15 x 5 metros y a uno de sus lados presenta pinturas de camélidos, algunos con el cuello alargado y el cuerpo redondeado. Una combinación de estilos que luce muy moderna, asemejando a un Botero combinado con Modigliani. En la segunda cueva, los camélidos están pintados de rojo ocre, mientras que en una tercera se aprecia una banda de camélidos corriendo unos detrás de los otros.

Estas pinturas revelan que las especies silvestres, vicuñas y guanacos, fueron desde tiempos muy remotos parte esencial de la economía de los seres humanos en los Andes. Es muy posible que los cazadores de camélidos se hallan abrigado en estas cuevas y plasmado sus vivencias espirituales. Impresiona cómo en estas pinturas rupestres no se encuentran representaciones de seres humanos y solamente se hallan figuras de animales. Se nos escapa plenamente este significado, sólo intuimos que en tiempos tan remotos la gente aún no se singularizaba sino que vivía su periplo vital como parte de la naturaleza, a la que seguía para cazar o recolectar sus frutos. Importaba el animal y no la gente. O mejor dicho, la gente vivía su espiritualidad en conexión con el alma de los animales.

El doctor Luis Guillermo Lumbreras dice que en esta época encontrar una buena cueva era un asunto esencial y que la banda en posesión de una de ellas debía cuidarla con mucho celo de cualquier advenedizo. Así, estas cuevas habrían sido concebidas como santuarios y los cazadores pintaron en sus paredes mensajes espirituales, ritos de magia que las generaciones siguientes se encargaron de preservar. Estas pinturas invocarían a los espíritus de la caza, pero eran a la vez una especie de sello de la banda, la marca de pertenencia de la horda primitiva.

La agricultura y la vida aldeana

Como se señaló, hacia los años 10.000 a. C., los cambios climáticos se habían consolidado y el retiro de los hielos pleistocénicos dio paso a un clima más cálido, que fue estímulo para el aumento de la flora y fauna, así como para la reducción del tamaño de algunas especies animales, para adaptarse mejor a las nuevas condiciones. Por otra parte, ciertas variedades de animales desaparecieron y más bien cristalizaron los tipos que continúan hasta el día de hoy, que en los Andes tuvieron a los camélidos como especies principales.

La sociedad de esta época era de cazadores y recolectores que habían desarrollado una larga experiencia y que disponían de campamentos casi permanentes. Ellos estaban cubiertos por pieles y utilizaban el fuego para preparar alimentos. Con todo cuidado seleccionaban la materia prima para fabricar sus instrumentos, habiendo aparecido la obsidiana y el pedernal que habían mejorado mucho las condiciones de la cacería.

El Período Lítico terminó en los años 6000 a. C. y se abrió una nueva era denominada el Arcaico. Esta nueva fase estuvo marcada por la agricultura incipiente, proceso que fue paralelo en varias zonas de la costa y de la sierra y que marca la eclosión de la civilización en los Andes. En algún momento de su larga experiencia como recolectora, la población se percató de que las semillas permitían el nacimiento de nuevas plantas. Como eran nómades estacionales, siempre regresaban y encontraban que habían crecido plantas idénticas a las que habían comido y luego arrojado sus semillas al suelo. Cuando se dieron cuenta del poder germinativo de las semillas empezaron a seleccionarlas y así comenzó el proceso de la agricultura, la más importante revolución en la vida de los seres humanos de la Antigüedad.

De una manera parecida, de la caza se pasó a la ganadería, cuando los seres humanos lograron domesticar a la llama y a la alpaca, junto con el cuy. Gracias a la domesticación, del guanaco salió la llama y de la vicuña la alpaca. Para la región altoandina de Junín existen importantes estudios sobre la evolución de la caza a la ganadería que señalan cómo después de una milenaria experiencia observando a los animales, los seres humanos conocieron bien sus costumbres y alimentación, lo que les permitió capturar ejemplares jóvenes y hacerlos crecer en corrales junto a sus viviendas. Así, de una manera paciente y gracias a la experimentación miles de veces repetida, los seres humanos en los Andes lograron una conquista fundamental: la capacidad para producir sus alimentos. Habían ganado una autonomía básica, de la cual somos herederos.

En Ayacucho, entre los años 6000 y 2000 a. C., se consolidó la actividad agropecuaria, proceso que, como en todas partes, se desarrolló por fases,

con logros progresivos, a los cuales los especialistas denominan como Jaywa, Chiwa y Cachi. Algunas especies animales o plantas domesticadas llegaron a Ayacucho después de haber sido descubiertas en otras regiones, por tempranos procesos de difusión cultural e intercambios.

Al llegar el año 2000 a. C. la agricultura estaba consolidada en Ayacucho y se dio paso a la formación extensa de aldeas campesinas. Las bandas nómades de antaño habían sido completamente sustituidas por agrupaciones humanas sedentarias ubicadas junto a terrenos de cultivo. La banda dio paso al clan, que corresponde a la nueva forma de organización de las familias para la producción agropecuaria. Como la agricultura se desarrollaba en diversas alturas, las familias campesinas tenían viviendas para trabajar sus variadas parcelas y así, el sedentarismo no era tan estacionario como en el Viejo Mundo. En los Andes, la población siempre se ha estado moviendo bastante y más aún ganaderos y pastores.

A este nuevo período los arqueólogos llaman el Formativo y corre desde 2 000 a. C. hasta el comienzo de nuestra Era. Si no es anterior, al menos se remonta a esta Era una institución andina fundamental: el ayllu, una agrupación de familias que poseen tierra agrícola en forma colectiva y que la trabajan también en forma cooperativa. Estas familias se asumen como parientes y descendientes de un tronco común, real o ficticio, que refuerza su identidad. En esta época muy temprana casi no existían diferencias sociales dentro del clan, todos sus integrantes eran iguales y sólo empezaba la diferenciación social con la selección de curacas que ejercían el poder dentro de la comunidad originaria.

En el Formativo se acumularon nuevos conocimientos porque la sociedad logró cierta seguridad alimentaria y algunos individuos dejaron de trabajar la tierra directamente para pasar a cumplir funciones especializadas. En los poblados de esta época se percibe una renovación arquitectónica muy evidente. Las construcciones adquieren envergadura y aparecen los templos. Asimismo, se practica el arte textil y la gente ya no viste con pieles sino con tejidos de lana de camélidos y algodón. También se había ya dominado la alfarería y se producían objetos de cerámica destinados a conservar el agua, cocinar, comer y guardar los alimentos. Además, los ceramios cumplían importantes funciones religiosas y rituales, tanto en este mundo como en la preparación para el viaje de los muertos a su morada definitiva. Aún no aparecían especialistas para cada una de estas actividades manuales. En ese momento, los campesinos podían hacer todas las tareas y cumplían actividades distintas según la época del año y el tiempo libre que dejaba la actividad agropecuaria. Los únicos especialistas venían siendo los jefes religiosos y los militares.

Los pobladores de esta época mantenían relaciones con la costera y vecina región de Ica. Asimismo, las evidencias muestran que el culto a Chavín se difundió desde la sierra de Ancash y alcanzó a Ayacucho, que por otra parte también mantenía relaciones con el Cusco. Hacia 1500 a. C., un grupo de campesinos aldeanos se estableció en un sitio llamado Wichqana, que se encuentra apenas 5 km al norte de la actual ciudad de Huamanga, en el camino a Huanta. En Wichqana se hallan los restos de un edificio semicircular construido en forma de herradura que fue construido en muchas etapas y sucesivas remodelaciones. Este edificio habría sido un templo y contiguo a él se hallan las habitaciones de sus servidores. Estos sacerdotes habrían controlado a numerosos ayllus y aldeas campesinas que se hallaban asentadas en un pequeño valle de regadío permanente.

Los restos hallados en Wichqana permiten establecer los vínculos iconográficos entre Chavín y Ayacucho. La de Wichqana es una cerámica de superficie bien trabajada mediante bruñido, pulido y alisado. Sus colores son el negro, rojizo o marrón oscuro y en el sitio, además, se han hallado batanes, morteros, hachas de piedra y numerosas puntas de obsidiana, que revelan la continuidad de la caza en la nueva sociedad agropecuaria.

Otro sitio de esta época se halla en Chupas. Los edificios del Formativo en Chupas fueron abandonados y reutilizados a lo largo de mucho tiempo y su cerámica presenta ciertos rasgos Paracas, que permiten suponer una segunda influencia externa. Primero se halla Chavín y luego Paracas. A lo largo del período se mantuvieron también relaciones cercanas con el Cusco. Inclusive, el arqueólogo José Ochatoma ha identificado cerámica Cupisnique, procedente de la costa norte del Perú. El caso es que, en la época, ya había una primera red de intercambios que daba origen a interrelaciones que fueron definiendo el perfil autónomo de la región Ayacucho. Los intercambios y las conexiones con sus vecinos serían la especialidad de esta antigua región.

De modo tentativo se puede concluir que durante el Formativo hubo al menos dos templos principales en Ayacucho, uno en Wichqana y el otro en Chupas. Estos centros ceremoniales fueron dirigidos por sacerdotes que cumplían funciones como intermediarios entre los campesinos y los fenómenos naturales, percibidos como divinidades. Esa situación, les confirió un gran poder ideológico y capacidad para centralizar el excedente producido por ayllus organizados en aldeas. En todo el período, los dioses tuvieron una clara inspiración Chavín y se trata de una divinidad felínica que habría dominado gracias a una expansión religiosa y no a una conquista militar. Los dioses Chavín se impusieron sobre los espíritus en todo el mundo andino apoyándose en sacerdotes y en el intercambio de productos rituales de lujo. Progresivamente, las sociedades aldeanas se fortalecieron y aparecie-

ron las condiciones para el surgimiento de una formación política que dominó el espacio ayacuchano hacia el comienzo de nuestra era: Warpa.

Los warpas: un pueblo de valle en la región quechua

El período inmediatamente anterior al florecimiento del imperio Wari está asociado a una cultura local ayacuchana denominada Warpa. Ella cubre desde comienzos de nuestra era hasta el año 600 d. C., habiendo estado ubicada en el valle del Warpa, por lo que buena parte de sus asentamientos estuvieron situados en las actuales provincias de Huamanga y Huanta. Este río es un afluente del Mantaro y goza de una extensa cuenca de más de 100 km.

La cultura Warpa se ubicó en las partes bajas de los valles y parece no haberse extendido a las zonas de altura. De hecho, durante el Intermedio Temprano hubo varias culturas en Ayacucho y los warpas sólo estuvieron en una parte del territorio. En las zonas de alturas se habría desarrollado un patrón cultural distinto, puesto que en las punas se hallan evidencias materiales que difieren de los rasgos principales de Warpa.

En 1946, el famoso arqueólogo norteamericano John Rowe identificó en la ciudad de Wari una cerámica negra sobre blanca que denominó Warpa. Posteriormente hubo dudas sobre su ubicación cronológica hasta que el arqueólogo ayacuchano, doctor Luis G. Lumbreras, identificó claramente el Horizonte Medio de Ayacucho como correspondiente a Wari y no a Tiahuanaco como había sido supuesto originalmente. Lumbreras también precisó que la cultura local ayacuchana anterior a Wari era Warpa y a ella correspondía esa cerámica negra sobre blanca.

La mayor parte de pueblos warpas estuvieron asentados entre los 2 500 y 3 500 m de altitud y están identificados con el valle; por consiguiente eran productores de maíz, controlando la parte irrigable de las tierras más fértiles de la región. Sus aldeas están situadas en las partes altas de las alturas para aprovechar al máximo la tierra irrigable para agricultura. En las aldeas, se han encontrado entierros al interior de algunas habitaciones que no parecen viviendas sino recintos para orar. Por su parte, más allá de los 3 700 msnm desaparecen los asentamientos de esta cultura.

Los warpas lograron un avance significativo de técnicas agrícolas bajo riego. Construyeron terrazas, ampliaron los campos de cultivo y hasta hoy se puede observar en algunos lugares restos warpas que indican un buen manejo de la agricultura. Fueron finos horticultores. Por ejemplo, hacia el límite sur de la actual ciudad de Huamanga hay un lugar arqueológico llamado Quicapata, donde se hallan canales, reservorios y cisternas para captar y conducir agua de puquiales y también de lluvia.

Durante esta época, los sacerdotes andinos cobraron nuevo poder y lograron organizar las formas embrionarias del Estado en Ayacucho. Sacerdotes, administradores y militares formaron una clase social por encima de los agricultores. Esa clase social estaba encargada del mando, organización y defensa del territorio. Con ella apareció el Estado a escala local y se ampliaron los templos, las aldeas crecieron y sus habitantes se fortificaron, comenzando la diferenciación entre la vida urbana y rural.

El poblado de Ñawinpuquio parece haber sido el centro del Estado de Warpa. De acuerdo con la hipótesis del doctor Lumbreras, este sitio arqueológico era la sede del poder político porque se han identificado una serie de edificios públicos y residencias de funcionarios, incluyendo una plataforma ceremonial. Desde allí se controlaba el agua de riego para los cultivos y el sitio incluye construcciones para depósitos de alimentos. A la vez, Ñawinpuquio manejaba el comercio de mediana distancia consistente en materias primas utilizadas en la alfarería, como pigmentos y arcillas especiales. Desde este lugar se habría organizado el comercio con la costa sur.

Los arqueólogos remarcen la enorme importancia del comercio con las sociedades de Ica, con quienes los warpas intercambiaban arcillas y pigmentos a partir de los cuales Nazca alcanzó un nivel de excelencia. Gracias a este intercambio, la cerámica warpa se vincula con elementos y motivos propios de los nazcas. Este contacto resultó fundamental porque se estableció en el largo plazo y alimentó ambas sociedades en mutuo beneficio. Desde esta época, una sólida red con la costa iqueña fue una característica del desarrollo local en Ayacucho.

Por su parte, en las punas se halla evidencia material correspondiente a esta época de naturaleza muy diferente. Por ello se asume que junto a los warpas existían otros pueblos que la arqueología aún no ha identificado con precisión, pero que ocupaban las alturas, las zonas ecológicas suni y jalca. Estos pueblos explotaban los tubérculos andinos y sobre todo la ganadería de camélidos. Eran pastores y su movilidad era mayor. Entre los pobladores de los valles y los de las punas hubo intercambio y se ha hallado, como consecuencia, algunos productos cerámicos warpas fuera del valle de Ayacucho.

El valle del Qarhuarazo, en Sondondo, tierra de Wamán Poma de Ayala, ha sido bastante bien estudiado y se tiene una secuencia arqueológica completa, hasta la dominación inca de esta región. En la parte alta, formada por el río Pampamarca, durante el Intermedio Temprano, hubo una cultura local llamada Kancha por los arqueólogos, cuyos asentamientos precisamente estaban por encima de los 3600 msnm. Los kanchas producían sobre todo tubérculos andinos de altura y estaban dedicados igualmente a la

ganadería de camélidos. Los arqueólogos sospechan que estos pueblos pastores eran caravaneros y habrían provisto a la región de una función especializada: la movilidad y el transporte. Como disponían de llamas y estaban acostumbrados a la movilidad propia del ganadero, los pastores parecen haber formado las caravanas propias del transporte de la época.

Pero cuando este valle cayó bajo la dominación Wari, el patrón de ocupación del espacio cambió en forma considerable. En efecto, los pueblos Wari de la zona bajaron al valle y se dedicaron al maíz, habilitándose terrazas para ese efecto. En el Qarhuarazo entonces, durante el Intermedio Temprano habitaron pueblos distintos a la cultura Warpa y contemporáneos a ella. Estos pueblos habrían estado en contacto con Warpa, pero habrían mantenido una autonomía que perdieron cuando, a partir del año 600 de nuestra Era, la región entera fue dominada por el primer imperio de la antigüedad peruana: Wari.

Wari, primer imperio de la antigüedad peruana

La antigua ciudad de Wari se encuentra a 25 km al noreste de la actual Huamanga. La extensión total del sitio arqueológico se calcula en dos mil hectáreas, considerando sus trece sectores. El arqueólogo Enrique González Carré asume que Wari habría albergado entre 50.000 a 70.000 habitantes en el momento de su apogeo. Wari significa la gran ciudad en los Andes, una capital concebida como centro urbano que funda un primer imperio político, antecedente de los incas. La ciudad de Wari fue inmensa para su tiempo y enormemente compleja. En su interior convivían funciones rituales y políticas en plazas y espacios reservados y lujosos, con zonas residenciales y cementerios.

Luis G. Lumbreras ha explicado que la cultura Wari surgió alrededor del 550-600 d. C., como efecto de la interrelación de tres factores. Por un lado, la cultura local Warpa que constituye el fundamento del desarrollo posterior Wari, sumada a dos influencias externas muy marcadas. En primer lugar Nazca, proveniente de la costa peruana y que corresponde también al Intermedio Temprano; a continuación, Tiahuanaco, cultura nacida alrededor del lago Titicaca, que en ese tiempo venía desarrollando grandes innovaciones en técnicas agrícolas y sistemas de organización social. Tiahuanaco era un Estado muy poderoso que se había extendido hacia el sur del lago Titicaca; se piensa que reunió pueblos de habla altiplánica y que tuvo una enorme fuerza ideológica que se expandió hacia Ayacucho.

Como vimos, Nazca se desarrolló en la costa sur del Perú, en el actual departamento de Ica. Esta sociedad se dedicó tanto a la agricultura como a

la pesca y queda evidencia de su fuerte relación con el mar. Su lugar de asentamiento es muy desértico y para cultivarlo tuvieron que construir acueductos subterráneos, reservorios y un ingenioso sistema para limpiar los canales bajo tierra. Tuvieron un amplio dominio de las técnicas agrícolas y por razones que la arqueología aún está estudiando, se produjeron dos fenómenos en paralelo. Por un lado, se constata el abandono de algunos pueblos nazcas en su área nuclear y, por el otro, se hacen presentes en Ayacucho manifestaciones iconográficas Nazca, en forma masiva, plasmadas en un nuevo tipo de cerámica, que difiere de la tradición local warpa y más bien es posible que hay sido fabricada por artesanos Nazca.

Por su parte, Tiahuanaco estuvo dominada por la ganadería de altura y por la agricultura. La primera es muy especial, porque en el Perú hay más alpacas que llamas, mientras que en la actual Bolivia es a la inversa. La alpaca requiere un ichu más húmedo, mientras que la llama halla su hábitat natural en punas algo más secas. Así, entre los Tiahuanaco hubo mucho control de la movilidad propia del pastor y tejiendo sus redes llegaron a Ayacucho. La agricultura de altura natural del altiplano era papera, se trata ciertamente de una de las regiones originarias de los tubérculos andinos. Aunque su verdadera riqueza estaba en la cría y reproducción de camélidos. Construyeron una variada infraestructura e incrementaron la productividad social en forma significativa. Así, aparecieron camellones o campos elevados, cochas o lagunas artificiales, canales y diques para manejar el agua. Este crecimiento de la riqueza social expresaba también una religión compleja que recogía algunas manifestaciones antiguas provenientes de Chavín, pero habiendo reinterpretado la ideología bajo un nuevo dios que tuvo enorme vigencia y larga duración en los Andes: el señor de los báculos, tallado en la Puerta del Sol, en la actual Bolivia.

Las relaciones entre Tiahuanaco y Warpa se establecieron a través de colonias de mitimaes. Aparentemente hubo acuerdo entre ambas formaciones políticas para que grupos de mitmas Tiahuanaco se establezcan en el territorio Warpa. Los arqueólogos han hallado vasijas con el dios de los báculos en el sitio de Conchopata, donde también se encuentran figuras pintadas de guerreros, armados con arco y flechas y de pie sobre una balsa. Aunque la interpretación no es aún definitiva, el arqueólogo Jorge Luis Soto sostiene que la influencia de Tiahuanaco sobre Warpa se manifestó en la ideología, justificando algún tipo de dominio político, como el establecimiento consentido de colonias de especialistas en el territorio ayacuchano. Las idas y vueltas de estos mitmas con su núcleo altiplánico habría consolidado la influencia Tiahuanaco en Ayacucho.

Hacia el año 600 era claro que esas interrelaciones habían producido una transformación política sin precedentes en los Andes. Hasta ese entonces, las sociedades locales dominaban un espacio sumamente fragmentado. Ese desmembramiento fue consecuencia del declive de Chavín, cuyo liderazgo habría sido espiritual y comercial antes que político y militar. Pero Wari sí fue un imperio y sus dimensiones fueron panandinas, habiendo dominado el espacio desde el Cusco y Moquegua por el sur hasta Cajamarca y Lambayeque por el norte. Su límite sur parece ser el mismo Tiahuanaco que en buena parte del desarrollo de Wari es su contemporáneo, aunque el Estado lacustre estaba orientado hacia el sur del lago Titicaca, región que sería conocida como Collasuyu por los incas y que hoy es la República de Bolivia. A diferencia de Chavín, la soberanía del Estado Wari incluyó todos los órdenes: religioso, político, militar y económico.

El principal aliado de Wari en la conquista de la costa fue Pachacamac. El antiguo oráculo de los Lima puso su prestigio religioso al servicio de la expansión política de Wari. De este modo, el primer imperio de la antigüedad peruana se fortaleció gracias al apoyo de una ideología de antigua raigambre en el Perú prehispánico. Así, durante el apogeo de Wari se hicieron masivos los rezos y peregrinajes al santuario sagrado del valle de Lurín. Los sacerdotes de Pachacamac aprovecharon su alianza con Wari para repartir por todo el territorio andino colonias religiosas. Eran hermanos y esposas de Pachacamac, vinculados entre sí por relaciones ficticias de parentesco, que alimentaban el culto y peregrinaje al santuario costero. La relación de Pachacamac con Wari revela que, si el imperio había nacido de interrelaciones, para crecer tuvo que incorporar a grandes señoríos, mostrando las ventajas de una alianza subordinada a un poder imperial en construcción.

El crecimiento de la ciudad de Wari fue consecuencia de la concentración de funciones de dominio político, religioso y militar. Pero también expresó un salto delante de la economía, porque reunió manufactura y servicios en una escala que el mundo andino no había conocido hasta entonces. La capital Wari albergaba un nuevo tipo de señores que administraban un territorio inmenso y que desarrollaron tanto quipus para ordenar la contabilidad como un sistema de caminos que cruzaron los Andes.

La ciudad de Wari fue muy funcional y estaba organizada en conjuntos habitacionales de grandes dimensiones, conocidos como “barrios” o “sectores”. Se supone que cada uno de los “sectores” cumplía funciones diferentes. Es evidente que hubo planificación y no crecimiento desordenado. En Wari se ha identificado un barrio religioso central, otro funerario, dos sectores artesanales y también canchones abiertos para reuniones masivas. Por lo general, los sectores se encuentran rodeados por murallas, al interior de

las cuales se hallan los recintos. Todo está construido en piedra unida con mortero de barro.

La circulación de obsidiana durante el Horizonte Medio

La obsidiana es un vidrio volcánico que fue empleado en la antigüedad peruana para fabricar instrumentos, algunos de los cuales eran de alta calidad, aunque la mayoría fueron utilitarios y corrientes. Por su parte, las canteras de obsidiana son extremadamente raras y la composición de cada pieza es homogénea. Ambas características permiten que los arqueólogos precisen la fuente de procedencia de estos productos y pueda reconstruirse su patrón de circulación.

Durante el período denominado Horizonte Temprano, cuando reinaban los dioses Chavín, la obsidiana procedente de la cantera de Quispisisa, situada en Ayacucho, era trasladada en pequeñas cantidades al norte del actual Perú. Esa fuente se halla a sólo 100 km al sur de la actual ciudad de Huamanga.

Al eclipsarse Chavín, surgió una época que los estudiosos llaman el Intermedio Temprano, cuando cada región andina se independizó y halló su propio camino hacia la civilización. En esta época los artefactos de obsidiana desaparecieron del norte, para reaparecer solamente durante el llamado Horizonte Medio y la influencia del primer imperio de la antigüedad peruana: Wari. El norte carece de canteras propias y la obsidiana encontrada en esta región se halla en forma de piezas bifaces; son trabajos mejor elaborados que los artefactos del mismo material que se encuentran en el sur del país. Esta obsidiana encontrada en el norte no tiene forma utilitaria, como suele ser en otros contextos, sino que es una pieza suntuaria y fabricada para miembros de la élite.

Se ha encontrado objetos semejantes, elegantes bifaces de obsidiana, en la misma capital del Estado Wari, también en el cercano centro de Conchapata y en Pikillacta en el Cusco. De acuerdo con el arqueólogo norteamericano Richard Burger, las piezas bifaces halladas en el norte fueron fruto de regalos efectuados por el Estado Wari a personajes de la élite gobernante en el moche tardío. En el caso del circuito norte del antiguo Perú, las piezas de obsidiana comprendidas eran especiales y no de fabricación y uso corriente. Por ello mismo eran escasas y se hallaban entre miembros de las clases gobernantes.

La circulación de la obsidiana en el sur del Perú fue crucial porque se trata de cantidades algo mayores y de piezas corrientes. Además, durante el Horizonte Medio, el sur del Perú actual era la zona de frontera entre Wari y

Tiahuanaco, ambos Estados expansivos que sin embargo no se enfrentaron militarmente. De una manera sorprendente, se dirigieron hacia zonas opuestas, no obstante que sus centros se hallaban relativamente cerca. Wari creció hacia la costa y el norte del Perú, habiendo estado su capital en el actual Ayacucho, que quedó completamente excéntrica luego de su expansión. Por el contrario, Tiahuanaco creció hacia el sur de la actual Bolivia, aunque su capital se hallaba en el borde sur del lago Titicaca y producida su expansión adquirió una forma igualmente excéntrica.

En el momento de su esplendor, en la ciudad de Wari solamente se utilizaba obsidiana de la fuente Quispisisa. En este caso se trataba de una correlación absoluta entre la fuente y los artesanos que disponían para su producción de una cantera que los abasteció sin restricciones.

Por su parte, en el Cusco, antes del Horizonte Medio no existió obsidiana de Ayacucho sino que provenía de una cantera situada en Chivay en el valle del Colca. La situación cambió radicalmente durante el Horizonte Medio. Los señores waris incorporaron el Cusco a su dominio y construyeron una ciudad provincial llamada Pikillacta. A partir de ese momento, los objetos de obsidiana en el Cusco fueron de Quispisisa al 90%. En este caso, parece que al expandirse Wari al Cusco, la obsidiana de este último lugar provino de una cantera igualmente Wari. Ellos dominaron todo el circuito y alteraron el antiguo orden.

Pero, siempre en el Horizonte Medio, en la cuenca del lago Titicaca la obsidiana siguió siendo fundamentalmente de Chivay, no obstante estar situado en medio de un territorio Wari. Asimismo, en el centro mismo de Tiahuanaco se ha hallado una cantidad no desdeñable de obsidiana proveniente de Quispisisa. El problema a desentrañar es, ¿por qué ambas fuentes que alimentaban a Tiahuanaco estaban situadas en territorio bajo control de Wari? ¿Las relaciones de Wari con Tiahuanaco eran una prolongación de las relaciones previas que habían sostenido los warpas con la gran cultura del lago Titicaca?

Como vemos, Chivay se hallaba en una zona bajo influencia directa del Estado Wari y de esa cantera proviene el 75% de los artefactos de obsidiana encontrados en Tiahuanaco. Ello obliga a pensar en un grado de colaboración formal entre ambos Estados. Asimismo, si la cantera de Chivay era trabajada por personal de Tiahuanaco, entonces el régimen tiene que haber sido de mitimaes y haber tomado la forma de una colonia de mitmas en medio de una zona dominada por el Estado vecino.

En el espacio intermedio entre Chivay y el lago Titicaca se halla la verdadera frontera entre Wari y Tiahuanaco. Allí está Moquegua, donde hay un cerro dotado de poderes que lo hacen un Apu, llamado cerro Baúl

en nuestros días. En ese lugar, hubo un centro Wari. Aunque, en el mismo valle de Moquegua, dado su carácter de frontera, se hallan restos Tiahuanaco en otros lugares. Pues bien, los pobladores waris de cerro Baúl utilizaban obsidiana de la cantera de Quispisisa y no empleaban el vidrio procedente de Chivay, que sin embargo se halla geográficamente muy cerca, mucho más cerca que Ayacucho. De este modo, queda claro que la cantera de Chivay era trabajada solamente para Tiahuanaco, no obstante estar situado en medio del territorio Wari.

Así, el patrón de circulación de la obsidiana durante el Horizonte Medio sugiere que hubo una alianza e intercambios pacíficos y bien regulados entre Wari y Tiahuanaco.

La caída de Wari

No se conoce exactamente cómo sucedió, pero se piensa que Wari cayó en forma violenta hacia el año mil o mil cien de nuestra era. Los arqueólogos han interpretado que la caída del imperio se produjo en medio de guerras continuas que condujeron a una masiva movilización de la población. Por ejemplo, el sitio arqueológico Wari de Azángaro, ubicado en el valle de Huanta, parece que fue abandonado después de un episodio muy violento. Un caso similar se registra para el sitio Wari de Jargampata, localizado cerca de San Miguel en la provincia actual de La Mar. En esta zona, las poblaciones se trasladaron a las zonas altas para protegerse ante la continuidad y ferocidad de las guerras que condujeron y siguieron al fin de Wari. Similar comportamiento sucedió en el valle del Mantaro, donde inmediatamente después de Wari aparecen poblados de altura localizados en los picachos de los cerros. Se debe haber tratado de la misma gente, pero que abandonó la antigua capital y se refugió en las alturas para defenderse de la violencia de las guerras en las que murió Wari.

Así, la caída habría sido violenta y significó, posiblemente, la apertura de una época de gran inestabilidad social y política para Ayacucho. Las condiciones de guerra prolongada provocaron que las poblaciones se establezcan en lugares que permitieran defenderse y salvar la vida. Se había abierto una era de gran conflicto. En esta nueva época surgieron los chancas, pero no como el grupo que terminó y acabó con Wari, sino como expresión de las nuevas condiciones sociales. Así, los chancas se ubicaron en las alturas y fueron muy batalladores porque el caos y la guerra obligaban a ello para conservar la vida. Los chancas parecen descendientes de Wari que debido a la violencia secular se vieron en necesidad de vivir en condiciones distintas y quizá hasta opuestas a las del Horizonte Medio.

EL CONSUMO DE CHICHA

El papel de la chicha era crucial en el mundo andino. Era la bebida del maíz, la planta sagrada por excelencia, que expresaba la riqueza de una sociedad agrícola y el creciente poder del Estado. Para la época de los waris nos queda evidencia que sugiere el abundante uso de la chicha por el Estado. Este extenso uso habría estado relacionado con el brindis ritual con chicha cuando la población tributaba trabajando para el Estado. El maíz preparado, tanto sólido como líquido, era el alimento que representaba la civilización, el triunfo sobre el hambre y la superación de los miedos ancestrales a la inanición. El maíz había desplazado a la papa a una condición subordinada. El consumidor de papa era el pobre, quien no tenía más que tubérculos para comer; era un ser humano desprovisto de refinamiento. Sólo los consumidores y bebedores de granos tenían civilización y se sentían superiores.

El maíz requiere sistemas de riego, mientras que la papa crece en tierras de secano. “No siembran grano de maíz sin agua de riego”, nos dice el Inca Garcilaso de la Vega, indicando la fuerte conexión entre el sistema hidráulico y el cultivo del maíz. Esa asociación conduce al poder político. En efecto, el maíz fue una planta eminentemente pública, mientras que la papa fue un asunto familiar. Ni siquiera era una planta capaz de ser producida por una comunidad aislada; por el contrario, el maíz necesitaba la cooperación ampliada, susceptible de movilizar cantidad significativa de mano de obra para construir y mantener sistemas hidráulicos. Los grandes cuidados requeridos para su producción la hicieron una planta muy solicitada.

Por ello, el maíz despertaba entusiasmo y alegría; durante su cosecha, se le llevaba a casa con gran festejo; hombres y mujeres cantaban, rogaban al maíz que durara mucho tiempo. Bebían y velaban a *mama zara* envolviendo los choclos en las mejores mantas de la familia. Por su parte, la papa no despertaba tanta ansiedad; sus ritos eran domésticos y fueron apenas considerados por los cronistas de la conquista. La papa era humilde y carecía del regocijo inspirado por el maíz. Pero, la papa tenía un poderío oculto, era el alimento de todos; tanto pobres como ricos disponían de papa, no le faltaba a nadie. Gracias a ello, la base de la alimentación eran los tubérculos y la riqueza se expresaba en el acceso al maíz.

El cultivo del maíz se expandió en forma considerable una vez que los grandes Estados dominaron el territorio andino. Los andenes estatales aparecieron con los waris en gran escala y luego fueron repetidos por los incas. La asociación entre andenes y disposiciones emanadas de una

Sigue...

...Viene

autoridad política es confirmada por Pedro Pizarro cuando dice: “esta orden tenían en los andenes, porque en todos sembraban maíz”.

El maíz fue consumido de diversas maneras e interesa destacar, en primer lugar, su consumo bajo la forma de líquido. Sucede que el agua cruda siempre ha tenido mala reputación en los Andes; está asociada a la transmisión de diversos males, bacterias y gérmenes. Por ello, los seres humanos en los Andes la evitan en forma sistemática. Así, de acuerdo con la versión del sabio Santiago Antúnez de Mayolo, el poblador andino nunca bebió agua cruda, sino que bebía líquidos como componente de otros preparados, como chupes, mates y chicha. Por su parte, la chicha prehispánica tenía propiedades sanitarias que permitía beberla sin enfermarse. Según Antúnez de Mayolo, en el mundo prehispánico, toda la población bebía chicha en forma cotidiana; su consumo creaba un medio ácido en el estómago, hostil a las bacterias causantes de infecciones del organismo.

Capaz de registrar grados muy distintos de alcohol, habían chichas para las distintas edades; asimismo habían variedades diferentes para las distintas horas del día. Por su lado, habían chichas para la vida cotidiana y otras muy distintas para celebrar fiestas. En ellas, el Estado o los sacerdotes eran los grandes oferentes, organizando grandes libaciones de una chicha con alto contenido alcohólico, acompañadas por bailes y coreografías rituales. Por ejemplo, Wamán Poma observaba que en el temprano siglo XVII el consumo cotidiano de chicha se había extendido y pedía una reforma consistente para el regreso a la antigua usanza prehispánica. Según el cronista indio, antes de la llegada de los españoles, se habrían bebido seis pocillos diarios de chicha, un promedio de litro y medio por habitante en un día corriente.

La chicha también tenía propiedades nutritivas puesto que muchos alimentos sólidos estaban deshidratados, procedimiento indispensable para su conservación, que obligaba a métodos como la deshidratación, el soleado y a la obtención del chuño, formas alimenticias cuya asimilación requería una bebida con levadura. El agua cruda no es muy buen acompañante de los alimentos secos que requieren de la fermentación en el organismo, mientras que la ingesta de chicha, servía para disolver sus nutrientes en el estómago. Sin ella no se habrían asimilado los alimentos conservados en forma natural. Antúnez de Mayolo sostiene que, junto a la sanitaria, la asimilación de los alimentos fue la mayor causa para la generalización del consumo de la chicha en el mundo prehispánico.

Para el Horizonte Medio de Ayacucho, los arqueólogos han identificado un sitio denominado Marayniyoc, ubicado a corta distancia de la capital Wari. En este lugar se han hallado evidencias de un taller estatal de fabricación de chicha. Una serie de batanes y sus respectivas moliendas confirma que en este lugar se procesaban los granos a gran escala. Asimismo, se han hallado unas vasijas de gran tamaño que se supone destinada a preparar, guardar y transportar chicha. La arqueóloga Denise Pozzi Escot ha sugerido que los ceramios fueron fabricados en el centro artesanal alfarero de Conchapata y empleados en el centro manufacturero de chicha de Marayniyoc.

Como Wari fue un Estado en gran escala, la cantidad de personal especializado fue inmensa. Sea como personal permanente o trabajadores por turnos, el número de personas trabajando a la vez para el Estado era muy significativa. En retribución por su trabajo, el Estado andino les proveía comida y bebida, de tal manera que producir y distribuir chicha era una obligación del Estado. Asimismo, es necesario añadir el elevado consumo en las fiestas religiosas, porque todo acto ritual incluía la chicha. Ella servía para brindar y propiciar el éxito de toda actividad que se emprendiera. De este modo, el Estado fue un gran productor de chicha con la que invitaba y agradecía a la gente por su compromiso en el trabajo.

La Confederación Chanca

Entre los años 1100 a 1400 de nuestra era, los pueblos chancas ocuparon buena parte de los actuales departamentos de Ayacucho, Huancavelica y Apurímac. Ellos reconocían como pacarina, o lugar de origen, a la laguna de Choclococha que se ubica en la provincia de Castrovirreyna en el actual Huancavelica. El lugar de origen de un grupo étnico muchas veces era una fuente de agua: por ejemplo, los incas decían descender del lago Titicaca. Pero las leyendas chancas aludían a un segundo tótem fundamental: el puma, del cual tomaban la fuerza y la bravura como signos distintivos de su carácter y modo de ser.

El territorio que ocuparon los chancas es sumamente quebrado y sus alturas se ubican entre los 2000 y hasta los 4000 msnm; correspondiendo a las zonas ecológicas denominadas quechua y suni por Pulgar Vidal. Más allá de los 4000 m. no existen condiciones para la agricultura y esas tierras sólo son explotables para la ganadería porque están cubiertas por ichu, pasto natural andino, ideal para sustentar la ganadería de camélidos. A pesar

del intenso frío y las dificultades de la vida diaria a esa altura, en tiempos de los chancas, la ocupación humana estuvo concentrada en las zonas altas.

Los pobladores de estas zonas explotaban los pastos andinos para ganadería y las zonas de agricultura de altura para sembrar tubérculos: papa, quinua y oca. En los estrechos valles interandinos ayacuchanos los chancas sembraban maíz, calabaza, ají, cosechaban la tuna y otras frutas. Inclusive habían chancas en las quebradas que descendían al río Apurímac y de ahí se abastecían de coca y otros productos de la selva alta. Algunos estudiosos han subrayado la intensidad de los contactos entre los chancas y la selva alta, habiendo encontrado numerosos asentamientos suyos en estas zonas, y llegando incluso a sugerir la posibilidad de que los chancas hayan provenido originalmente de la selva y hayan subido a la sierra de Ayacucho en el momento de la caída de Wari.

De acuerdo con la Relación que escribió Damián de la Bandera en 1557, las tierras agrícolas de los chancas se dividían por su capacidad productiva en dos: hacia el este o hacia el oeste del camino inca que había mandado construir Huayna Capac. Este camino pasaba por donde hoy está Huamanga e iba en dirección a Vilcashuamán. Las tierras al este del camino eran las de alta productividad y eran de coca, algodón y ají; mientras que al otro lado del camino, las tierras eran más difíciles para la agricultura y su única riqueza era la ganadería. A un lado estaban los ganaderos y al otro los agricultores.

Los chancas abandonaron la vida urbana que había caracterizado a Wari y formaron pequeñas aldeas rurales, ubicadas en los picachos de los cerros. Ellos cultivaban las laderas inferiores a sus pueblos y tenían andenes debajo de sus viviendas. En medio de sus poblados se encuentran corrales de camélidos, sugiriendo la presencia de un pueblo de pastores que, debido a la época conflictiva que le tocó vivir, habría derivado su movilidad hacia la lucha y el combate. En esta época, las técnicas artesanales sufrieron una decadencia muy pronunciada, tanto los textiles como la alfarería retrocedieron significativamente con respecto a la era Wari. Mientras que, su fuerte espíritu guerrero los llevó a un largo enfrentamiento con el Cusco.

Los arqueólogos han identificado 350 asentamientos pertenecientes a los chancas a lo largo de la cuenca del Pampas. Son pequeñas aldeas ubicadas en las alturas, en zonas de buena visibilidad y con amplias facilidades para la defensa militar. Eran sitios casi inaccesibles a quienes no conocieran los intrincados senderos que conducían a ellos. Como vimos, cultivaban las terrazas inferiores a sus asentamientos y tuvieron unos andenes bastante simples. Entre sus viviendas se hallaban corrales de ganado y el conjunto urbano carecía de orden y simetría. Eran agricultores y ganaderos y literalmente vivían entremezclados con sus animales.

En las aldeas de los chancas no habían plazas, aunque hay algunas áreas más bien pequeñas y laterales que pudieron haber sido empleadas para reuniones en espacios abiertos. Las viviendas tenían forma redonda y los arqueólogos suponen que estaban dotadas de techos cónicos. Eran viviendas de una sola habitación, en cada una de ellas habían fogones interiores y no habían espacios distintos para las diferentes funciones domésticas. Junto a estas habitaciones redondas se encuentran espacios rectangulares y aparentemente no hay un plan urbano preciso puesto que la distribución es muy irregular. Se encuentran entre 100 a 200 viviendas por aldea y se las supone habitadas por unas quinientas a mil quinientas personas.

Sus muertos eran enterrados en cuevas situadas cerca de sus asentamientos. Habitualmente, la parte externa de la cueva funeraria era cerrada por un muro simple. Los cadáveres eran depositados bajo la superficie, en ocasiones en forma individual, en otras oportunidades eran entierros múltiples. Los muertos estaban cubiertos por una tela de lana y acompañados por piezas de cerámica de distintos tamaños. Asimismo, se han hallado osarios constituidos por cavidades elaboradas ex profeso y de 3 a 4 m de diámetro. Al interior de estas estructuras se hallan restos óseos en grandes cantidades y sin mayor orden. Algunos arqueólogos han interpretado que se trata de restos de fallecidos en combate. En todo caso, la disposición de sus muertos evidencia que los chancas compartían con los pueblos de los Andes la creencia en el más allá y en la muerte como un rito de pasaje a un destino superior, desde donde los ancestros influían en el mundo de los vivos.

Los estudios arqueológicos de los chancas no han logrado identificar restos de templos o edificaciones bien terminadas destinadas al culto. Paralelamente, el análisis de la cultura material, como la cerámica, arte lítico y otros, tampoco permite distinguir algún artefacto cuya función parezca especializada en el culto religioso. Sus devociones se concretaban en la adoración de huacas muy sencillas. Se trataba de piedras de dimensiones o posiciones significativas, cerros y lagunas. Cuando en la década de 1560 el extirpador de idolatrías Cristóbal de Albornoz recorrió la zona, eliminó muchas huacas que eran cerros, piedras y animales. Albornoz precisa que eran más de dos mil huacas y que ninguna era una construcción significativa, sino pequeñas intervenciones en elementos naturales impactantes.

La cerámica chanca es muy tosca y carece de mayor refinamiento, no obstante que el antecedente Wari posee perfección técnica y elaborada factura. Aunque se hallan algunos tipos diferenciados que los arqueólogos distinguen, la mayor parte de los sitios trabajados presentan cerámica llamada arqalla, también tosca y rudimentaria. Presenta un color rojizo oscuro y decoración con incisiones superficiales. Se trata de ollas, platos, cántaros,

cucos y tazas de uso doméstico. Anteriormente había predominado un estilo llamado Tanta Orqo, que evidencia algunas reminiscencias Wari y que se encuentra sobre todo cerca de Huanta y en Huancavelica.

Aparentemente, los chancas estaban organizados como una confederación de aldeas que reconocían un pasado común y a ciertos héroes legendarios. Entre ellos, no existía poder central unificador en tiempos de paz. Este sólo se ejercía en tiempo de guerra, cuando eran conducidos por sinchis, que representaban a las parcialidades hurin y hanan en las que se dividía la nación chanca en su conjunto. De este modo, los chancas eran grupos con cultura similar, que hablaban la misma lengua y que ocupaban un espacio geográfico determinado.

De acuerdo con el cronista Sarmiento de Gamboa, los chancas estaban organizados en dos grandes parcialidades, cuya respectiva fundación había sido efectuada por sendos jefes legendarios: Uscovilca y Ancovilca. El primero de los cuales era señor de Paucaray, asentado donde ahora está Huamanga y comprendía Vilcashuamán, posible ubicación de su capital. Mientras que el segundo jefe legendario habría fundado la mitad chanca ubicada en Andahuaylas. Este esquema dual era común a las sociedades andinas e impregnaba todo el esquema chanca de organización social y política.

Incluso cuando iban a la guerra, los chancas estaban organizados en dos mitades. Ese era su dispositivo cuando comenzaron sus enfrentamientos decisivos con los incas al comenzar el siglo XV. Los chancas dividieron sus ejércitos en tres ramas y cada una de ellas en dos mitades. La primera rama de su ejército fue enviada al Contisuyu y la segunda al Antisuyu, mientras que la tercera y principal fue enviada contra el Cusco. Los dos primeros ejércitos obtuvieron victorias, pero el tercero ejército fue el decisivo y cayó derrotado después de una lucha legendaria.

Este tercer ejército chanca estaba comandado por dos capitanes que lideraban sus dos mitades: Tomay Huaraca y Asto Huaraca. El alto mando de este destacamento estaba integrado también por un negociador político llamado Huamán Huaraca, quien se entrevistó con el inca Viracocha y lo instó a rendirse. Después de consultar con su gente de confianza, Viracocha aceptó la rendición y salió del Cusco a Calca para facilitar la entrada de los chancas a la capital cusqueña. Huamán Huaraca lo acompañó para convenir los términos de su sometimiento.

Pero uno de los príncipes cusqueños llamado Yupanqui no aceptó la rendición y alistó un ejército de la nada para enfrentar a los chancas en la puerta del Cusco. La batalla se produjo en la entrada misma de la ciudad, en las faldas del cerro Carmenca. Los chancas llevaban el pelo largo y amarrado en grandes trenzas, mientras que su rostro estaba pintado con colores

de guerra. Sus armas eran largas lanzas que se enfrentaron con las porras y macanas de los incas. La batalla se inició muy de mañana y duró hasta el mediodía. Los chancas llevaban las momias de sus padres fundadores: Uscovilca y Ancovilca. Estaban seguros de su victoria y el exceso de confianza los engañó. En la primera fase del combate, una mujer inca llamada Chañan Curycoca los acometió y logró contenerlos, mientras que Yupanqui terminó con su líder y capturó a las momias que protegían a los ejércitos chancas. En ese momento, ingresaron nuevas tropas de refuerzo de los incas y la victoria se puso de su lado.

Los chancas se retiraron del Cusco perseguidos por los incas y encontraron refugio en Ichupampa. Mientras tanto, Yupanqui se presentó delante de Viracocha y le pidió que asuma la victoria pisando los despojos del vencido. El inca viejo se opuso y quiso que lo haga su hijo favorito, llamado Urco, quien lo había acompañado en su huida. Yupanqui no aceptó que uno de sus iguales sea el nuevo inca y asumió personalmente la corona real, cambiando su nombre por Pachacutec, el que todo lo revoluciona.

En Ichupampa, los chancas se prepararon para una segunda batalla pidiendo ayuda a su tierra y reuniendo un nuevo ejército. Los incas los acometieron en Yahuarpampa —“pampa de sangre” por la gran cantidad de muertos y crueldad que hubo en ese segundo enfrentamiento. Los chancas fueron derrotados cuando Pachacutec mató a Tomay y a Asto Huaraca y exhibió sus cabezas en sendas estacas. En ese momento se desorganizaron los chancas y empezaron a huir. De acuerdo con el cronista Betanzos, Pachacutec prohibió que los fallecidos en Yahuarpampa sean enterrados, para que el campo de batalla luzca terrible y la posteridad guarde eterna memoria de la triste suerte que le espera a quienes osan atacar a los incas.

Tiempo después, un destacamento sobreviviente de los chancas fue incorporado al ejército inca. Su comandante era un capitán llamado Anco Huallu. En cumplimiento de una misión en Huanuco, desertaron y se dirigieron al actual departamento de San Martín, a la zona de Lamas. Las tropas incas los persiguieron para acabarlos, pero no pudieron alcanzarlos y los chancas fugitivos lograron establecerse entre los motilonos. Hasta el día de hoy en esta región se habla un quechua semejante al ayacuchano y entre sus recuerdos aflora la historia de los chancas y de su mítico héroe Anco Huallu.

Vilcashuamán

A 100 km al suroeste de la actual Huamanga y a 3300 msnm se encuentra la antigua ciudad de Vilcashuamán. Ella se levanta sobre una zona de temprana influencia chanca, donde los arqueólogos han identificado hasta treinta

sitios de esta cultura en los alrededores de la urbe, todos ellos anteriores o contemporáneos al Tahuantinsuyu.

La zona de Vilcashuamán habría sido la capital de los chancas, o en todo caso, una de sus zonas nucleares. Por ello, tenía un alto poder simbólico para los incas, pues después de la victoria de Yahuarpampa tomaron Vilcashuamán y levantaron una nueva ciudad que representaba su conquista de la provincia de los chancas. Según el cronista indio Juan Santa Cruz Pachacuti Yamqui, en Vilcashuamán, el inca Pachacutec tomó y envió como despojos al Cusco a siete ídolos locales, que tenían forma de señores, “muy grandes y negros”. La victoria inca y la fundación del Tahuantinsuyu convirtió a Vilcashuamán en uno de los principales centros administrativos del imperio. A partir de ese momento, las actividades políticas, religiosas y militares tuvieron como centro provincial a esta importante ciudad inca.

Según Pedro de Carvajal, quien en 1586 escribió una *Descripción de la provincia de Vilcas Huamán*, existió en ese lugar una guarnición de 30.000 soldados y un acllawasi, o casa de mujeres escogidas, que albergaba casi mil mujeres, algunas como sacerdotisas dedicadas al culto y otras como mujeres reservadas para las alianzas matrimoniales que contraía el poder imperial. En todo caso, fue un asentamiento de gran importancia para los incas y el principal construido en el actual Ayacucho. Desde allí gobernaban una provincia que se extendía hasta el Mantaro por el norte y hasta el mismo Cusco por el sur.

Varios caminos incas cruzaban Vilcashuamán creando un panorama complejo. Cuenta el cronista Cieza de León que se perdió mientras iba camino a la capital inca ayacuchana, debido a lo intrincado del sistema de caminos. De acuerdo con su relato, cada inca conquistador había construido un camino propio pero el que se usaba normalmente en la época de los españoles era el de Huayna Cápac. Sin embargo, habían otros caminos anteriores de otros incas, además de los comunales. Esa compleja red de caminos evidencia una sociedad que se movía mucho, no obstante estar asentada en aldeas. Este mismo cronista también informa que Vilcashuamán se hallaba exactamente en el medio del Tahuantinsuyu, porque hacia Quito y al norte había tanta distancia como hacia el sur y Tucumán.

En Vilcashuamán de los incas, alrededor de una gran plaza ceremonial hubo dos construcciones monumentales: el Templo del Sol y el ushnu o adoratorio que incluía el palacio de Túpac Yupanqui. Según Cieza de León, la construcción de esta ciudad la inició Pachacutec, después de la victoria paradigmática sobre los chancas. Pero habría sido su hijo, Túpac Yupanqui, quien realizó construcciones fundamentales. De acuerdo a las *Relaciones Geográficas de Indias*, Túpac Yupanqui mandó a erigir el Templo del Sol y

en el mismo complejo levantó también un adoratorio dedicado a la Luna. Ambos edificios fueron edificados sobre las arrasadas huacas autóctonas de los chancas y construidos para una mayor religiosidad por arquitectos y picapedreros cusqueños. El estilo arquitectónico y la apariencia del conjunto monumental era completamente imperial cusqueño y no conservaba ninguna traza de estilo local.

El Templo del Sol se encuentra al sur de la gran plaza central. Está compuesto por terrazas escalonadas cuyos muros son de piedra y sólo parcialmente se encuentran de pie. En la segunda terraza existen nichos trapezoidales que rompen la homogeneidad del conjunto y le imprimen movimiento espacial. Formando parte del templo, pero en ambientes especiales estaba el acllawasi, donde vivían doncellas escogidas. El conjunto fue el centro de difusión religiosa más importante de los incas en la región de Ayacucho. Cincuenta porteros cuidaban el acceso al templo incaico y le conferían gran solemnidad al sitio. Hoy en día, sobre los muros y cimientos incas se levanta el templo católico de San Juan Bautista, superpuesto a la construcción prehispánica.

El segundo monumento se halla hacia el oeste de la plaza y destaca como un adoratorio de características muy singulares. De hecho, no existe en todo el Perú una pirámide ceremonial inca de este tipo ni de esta magnitud. La planta tiene forma cuadrangular y se levanta en espiral a través de muros escalonados hasta una superficie superior. Es una pirámide en cuyo tope se halla un impresionante asiento ceremonial, construido en piedra y con espacio para dos personas. En tiempos del inca estaba recubierto por placas de oro y servía para que el inca y la coya, o sus representantes, recibieran la sumisión de las masas agrupadas en la plaza. De acuerdo con Cieza, allí el señor hacía su oración a la vista del pueblo.

El ushnu estaba rodeado por una muralla dotada de elegantes puertas trapezoidales de grandes dimensiones, algunas de las cuales se conservan casi íntegras y lucen espléndidas. Mientras que otras se han perdido y sólo se adivinan. De una de estas portadas nace una escalera central que lleva a la plataforma superior. Las piedras finamente encajadas fueron cuidadosamente labradas por artesanos incas, pero sólo en el lado que da al exterior, puesto que por dentro las piedras carecen de acabado. Es más, la pirámide está enchapada en piedra y por dentro su material es de relleno. Luce como piedra sólida, pero es sólo una primera capa del edificio.

Detrás del ushnu hay dos construcciones idénticas que se interpretan como depósitos de armas y de ropa fina. Algo más allá se encuentra una edificación rectangular de finas paredes conocida como palacio de Túpac Yupanqui. Se trata de una larga habitación con tres puertas de entrada,

semejante a otros recintos que se hallan en las plazas incas. Ellos generalmente eran empleados para ceremonias bajo techo de la clase alta. Los especialistas denominan a estas construcciones como callancas y en una de ellas estuvieron escondidos los españoles en Cajamarca mientras Valverde entretenía a Atahualpa.

De acuerdo con los relatos del siglo XVI, y a lo que se puede observar, la plaza inca de Vilcashuamán era un espacio muy amplio donde se podían reunir con facilidad las 30.000 personas aludidas por los cronistas. Las ceremonias parecen haber sido de tipo religioso y militar, con el propósito de reforzar la unidad del Tahuantinsuyu exaltando sentimientos de identidad y adhesión al imperio. Esa plaza había sido trabajada secando un pantano y conduciendo el agua gracias a un sistema de canales, del cual quedan los restos.

Por otro lado, Vilcashuamán era parte del dispositivo de defensa del Tahuantinsuyu y albergaba una significativa guarnición. Cuando Francisco Pizarro marchó a ocupar el Cusco, no obstante que viajaba acompañado por numerosos príncipes incas de sangre real, entre ellos el mismo Manco Inca, encontró en Vilcashuamán fuerte resistencia militar de tropas leales a Atahualpa, quien ya había sido ajusticiado. Ello resalta la importancia militar de Vilcashuamán, puesto que incluso en una situación desesperada, los capitanes del inca muerto se batieron en esta ciudad hasta que fueron derrotados por la caballería de Hernando de Soto.

En tiempo del imperio, había una piedra de sacrificios que hasta hoy, aunque en estado ruinoso, se encuentra a un costado de la plaza. Asimismo, se halla un complejo sistema de distribución del agua, incluyendo conductos y depósitos, que parcialmente se observan a simple vista. Cieza cuenta de primorosos baños para los señores y sus mujeres.

El nombre original de la ciudad parece haber sido Wilka Huamán, significando halcón sagrado. De acuerdo con el arqueólogo Enrique González Carré, la ciudad misma habría tenido la forma de esta ave. Algunos cronistas cuentan que Pachacutec había domesticado un halcón que lo acompañaba en sus conquistas. Por su parte, algunos asentamientos incas tenían forma de animales, varios cronistas informan que el Cusco tenía forma de puma y algunos estudiosos han sostenido que Machu Picchu tiene forma de cóndor con las alas extendidas. Sea como fuere, el caso es que Vilcashuamán fue una ciudad cuidadosamente planificada erigida por el Estado inca y con un claro propósito de servir como capital provincial. Cieza contó 700 depósitos y cuartos de provisiones para la elevada población asentada en la ciudad y para el tránsito del ejército.

Después de la caída del Tahuantinsuyu, Vilcashuamán se despobló, revelando que era una ciudad del Estado, que su población estaba asentada

en ese lugar porque así lo tenía ordenado, pero que no había una vida urbana independiente del poder político. El gobernador Vaca de Castro tuvo que ordenar su repoblamiento en una ordenanza de tambos, pero ya había comenzado su declive, puesto que Huamanga era la nueva capital del sur medio peruano.

Los grupos étnicos en Ayacucho

Los conquistadores españoles encontraron que una buena parte de la población indígena ayacuchana había llegado recientemente a la región. Eran mitimaes traídos por los incas en la centuria anterior a la conquista. Estos grupos carecían de fuertes tradiciones de asentamiento en la tierra ayacuchana y todos recordaban con precisión su verdadera procedencia. Asimismo, ellos también carecían de sólidos vínculos orgánicos entre sí. No respondían a macroetnias con tradiciones comunes, sino que eran grupos relativamente pequeños y con dificultades para entenderse con sus vecinos. Los mitimaes traídos por los incas, en ocasiones venían desde tierras muy lejanas, como Quito o Lambayeque por ejemplo.

Una parte de los mitimaes establecidos en tierras ayacuchanas pertenecían a la nobleza baja del imperio, llamados por los cronistas “incas de privilegio”. Es decir, integrantes de grupos étnicos vecinos del Cusco, aliados desde temprano a la confederación quechua que articularon los incas. Estos mitimaes llegaron para garantizar la lealtad de la zona con el proyecto estatal del Tahuantinsuyu.

La región de Ayacucho había sido la cuna del enemigo tradicional de los incas: la confederación chanca. Como vimos, esta alianza de señoríos ayacuchanos puso en peligro a los incas invadiendo el Cusco durante la primera mitad del siglo XV. Los chancas fueron rechazados en las faldas mismas de la ciudad del Cusco luego de una crisis interna y una heroica defensa de los incas. A continuación, los cusqueños invadieron el territorio ayacuchano y obtuvieron una victoria crucial que los proyectó como un señorío en expansión que rápidamente se transformó en el mayor imperio de la antigüedad peruana. Como consecuencia, los grupos chancas del Pampas y de la cuenca central de Ayacucho fueron desplazados. Quizá fueron exterminados o dispersados, pero su territorio fue parcialmente ocupado por mitimaes, porque no eran de fiar para los incas. El Tahuantinsuyu necesitaba seguridad en esta zona crucial.

En una descripción de 1684 de las *Relaciones Geográficas de Indias*, se enumeran tres grupos de mitimaes que ocupaban la zona de Angaraes, provincia de la actual Huancavelica, muy cerca del nacimiento del río Pampas:

chancas de Andahuaylas, huaros de Huarochirí y quiguales del Cusco. Tanto los mitmas procedentes del Cusco como los de Huarochiri debían estar allí para garantizar la lealtad de la zona al Tahuantinsuyu.

Impresiona encontrar chancas de Andahuaylas como mitimaes en Angaraes-Huancavelica, porque parecen estar siendo premiados con tierras en provincias de altura para que pasten sus animales y desarrollen su ganadería. Por su parte, el repartimiento de Andahuaylas registró la mayor población de todo el sur peruano en el momento de la visita de Toledo, realizada en la década de 1570. Ahí vivían chancas que no fueron alterados por los conquistadores incas. ¿Quizá se trata de un grupo que se alió a los incas en el momento de las guerras por la supremacía en los Andes?

Un camino que cruza la provincia de Angaraes lleva a la zona norte de la región Ayacucho. En esta zona se ubica Huanta, que colinda con las provincias huancavelicanas de Churcampá y Tayacaja. Con respecto a Huanta, encontramos que la visita del obispo Francisco Verdugo, realizada en 1624, sostiene que la población de esta zona era escasa y que proporcionalmente era elevado el número de indios forasteros, alcanzando el 37% del total. Este elevado número de forasteros sugiere dos ideas. En primer lugar, que en época del incario, los mitimaes no eran muchos y que Huanta no debe haber estado tan densamente poblada como lo estaría luego. Seguidamente, que comenzada la colonia, Huanta se volvió atractiva económicamente, teniendo capacidad para atraer indios forasteros que no tenían temor de abandonar sus comunidades de siempre para ubicarse en una zona nueva para ellos, pero prometedora. Este potencial derivaba de la exitosa vinculación del temprano comercio colonial huantino con la producción de coca en las quebradas que acceden al Apurímac.

Por otro lado, en Huanta también se hallaban mitimaes provenientes del Cusco; eran indios antas y acos, ambos considerados incas de privilegio. Como vimos, inca de privilegio significaba que eran miembros de tribus cercanas a los incas aunque no exactamente de la suya, y que desde muy temprano habían sido aliados del Tahuantinsuyu, por lo que, al llegar al esplendor imperial, habían obtenido privilegios. Su asentamiento en la zona debe haber correspondido a las ya aludidas razones de seguridad del Tahuantinsuyu. Sucedió que toda la región norte de Ayacucho y además la cuenca del Pampas fue la zona donde los incas decidieron reemplazar a parte de la población local y traer mitimaes en su lugar. Por ello, en Huanta habían existido chancas en tiempos preincaicos y luego entre ellos estaban asentados indios acos cusqueños cuando entraron los españoles.

En Huamanguilla se fundó originalmente la capital de Ayacucho. Es un asentamiento situado muy cerca de la antigua capital de Wari. En este

espacio también hubo una extensa colonización de mitimaes en tiempos del Tahuantinsuyu. Ellos también eran indios anta del Cusco. Además de la seguridad, esta nobleza menor imperial cumplía responsabilidades de formación y llevaban técnicas para expandirlas en sus nuevos territorios de asentamiento. Por ejemplo, se hallaban alfareros incas en Quinua. El asentamiento en Huamanguilla se estaba volviendo muy importante en los años finales del Tahuantinsuyu, habiendo motivado cierta discusión sobre si la capital inca provincial se estaba moviendo de Vilcashuamán a Huamanguilla.

Otro grupo de orejones establecidos en Ayacucho, firmes aliados de los incas, eran los indios acos. Ellos ocupaban desde Quinua hasta Ocos a lo largo de la cuenca del río Yucaes. En esta zona se hallaban también indios quiguares, provenientes también del Cusco, quienes asimismo eran orejones menores aliados de los incas. Los acos y quiguares también estaban presentes en otras provincias, lo cual sugiere que los incas trajeron varios grupos étnicos y los repartieron por el territorio en grupos pequeños sin entregar territorios grandes a ningún grupo en particular. Los incas querían que Ayacucho estuviera dividido en muchos grupos chicos, ninguno de los cuales tuviera primacía sobre alguna provincia considerable.

La ciudad de Huamanga se edificó en una zona que también había sido ocupada por mitimaes. En la época de la visita del virrey Toledo, durante la década de 1570, se lista a cuatro grupos étnicos viviendo alrededor de Huamanga: lurinhuancas, chillques, andamarcas y huanacóndores. La ciudad fue edificada sobre una pukara, una antigua fortaleza, dando motivo al extendido mito de una etnia llamada pokra que habría sido el grupo local originario, supuesto integrante de la confederación chanca y de naturaleza muy combativa.

En el valle del Pampas la situación fue mucho más complicada. Allí vivían indios chillques, asimismo considerados incas de privilegio; también era zona de asentamiento de indios papres y condes. Todos ellos eran dominantes en los alrededores de Vilcashuamán, donde los incas habían establecido su capital y los chancas habían tenido la suya. Un poco más alejados de esta ciudad se hallaban mitimaes aymaraes y también huancas. Los aymaraes estaban asentados en Chuschi y Totos, mientras que los grupos procedentes del Mantaro se hallaban en Huanca Sancos y Sarhua.

Estos fueron los grupos étnicos principales que vivían como mitimaes en Ayacucho en tiempos del inca. Pero no eran los únicos. Hubo también grupos pequeños de yungas mochicas de la costa norte trasladados a la cuenca baja del Pampas. A lo largo de estas zonas, había pocos rastros de la población local anterior a los incas. Este núcleo transformado por los

mitimaes en una región muy heterogénea estaba rodeado por etnias de altura que mantenían homogeneidad cultural, salvo algunas islas de mitimaes que se hallaban también entre ellos. Eran los grupos étnicos llamados Angaraes, Lucanas y Soras que vivían en la zona sur del actual departamento de Ayacucho. Ellos eran anteriores a los incas en esas zonas y permanecieron en sus territorios durante el imperio.

Algunos de ellos, como los lucanas por ejemplo, tenían privilegios únicos, puesto que eran los portadores del inca. Cargar las literas del soberano era un gran privilegio que les daba una enorme influencia en la corte; por su parte, los lucanas sabían cumplir sus responsabilidades a plenitud. Eran lucanas quienes cargaban las andas de Atahualpa en Cajamarca. Sobre su conducta ese día, todos los cronistas han relatado admirados cómo, ante la espada cortante de los españoles, los lucanas desarmados se sacrificaban uno detrás del otro para evitar que caigan las andas del señor del Tahuantinsuyu. ¿Quizá los lucanas fueron un grupo clave en la derrota definitiva del enemigo de los incas?

El caso es que las provincias del sur de Ayacucho no sufrieron la misma dispersión de la población local que se vivió en el norte y en la cuenca del Pampas. Estos hechos parecen sugerir que en el sur o hubo apoyo a los incas o en todo caso neutralidad. Por el contrario, es evidente que los chancas recalcitrantes deben haber estado asentados ahí donde los incas trajeron mitimaes para reemplazar en buena medida a la población originaria. La crónica de Wamán Poma menciona a siete grupos originarios de Ayacucho, entre ellos los lucanas, por ejemplo, pero añade al menos nueve grupos de mitimaes procedentes de uno sólo de los cuatro suyus: el Chinchaysuyu. Entre ellos indios cañaris y chachapoyas.

En toda esta región sur central del Perú se hablaba tanto una variedad del quechua como el aymara. En nuestros días, por ejemplo, en la vecina región Apurímac, en la margen derecha del río Soras, hay una provincia llamada Aymaraes. Sucede que había una familia lingüística que los estudiosos llaman “aru”, que estaba presente en el idioma que hablaban en Yauyos y Huarochirí. Esta raíz “aru” estaba emparentada igualmente con las lenguas del Collao. Ello porque, de acuerdo con Alfredo Torero, en la región sur central del Perú antiguo se halla la raíz lingüística tanto del quechua como del aymara. La presencia de lenguas diversas hacía aún más heterogénea a la región de Ayacucho en el Tahuantinsuyu. Ninguna región del imperio incaico presenta este grado de dispersión. Como vemos, había colonias de mitimaes de no menos de 25 diferentes grupos étnicos en el territorio del actual Ayacucho. Algunos grupos ayacuchanos de procedencia mitimae cusqueño mantienen hasta hoy una vestimenta tradicional muy similar a la de sus

pares de la antigua capital del Tahuantinsuyu. Esa dispersión significó escasa solidaridad orgánica entre los indios a lo largo de los siglos coloniales y constituye la base de un grado elevado de conflicto entre las comunidades indígenas de la región.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

GONZÁLEZ CARRÉ, Enrique

1992 *Los señoríos chancas*. Ayacucho: Universidad de San Cristóbal de Huamanga.

GONZÁLEZ CARRÉ, Enrique, Jorge COSMÓPOLIS y Jorge LÉVANO

1996 *La ciudad inca de Vilcashuamán*. Ayacucho: Universidad de San Cristóbal de Huamanga.

GONZÁLEZ CARRÉ, Enrique, Jaime URRUTIA y Jorge LÉVANO

1997 *Ayacucho: San Juan de la Frontera de Huamanga*. Lima: Banco de Crédito del Perú.

LUMBRERAS, Luis Guillermo

1983 *Los orígenes de la civilización en el Perú*. Lima: Editorial Milla Batres.

2000 *El imperio Wari*. Lima: IFEA, Lluvia Editores.

RIVA-AGÜERO, José de la

1969 *Paisajes peruanos*, tomo IX de *Obras completas*. Lima: PUCP.

SOTO, Jorge Luis

2004 “Las ofrendas de Monqachayoc-Wari, Ayacucho, Perú”. En: *Warpa, Revista Arqueológica* N° 7. Huanta.

VÁLDEZ, Lidio M.

2004 “Huarpa, la cultura local del valle de Ayacucho”. En: *Warpa, Revista Arqueológica*, N° 7. Huanta.

GUÍA PEDAGÓGICA

CAPÍTULO II: ARQUEOLOGÍA

I. PREGUNTAS

1. ¿Cuáles son los hitos culturales de la región ayacuchana en época prehispánica? Ubíquelos en una línea del tiempo
2. ¿Qué actividades económicas realizaron los warpas?
3. ¿Qué culturas influyeron en Ayacucho facilitando el surgimiento de Wari?
4. ¿Fue Wari el primer imperio de la antigüedad peruana?
5. ¿Quiénes fueron los chancas? ¿Eran los chancas herederos de los waris?
6. ¿Por qué los chancas vivían en las alturas?
7. ¿Cuál fue la importancia de los chancas en la formación del Tahuantinsuyu?
8. ¿Qué diferencia encuentra entre las sociedades de los valles y de las zonas altas de Ayacucho?
9. ¿Qué era un mitimae y por qué llegaron tantos a Ayacucho con el dominio inca?
10. ¿Cuáles fueron los grupos étnicos mitimaes introducidos por los incas en la región ayacucho?
11. ¿En que zonas de Ayacucho estaban ubicados los grupos de mitimaes traídos por los incas?
12. ¿Cómo funcionaba la ciudad inca de Vilcashuamán?

II. ACTIVIDADES

1. Ordene y asocie en secuencia cronológica las siguientes categorías:
 - a. Warpa (Período lítico: 18.000 años a. C. – 3000 años a. C.).
 - b. Chancas (aparición del Estado: inicios de nuestra era – 600 años d. C.).
 - c. Pikimachay (aparición de la gran ciudad: 550-600 d. C. – 1000 d. C.).
 - d. Incas (ocupación de zonas altas de Ayacucho: 1000 d. C. – 1400 d. C.).
 - e. Wari (Refundación de Vilcashuamán: 1500 d. C.).

2. Dibuje la plaza de Vilcashuamán en época de los incas y junto a sus alumnos realice una representación de las ceremonias incas en ese espacio.
3. Ubique en el mapa a los principales grupos mitimaes traídos por los incas a Ayacucho.
4. Visite el Museo Regional del INC y sintetice el guión museográfico. Los alumnos divididos en grupos deben prestar atención particular al guión y objetos de una sala.
5. Ubique en el mapa las rutas de la obsidiana durante el Horizonte Intermedio, Wari.
6. Sobreponga al mapa del Perú actual el imperio Wari. Haga lo mismo con Bolivia actual y el Tiahuanaco.
7. Enumere y describa los objetos hallados en la cueva de Pikimachay.

III. APRENDIZAJE

En este capítulo vamos a aprender sobre el desarrollo prehispánico de la región ayacuchana que va desde la llegada del hombre al Perú hasta la conquista española. En primer lugar, tenemos el período lítico (18.000 a. C. – 6000 a. C.) que cubre hasta el descubrimiento de la agricultura y el asentamiento de la primera aldea. Se trata del hombre en estadio nómada, que vive de la recolección y de la caza, y que vive en cuevas y abrigos naturales. En Ayacucho se han encontrado instrumentos líticos, semillas y restos fósiles de animales en las cuevas de Pikimachay (cueva de la pulga) y cueva de Qaywamchay (cueva de la pimienta). En segundo lugar, tenemos el desarrollo de la agricultura y la formación de los ayllus (6000 a. C. – 2000 a. C.) como formas primarias de organización; en este período el hombre domesticó a la llama y la alpaca y aprendió a vivir en aldeas extensas; la agricultura se consolidó, llegándose a domesticar plantas como la papa y el maíz. En tercer lugar, tenemos el período formativo (2000 a. C. – 500 d. C.) que se caracteriza por la complejidad de la organización social, aparece el clan familiar o ayllu para aprovechar mejor las jornadas agrícolas y regir la vida social; se desarrolló las primeras formas de Estado de tipo teocrático, posiblemente bajo influencia cultural de Chavín; en efecto, hacia 1500 a. C. a 5 km de Huamanga se encuentra Wichqana, lugar donde se han encontrado restos de un edificio semicircular construido en forma de herradura que habría sido un templo. En cuarto lugar, tenemos a los warpas (inicios de nuestra era – 600 d. C.) la cultura dominante en Ayacucho y antecesor de

los waris, cuya cerámica se caracterizó por el color negro sobre el blanco; eran productores de maíz y controlaban las tierras más fértiles de la región; los warpas desarrollaron técnicas agrícolas y de riego, construyeron terrazas, canales y reservorios para conducir el agua de los puquiales y de lluvia. En quinto lugar, a partir del año 600 d. C. la región es dominada por los waris con los cuales aparece la ciudad como forma desarrollada de poblamiento y de centralización de las funciones administrativas, religiosas y militares; Wari fue un imperio regional que abarcó desde el Cusco y Moquegua por el sur hasta Cajamarca y Lambayeque por el norte.

El fin de la era de los waris ocurrió hacia el año 1000 d. C.; no sabemos las causas del declive de Wari, su presencia es reemplazada por la confederación chanca, que domina la región entre los años 1100 a 1400 d. C., que provenía de la actual Huancavelica. Los chancas ocuparon las zonas altas de Ayacucho y no formaron ciudades, sino aldeas; su cerámica es tosca y aunque eran poderosos guerreros fueron derrotados por Pachacútec y sometidos al dominio inca. Los incas fundaron Vilcashuamán como una ciudad estratégica para controlar a los rebeldes chancas y mediante el traslado de numerosos mitimaes trataron de debilitarlos. En esta situación es que se produce la llegada de los españoles a la región en el siglo XVI.

IV. GLOSARIO

<i>Mitimaes:</i> (o <i>mitmas</i>)	Se llama así a los grupos de migrantes controlados por el Estado. Cuando un pueblo era numeroso y rebelde se trataba de debilitarlo trasladando parte de su población a lugares lejanos e insertando en ella a grupos de familias leales al gobernante. Había también los mitimaes empleados para desarrollar la producción agrícola; estos eran grupos que eran enviados para colonizar diferentes pisos ecológicos.
<i>Estado:</i>	Organización política de sociedades diferenciadas por clases sociales. El Estado supone un alto desarrollo social y el control del poder por un grupo de administradores que regulan la vida económica, el ejército y la religión.
<i>Panandina:</i>	“Pan” significa totalidad y “Panandino” se refiere a la totalidad del mundo andino.

Capítulo III

La era colonial



◁ Foto: Iglesia Santo Domingo en Huamanga



Huamanga

La fundación española de la ciudad de Huamanga obedeció a dos razones principales. En primer lugar, para proteger al naciente Estado colonial del peligro que significaban las tropas rebeldes de Manco Inca. Ellas estaban asentadas en la última capital inca situada en Vilcabamba y tenían sus avanzadas en el valle de Ninabamba, en la actual provincia de La Mar. La segunda razón obedecía a la necesidad de una ciudad intermedia en la larga ruta entre Lima y Cusco. Ambas motivaciones guardan relación con un solo tema: el control y la seguridad de territorio recientemente conquistado. Así, en enero de 1539 se fundó Huamanga, como San Juan de la Frontera. Ese nombre evoca conceptos propios de la guerra de la reconquista cristiana contra los moros en la Península Ibérica, revelando claramente el carácter de vanguardia de la civilización occidental que le imprimieron los fundadores. En ese momento apenas hubo 22 vecinos españoles.

La primera institución urbana fundada por los españoles fue el Cabildo. Era una costumbre general de los conquistadores hispanos en América, inspirada en su propio ordenamiento administrativo que proviene de la era medieval. Una vez establecido el municipio de Huamanga, tomó en sus manos la regulación de la vida económica, incluyendo los precios de los alimentos. Consta en el acta de Cabildo de 1540, la regulación del precio del maíz y pocos años después, en 1543, la medida se extiende a la coca.

La primera ubicación de Huamanga fue en Huamanguilla, un asiento de indios cercano a Quinua y se trasladó al año siguiente a su emplazamiento actual. Si bien esta nueva ubicación es superior a la primera en comodidades, está circundada por una campiña áspera y pedregosa, con poca agua y algo difícil de hacer producir. Estas circunstancias hicieron complicado su prosperidad y en los primeros años era evidente el interés del Cabildo por atraer nuevos vecinos españoles.

De acuerdo con la información contenida en el primer Libro del Cabildo, la distribución de tierras de cultivo, solares urbanos e indios ocupaba buena parte del tiempo de los vecinos fundadores. El resto de actividades guarda relación con la organización de un estilo urbano de vida capaz de hacer soportable la vida cotidiana en un ambiente cargado de temor ante el Inca rebelde y de nostalgia por la lejanía de la patria castellana.

El número de españoles creció lentamente. *Las Relaciones Geográficas* mencionan la cantidad de 250 españoles en 1571, de los cuales 30 eran encomenderos. En 1614, el virrey Montesclaros realizó un censo general que arrojó para Huamanga la cantidad de 650 españoles, contando tanto hombres como mujeres. De acuerdo con el mismo censo, los mestizos eran 500 y 400 los negros. El censo de Montesclaros no incluyó a los indios y por lo tanto no permite captar al íntegro de la sociedad, sino solamente a la llamada república de españoles.

Entre las cifras de Montesclaros destacan los 400 esclavos que vivían en Huamanga al comenzar el siglo XVII. Ellos eran casi tantos como sus amos españoles. Cuando eran enviados al campo a trabajar en obrajes o haciendas, muchas veces obtenían posiciones como capataces, cumpliendo funciones de control y manejo de la mano de obra indígena. Aunque, un buen grupo de esclavos trabajó en medio urbano como jornaleros o artesanos. Los esclavos que vivieron en la ciudad estaban sumergidos en la economía monetaria, porque trabajaban, ganaban un salario y vivían por su cuenta, entregándole a sus amos una porción de sus ingresos. De este grupo de esclavos de la ciudad, una minoría permaneció en las viviendas de clase alta trabajando como servicio doméstico.

Por otro lado, la ciudad de Huamanga se pobló de multitud de indios forasteros o yanaconas, que dejaban sus localidades para escapar a sus obligaciones tributarias y a la mita minera, que tenía muy mala fama como liquidadora de seres humanos. Estos indios fugados de sus comunidades rurales y asentados en la ciudad estaban obligados a una mita de ciudad y exceptuados de la mita minera. La mita de ciudad obligaba a trabajar por turnos en obras urbanas y limpieza pública. Era menos maligna y preferida por muchas personas, no obstante que significaba dejar la propia tierra y perder sus derechos como originario. Asimismo, aparecen mitayos entregados a órdenes religiosas e incluso a vecinos para obras particulares. El asentamiento de los indígenas en Huamanga fue normado por el virrey Toledo, que formó las dos parroquias de indios de la ciudad: Santa Ana y Santa María Magdalena.

Estos yanaconas urbanos fueron la base de un sector artesanal que cobró bastante importancia desde comienzos del siglo XVII en adelante.

Los yanaconas poblaron los barrios de Huamanga, donde se desarrolló una extensa artesanía. Más adelante veremos la importancia y presencia de los tejedores urbanos, cuya actividad continúa siendo relevante hasta nuestros días. Aquí queremos destacar la curtiembre como una actividad muy extendida en la época colonial. Los barrios de Tenería y San Juan Bautista estaban especializados en esta manufactura, como lo demuestra el nombre del primero de ellos, que corresponde al antiguo nombre español para curtiembre.

En 1546, el cabildo tomó una decisión de gran trascendencia: reservar como bienes propios de la ciudad las laderas y terrenos de los cerros que la circundan. A partir de ese momento, estas tierras se alquilaron, generándose una renta permanente que sirvió para sustentar al municipio. Estas laderas estuvieron en manos del cabildo hasta 1965, cuando una ley promulgada por el Congreso de la República, entregó la propiedad a sus ocupantes, dándose inicio a la expansión urbana contemporánea.

Encomiendas y corregimientos

La población indígena fue repartida entre los conquistadores, con el fin que estos gocen del tributo que los indios debían pagar por cada nación derrotada. Esta fue la finalidad de las encomiendas puestas en práctica en el Perú muy temprano; hubo de hecho varios repartos efectuados por Francisco Pizarro y luego siguieron otorgando encomiendas tanto Vaca de Castro como La Gasca, hasta la consolidación del sistema efectuada por Francisco de Toledo.

El Rey de España nunca vio con buenos ojos que se forme una clase de señores feudales sobre la base de los encomenderos. El Rey le temía a una potencial clase social dominante que asuma la posesión de derechos particulares sobre la tierra conquistada. Por ello, desde las Leyes Nuevas, la Corona se orientó a limitar el poder de los encomenderos. Ellos se rebelaron en 1544 bajo liderazgo de Gonzalo Pizarro y fueron derrotados por el Pacificador Pedro de la Gasca, después de una cruenta guerra civil. No era el primer enfrentamiento entre los conquistadores. Por el contrario, los conquistadores del Perú habían estado guerreando entre ellos hasta desangrarse casi desde el comienzo mismo de la empresa de conquista.

El grupo que había conquistado el Perú cayó en grandes contradicciones que provocaron sangrientos enfrentamientos. Por ejemplo, en la región Ayacucho se libró la batalla de Chupas, donde perdió la vida Diego de Almagro el Mozo, derrotado por el licenciado Vaca de Castro. Ahí se desvanecieron los sueños de los almagristas. Pero, como vimos, su derrota

dio paso a una posterior gran rebelión de los encomenderos contra las disposiciones del Rey. Pero, al ser derrotados por las fuerzas leales al monarca español, el último de los Pizarro, Gonzalo, fue ajusticiado junto con su famoso lugarteniente, Diego Carvajal, llamado El Demonio de los Andes.

Una relación de encomenderos de 1561 ofrece valiosa información. Aquí se encuentran listados los grupos étnicos encomendados, el conquistador beneficiado, y el valor del tributo a ser cobrado. De acuerdo con esta relación, las encomiendas que tienen rendimiento más elevado son las de altura: Soras, siete mil pesos; Pomabamba, seis mil; Angaraes-Chocorpos-Guachos, cinco mil quinientos pesos. Ello refleja la importancia y riqueza de estos grupos en la época del imperio incaico. Esa riqueza se fundaba en el hecho de que, durante la era prehispánica, una de las formas de acumular riqueza era la ganadería.

Los repartimientos pronto enfrentaron dificultades. Entre ellos destaca el ocultamiento de tributarios. En efecto, muchos curacas ocultaban a los indios de su grupo étnico para argumentar que la población a su cargo había mermado a tal grado que debían disminuir sus tributos. Hubo muchas denuncias sobre personas que eran trasladadas momentáneamente fuera del repartimiento, cada vez que los curacas lograban que se efectuaran revisitas para constatar el censo de la población. Fue una forma sorda y persistente de resistencia a la explotación colonial.

Después de la derrota de Gonzalo Pizarro, el Rey de España ordenó que se formen corregimientos, como forma de administrar las provincias. El corregidor era un funcionario del Estado español, situado jerárquicamente por debajo del virrey. El corregidor encabezaba las instituciones locales a escala provincial. Representaba al poder ejecutivo y al judicial, teniendo amplia autoridad que sólo se veía limitada por el poder del Cabildo, que era independiente del corregidor. En el año 1601, el corregidor de Huamanga, García Solís, fue ajusticiado en la plaza de la ciudad, revelando la magnitud de los conflictos internos que estremecían a la sociedad hispano-peruana de Huamanga.

Como autoridades provinciales, los corregidores canalizaron la energía campesina hacia una producción destinada al mercado y a la ganancia particular. Asimismo, los corregidores estaban encargados de hacer cumplir las mitas. En función a estas responsabilidades, muchos corregidores tenían conflictos y tensiones constantes con los curacas. Refiriéndose a los grupos que eran poderosos durante la colonia temprana, Wamán Poma subraya las contradicciones que oponían a los curacas contra los encomenderos y corregidores. No había unidad de intereses ni de opiniones entre los de arriba.

Mientras que las encomiendas se extinguieron después de dos, o a lo sumo tres vidas, los corregimientos fueron instituciones casi permanentes del poder español en los Andes. Sólo desaparecieron cuando las tardías reformas borbónicas constituyeron las Intendencias, pero este es un asunto recién de fines del siglo XVIII; hasta ese entonces y desde el siglo XVI, buena parte del poder político en las provincias lo ejerció el corregidor.

El Taki Onkoy

En 1565, al cabo de 33 años de presencia cristiana en los Andes, se extendió un movimiento milenarista entre los indios que los doctrineros españoles llamaron Taki Onkoy, literalmente “la enfermedad del baile”. Los fieles de esta creencia eran presas de una súbita animación que los hacía bailar interminablemente. Asimismo, los creyentes indígenas predicaban el fin de la presencia europea. Los españoles abandonarían los Andes al cumplirse 33 años de su llegada, del mismo modo como Jesús había subido a los cielos al cumplir esa edad. Los fieles del Taki Onkoy querían retornar al culto a las huacas argumentando que el Sol había fallado al ser derrotado por Jesucristo. En esta resurrección estaban cobrando gran importancia las antiguas huacas de Titicaca y Pachacamac.

Los sacerdotes católicos se alarmaron mucho cuando constataron que en todas las punas que rodean a la laguna de Parinacochas y también a lo largo de la cuenca del Pampas, los indígenas estaban involucrados en la nueva creencia religiosa, inmediatamente concebida y condenada como herejía. A pesar de su rápida difusión, este movimiento fue pacífico, no tomó las armas contra los españoles, no obstante que en ese mismo momento aún sobrevivía el Estado Inca de la resistencia asentado en Vilcabamba. Se trató de un movimiento religioso y milenarista, que buscaba apartarse de los españoles y fundar un mundo propio.

El sacerdote español Cristóbal de Albornoz fue encargado de extirpar el Taki Onkoy y recorrió extensamente las tierras de altura del sur de Ayacucho, donde se hallaba el núcleo del movimiento. Uno de sus ayudantes fue el luego muy célebre cronista indio, Felipe Wamán Poma de Ayala, quien trabajó como intérprete entre el quechua y el castellano. En esa calidad, Wamán Poma integró el cuerpo de funcionarios de la visita de extirpación dirigida por Albornoz. La represión contra el Taki Onkoy fue fuerte y sistemática; se castigó a sus dirigentes y seguidores; se destruyeron muchas huacas y mallquis. Al final, el movimiento se apagó y la zona fue pacificada porque sus indios carecían de suficientes solidaridades como para mantener una resistencia de largo aliento.

La visita del virrey Francisco de Toledo

Como vimos, de acuerdo con las instrucciones del Pacificador La Gasca, comenzó el proceso de nombramiento de corregidores para el gobierno en nombre del Rey en las ciudades españolas. Poco después, el gobernador Lope García de Castro dividió el territorio peruano en 50 corregimientos, constituyendo la primera demarcación colonial del territorio entero del Perú dividido en provincias. Pero fue a raíz de la visita general del quinto virrey, Francisco de Toledo, que se organizó formalmente el sistema y en cada provincia apareció un corregidor. Este ejercía poderes ejecutivo y judicial en nombre del Rey de España y por debajo solamente del virrey de Lima. En el caso de Huamanga en 1576 se nombró por primera vez corregidores de indios.

La información proveniente de la visita general ordenada por Toledo permite realizar un balance de la instalación de la sociedad colonial, hacia la decisiva década de 1570. En ese momento, estaba comenzando el primer *boom* del azogue de Huancavelica.

En la región Ayacucho fueron registrados algo más de 120.000 indios, que constituían un grupo numeroso en comparación con las otras regiones del Perú antiguo. Por ejemplo, en Arequipa habían 100.000; en La Paz idéntica cantidad que en Ayacucho, y sólo en Cusco la cantidad era superior, llegando a casi 400.000 indígenas.

Las etnias de altura tenían mayor densidad poblacional. Soras, Lucanas, Angaraes y Chocorbos representaban el 47% de la población tributaria de la región. Como vimos, estos grupos étnicos disponían de una forma de riqueza muy significativa en aquellos días: enormes hatos de camélidos.

Entre estas etnias de altura se hallaban también mitimaes. Aunque, estos mitmas estaban organizados como colonias incrustadas en el seno de grupos étnicos homogéneos y no sustituyendo a la población originaria, como había sido el caso del Pampas y del núcleo central ayacuchano. Por ejemplo, en el territorio de los Chocorbos habían colonias provenientes de seis grupos étnicos, que estaban ahí para acceder a pastos y por consiguiente a mantener sus ganados.

La tasa de Toledo impuso un tributo específico a los indios de cada repartimiento. Los curacas estaban encargados de recoger el tributo y pagar en forma colectiva, organizando una caja de comunidad que fue también normada por Toledo. Este tributo debía pagarse en dinero, o en trabajo, o en productos de la tierra.

La forma trabajo del tributo dio origen a la mita colonial. Además de la muy conocida mita minera, había también mitas para el servicio de las

ciudades principales. Como vimos, hubo una mita para servicios urbanos en Huamanga. El tributo en productos podía consistir en tejidos, trigo, maíz, aves de castilla, ganado de la tierra, papas, algodón, etc. Destaca la ausencia de coca de la lista de productos elaborada por los funcionarios de Toledo.

La visita de Toledo también fue la base para las reducciones. Los españoles cambiaron el patrón de ocupación del espacio en el mundo andino. En la era prehispánica, los seres humanos habían estado dispersos en forma ordenada, cubriendo todos los pisos ecológicos y las áreas cultivables de los Andes. Una dispersión organizada y una elevada movilidad constituían los rasgos estructurales de la ocupación prehispánica del espacio. Mientras que los españoles preferían que los individuos vivan en pueblos. De esta manera, los indios estarían concentrados, sería fácil evangelizarlos y mantener control sobre la mano de obra indígena. Fue tarea de Toledo imponer una primera concentración de la población andina en pueblos, muchos de los cuales sobreviven hasta hoy. Así, la estructura contemporánea de asentamientos humanos en los Andes, situados aproximadamente a una legua de distancia cada uno, es herencia de las reducciones de Toledo.

Catástrofe demográfica

La población nativa disminuyó considerablemente después de la conquista. Los demógrafos calculan que la población del Tahuantinsuyu en época de Huayna Cápac era de doce millones de personas. Si ese es el máximo, alcanzado al comenzar el siglo XVI, el mínimo se encuentra en un censo de 1650, cuando en todo el Perú sólo había medio millón de tributarios.

Es difícil calcular cuántos indios habrían por tributario efectivamente censado en el siglo XVII. En efecto, muchos indígenas habían huido y eran forasteros, o se habían adscrito a las haciendas como peones, o estaban en las ciudades como trabajadores. Estas categorías no fueron censadas, pero, la disminución de población fue enorme. De acuerdo con la postura de algunos demógrafos, en 1650 apenas había sobrevivido uno de cada diez indígenas que hubo ciento cincuenta años atrás. Al comenzar el siglo XVII, el índice de descenso de la población era del 1,5% anual.

La causa principal de esta catástrofe de población fue una serie de enfermedades nuevas que no eran conocidas en el Nuevo Mundo. Junto con los europeos llegaron enfermedades comunes en el Viejo Mundo para las cuales no habían defensas orgánicas en los habitantes de América, por no haberlas experimentado hasta ese entonces. Así, las pestes fueron de gran mortandad entre los indios, que sufrían tremendamente al comprobar que esas enfermedades no afectaban a los europeos, porque estos disponían de defensas.

Al no conocer la causa, los indios asumieron que las enfermedades confirmaban la supuesta superioridad de los europeos.

El exceso de tributo también afectó a las poblaciones andinas porque impidió la normal reproducción de la fuerza de trabajo. El contraste con la época prehispánica era abrumador. En tiempos precolombinos el tributo había sido muy controlado. Además, el Inca entregaba regalos a la población a cambio de su contribución, manteniendo la idea de que existía reciprocidad entre los tributarios y el Estado. Pero en tiempos coloniales se rompió todo control. El nuevo poder impuso tasas tan elevadas que el hambre se extendió y afectó el nivel de sobrevivencia.

El hambre, además, predispuso a la población a las enfermedades, formando un círculo vicioso devastador. Así, la pobreza apareció en los Andes al terminar el siglo XVI. En apenas 50 años, la codicia había logrado terminar con la abundancia y buen aprovisionamiento propios de la era prehispánica. Se terminó la riqueza social y comenzó la pobreza, que nos acompaña hasta hoy.

En el transcurso del siglo XVIII, la población fue creciendo, aunque ya habían pasado los mejores años de la riqueza material regional, que corresponden al auge de la mina de azogue de Huancavelica, durante los primeros setenta años del siglo XVII. La recuperación demográfica fue lenta e interrumpida por numerosas epidemias que asolaron a la población. En el censo realizado en 1755 por el virrey Manso de Velasco, Conde de Superunda, se registran casi cincuenta mil personas, algo menos de la mitad de las 120.000 encontradas por Toledo casi doscientos años atrás, pero una cantidad superior a la registrada en el siglo XVII. Veinte años después de Superunda, en 1767, el geógrafo colonial Cosme y Bueno calculó la población regional en 69.000 personas.

Al terminar el siglo XVIII, de acuerdo con las cifras que la Intendencia encargó levantar, Huamanga había alcanzado los 110.000 habitantes, prácticamente igualando las cifras halladas por Toledo en 1575. De ellos, 75.000 eran indios y 5.000 españoles y criollos, la proporción entre ellos era 15 a 1. Se destaca la virtual desaparición de los esclavos negros, que por aquel entonces se habían reducido a solamente treinta personas. Como en otros lugares de América, al no continuar llegando nuevos contingentes de esclavos, el grupo se redujo considerablemente debido a los cruces entre individuos de todas las razas con el reducido grupo de origen africano.

Felipe Wamán Poma de Ayala

El cronista indio nació en Sondondo, Lucanas, Ayacucho aproximadamente en la década de 1550, unos veinte años después de la invasión europea.

Posiblemente era de origen mitimae porque en su obra relata que su linaje procedía del grupo étnico Yarowilca, natural de Huánuco. Era hijo de un curaca local y recibió educación en una escuela de cristianización dominical. Aprendió castellano y tuvo un medio hermano mestizo que fue religioso. Siendo bastante mayor escribió la principal crónica redactada por un indio sobre el mundo andino precolombino y el impacto de la colonia en los Andes. Además era un fino dibujante y acompañó su texto por 400 dibujos que lo han hecho muy famoso en nuestros días. Su nombre era Wamán Poma, pero se añadió el Felipe y también se fabricó un parentesco con el capitán Luis de Ayala e incorporó su apellido español al propio, para firmar su crónica como Felipe Wamán Poma de Ayala.

En la década de 1570 trabajó para Cristóbal de Albornoz, quien fue visitador eclesiástico en Lucanas. Este extirpador de idolatrías es retratado castigando físicamente a los indios fieles a sus antiguas religiones, pero el texto lo describe como un santo y justo varón. A lo largo de su vida, Wamán Poma fue cristiano y se empeñó en probar que el cristianismo había llegado a los Andes antes que los españoles, buscando de ese modo dismantelar una de las razones esgrimidas para justificar la conquista: es decir, que había necesidad de cristianizar a los indios. Según Wamán Poma, estos ya eran cristianos. Aunque muy devoto de la religión cristiana, Wamán Poma fue enemigo de la Iglesia católica porque pensaba que los curas y doctrineros muchas veces violaban las normas que predicaban. El cronista indio amaba la coherencia y detestaba la hipocresía y el cinismo; opuso una actitud moral contra la decadencia que percibía en su tiempo.

El extirpador Cristóbal de Albornoz poseía una biblioteca de primera categoría, donde se supone que Wamán Poma adquirió su cultura europea, durante los años que trabajó como intérprete. Deben haber sido amigos porque se sospecha que Albornoz le regaló el papel y la tinta para escribir su crónica, porque estos instrumentos indispensables para escribir eran bastante caros en el siglo XVII. De hecho, el cronista indio conocía bastante literatura histórica y teológica de su tiempo y muchas obras clásicas. Fue un indio culto que intentó emplear los conocimientos occidentales para reelaborar una interpretación propia de su historia. Dirigió su crónica al Rey de España, Felipe III, a quien le pide que resuelva los males que se han abatido sobre los Andes a raíz de la conquista. Para seducir al Rey le ofrece un tributo muy superior al actual, si permite que los indios se gobiernen solos, de acuerdo con su antigua usanza y con jefes propios, que le rendirían obediencia como emperador del universo. El punto de vista político de Wamán Poma se puede resumir fácilmente: se opone al gobierno directo de los europeos sobre los andinos y busca una forma de autonomía. La crónica de

Wamán Poma es una carta al Rey porque piensa que tiene poder para resolver a favor de la nacionalidad andina, que se estaba formando en la oposición al gobierno directo de los españoles.

Posteriormente trabajó como escribano de indios, redactando los textos legales que los indios tuvieran a bien iniciar ante las autoridades españolas. Durante todos estos años estuvo envuelto en pleitos legales, frecuentemente por la tierra. En uno de estos juicios contra los indios chachapoyas que habían fundado el pueblo de Chiara, perdió sus propias tierras y sus derechos como curaca. Fue desterrado en dos ocasiones de Huamanga y se le prohibió seguir causas judiciales.

A partir de ese momento se sumergió en la pobreza y comenzó la redacción de su crónica. Ella contiene una historia legendaria del Perú antiguo, desde la creación bíblica hasta el reinado de Huayna Cápac. A continuación se halla un capítulo denominado “Conquista”, que comienza con la llegada de los españoles y termina con la conclusión de las guerras civiles entre los europeos. Esta sección abarca un tercio de la crónica. El resto, se denomina irónicamente “Buen Gobierno” y es una descripción sincrónica y minuciosa de la vida social en el virreinato del Perú. Esta parte del libro no sigue los grandes acontecimientos y los personajes principales, como había sido el caso en la primera sección.

En la parte dedicada a la colonia, Wamán Poma narra y analiza hechos cotidianos, de los cuales afirma ser testigo presencial. Esta sección del libro es una denuncia de los abusos e injusticias coloniales y contiene una propuesta de solución política: la autonomía de los indios. También está cargada de pesimismo que se expresa en una frase dramática que se repite incesantemente: “y no hay remedio”.

Al terminar su crónica, Wamán Poma se dirigió a Lima a entregarla en el Palacio del Virrey para que se la hagan llegar al Rey de España. El viaje fue a pie, de Ayacucho a Lima y fue muy penoso. Incorpora en las últimas páginas de la crónica el relato de este último viaje y la narración tiene un contenido patético. Su propio hijo lo abandona en las montañas, pierde su caballo y sólo se queda con su perro, a quien llama “amigo”. Antes, un sacerdote le había robado a su esposa y abandonado por todos llega a Lima, se acerca a Palacio y deposita su libro. Dos años después dirige una breve carta al Rey, le pregunta si recibió su crónica y si la ha mandado imprimir, le cuenta que tiene una copia como resguardo y lo urge a darle a su libro la importancia que tiene. Wamán Poma era un convencido de las virtudes liberadoras de la escritura; él pensaba que si se publicaba su libro habría una transformación positiva en los Andes; estaba a la espera.

El libro de Wamán Poma estuvo perdido durante cientos de años. De una manera completamente casual, al comenzar el siglo XX, el estudioso Richard Pietschmann lo encontró en Copenhague, en la biblioteca del Rey de Dinamarca. Cómo había llegado allí es difícil saber. Consta que llegó al Rey de España, pero se ignora cómo pasó a Dinamarca. No es el único misterio que tenemos aún por resolver, porque en realidad toda su vida aún nos es poco conocida. Sólo tenemos unos datos sueltos y la misma crónica, que al ser escrita con una fuerte pasión nos permite entender el espíritu del cronista indio. Él redactó su *Nueva corónica* casi al mismo tiempo que Garcilaso de la Vega escribía *Los comentarios reales*. Así hubo dos crónicas paralelas y ambas geniales: la una escrita por un mestizo y la otra por un indio. El Perú se dio el lujo de producir, a la vez, las dos interpretaciones fundamentales de nuestro pasado y las recetas básicas para mejorar el porvenir de sus hijos.

Curacas y comunidades

Para ejercer el control colonial, la Corona española mantuvo una serie de instituciones y costumbres provenientes de los tiempos prehispánicos. Entre ellas destacan los curacazgos. Estos eran jefaturas étnicas tradicionales que ejercían el mando de las comunidades de indígenas. Los curacas fueron puestos al servicio del nuevo orden, confiriéndoseles el papel de bisagra en el ordenamiento colonial. Cuando una autoridad española necesitaba tramitar algún punto con los indígenas, no se dirigía a ellos de cualquier manera, sino a través de su curaca. Con él se establecía la naturaleza del punto y se acordaba su cumplimiento. En de esta función, muchas veces los curacas protegían a los suyos y antes que una bisagra solieron funcionar como un muro de contención.

Ya para comienzos del siglo XVII, estaban desapareciendo los grandes señoríos indígenas. A partir de ese momento, los curacas fueron autoridades a escala local, pero la nación indígena perdió las solidaridades del nivel macro y se desvanecieron las instituciones colectivas y las autoridades que soldaban a grupos étnicos numerosos. Los grandes reinos como los lucanas, por ejemplo, se fragmentaron y el cargo de líder indígena, llamado indistintamente curaca o cacique, se ejerció en el ámbito local exclusivamente. Pero, precisamente porque desaparecieron los grandes poderes, en este ámbito, el local, el curaca obtuvo un poder superior al que habían gozado sus pares de la era prehispánica.

Algunos curacas se integraron fácil y rápidamente a la economía mercantil y antes que proteger a los suyos se unieron a la cadena de explotación

que oprimía al campesino. Esa era la opinión altamente negativa de Wamán Poma sobre los curacas. Dice el cronista indio que del campesino andino abusan todo tipo de sanguijuelas, algunas grandes como el lobo, que representa al corregidor, pero que también lo aguijonean animales pequeños, como el ratón, que simboliza al curaca explotador de sus hermanos indios.

La región sur de la zona de Ayacucho muestra mayor concentración de comunidades campesinas que expresan continuidad con los grupos étnicos de altura más estables históricamente. Por el contrario, allí donde en época incaica hubo muchos mitimaes, y reinaba la heterogeneidad, pronto la producción se orientó al mercado y la hacienda fue la forma predominante. Pero, en las zonas altas, una buena parte de las tierras siguieron en manos de indios. La mayor cohesión étnica sirvió para una mejor defensa de las tierras de indios.

Por otro lado, en zonas de haciendas como Quinua, por ejemplo, se puede observar cómo la propiedad concentrada en manos de españoles y criollos se quebraba por el control de tierras en diversos pisos ecológicos de una comunidad indígena e incluso en las tierras de selva alta donde se producía coca. Idéntica situación se puede observar en Huamanguilla y, cerca de la capital, en Socos. Así, las comunidades estuvieron presentes en todas las zonas de Ayacucho; en algunos lugares fueron predominantes como en el sur, pero incluso donde fue mayoritaria la propiedad privada en manos de españoles, la comunidad no desapareció, sino que quedó confinada en medio de haciendas.

Aunque una parte de la producción comunera se destinaba al mercado, la mayoría de los bienes circulaba por otro conducto. Esto no significaba autarquía, porque la producción proveniente de los campesinos comuneros circulaba a través del trueque y daba origen a una amplia complementariedad. De este modo, la lana, carne y los quesos producidos en altura eran intercambiados por el maíz producido en la zona quechua, y también por coca producida en la selva alta, abarcando una producción de al menos tres pisos ecológicos. Los antiguos circuitos y sobre todo las antiguas costumbres seguían operando.

Minería

Un polo ordenador de la vida económica regional durante la era colonial fue la minería. Entre la producción minera destacaba, aunque no exclusivamente, la mina de azogue de Huancavelica y el circuito comercial que giraba a su alrededor. El eje administrativo y comercial se situaba en Huamanga, que era el nudo de todas las rutas.

Durante las primeras décadas de la colonia hubo una afanosa búsqueda de vetas de plata y en Ayacucho se encontraron algunas, pero se agotaron pronto. Hacia 1590 se descubrió plata en Castrovirreyna y por unos años su producción fue deslumbrante, pero se agotó en treinta años. A continuación y desde 1630, entró en operación Cerro de Pasco, cuya importancia fue creciendo progresivamente, pero que recién en el siglo XVIII será la primera mina de los Andes centrales del Perú.

Por su parte, el mercurio fue un producto indispensable de la minería colonial porque era necesario en el proceso de amalgamar la plata. Es decir, sin mercurio no había plata. A su vez, Huancavelica era la única mina de azogue del Nuevo Mundo. Toda la plata del bajo y del alto Perú era amalgamada con mercurio de Huancavelica. Por consecuencia, la mina de azogue, su organización productiva y su circuito comercial estaban normados por la Corona, habiendo establecido un eje principal entre Huancavelica y Potosí.

El mercurio era conocido en la época prehispánica como illimpi y era utilizado para decorar. En tiempos coloniales, la mina fue conocida como Santa Bárbara. Se formó un circuito comercial para su exportación de Huancavelica a Potosí que consistía en bajar por tierra a la costa y embarcar el azogue en Pisco para luego seguir por mar hasta Arica donde el mercurio seguía su camino por tierra hasta Potosí. En la región Ayacucho hubo bastantes arrieros vinculados al transporte minero a la costa. Asimismo, se criaban mulas y caballos en las pampas de Cangallo, para actividades vinculadas al arrieraje. Los caravaneros de antaño se habían transformado en arrieros. Si ayer sus viajes sólo utilizaban llamas, en tiempos coloniales, las caravanas estaban compuestas también por mulas, aunque las llamas no habían desaparecido. El trajín era intenso.

La extracción del mercurio fue posible gracias al sistema de mitas impuesto por Toledo. Los mitayos provenían de Cusco y Apurímac además del mismo Ayacucho. Los mitayos que acudían a Huancavelica estaban excluidos de Potosí. A la mayor parte de los indígenas de los actuales Perú y Bolivia les tocaba realizar una mita cada siete años en alguna de las dos minas principales: Huancavelica y Potosí. Era una forma de abaratar la mano de obra que una vez en su destino era derivada a trabajar con mineros privados que tenían asignada una cantidad específica de mitayos.

El sistema de mitas empleado por los españoles constituye la reutilización para fines muy distintos de una institución propia del antiguo Perú. En época prehispánica, el trabajo para tierras del inca o para obras estatales se había llamado mita. El virrey Toledo recogió la costumbre del impuesto al trabajo para el Estado y la proyectó en una nueva dimensión, para reducir

el costo salarial de los empresarios privados, de una economía minera completamente orientada al mercado mundial.

La mita colonial coincide con el aumento de las exportaciones de plata y con la catástrofe demográfica. De este modo, la mita y el tributo fueron las formas básicas de extracción de ganancia en base a la explotación del trabajo indígena. El período clásico de vigencia de la mita minera corresponde a los siglos XVI y XVII, grosso modo la época de la dinastía de los Habsburgo. Posteriormente, declinó su importancia frente al trabajo asalariado, pero no desapareció del todo, como sí fue el caso en México. En consecuencia, en los Andes, la mita fue una pesada carga que siguió sopor-tando el indio incluso en época de los borbones. No desapareció sino con las Cortes de Cádiz que la abolieron formalmente.

La producción de Huancavelica se mantuvo a niveles elevados por más de un siglo, habiendo comenzado un serio declive recién en la década de 1670. Para aquel entonces, habían disminuido los mitayos y aumentado el número de trabajadores asalariados; proceso que asimismo había ocurrido en Potosí. Durante el siglo XVIII hubo varios intentos por reformar Huancavelica y recuperar los volúmenes de mercurio extraídos, pero no tuvieron éxito. A lo largo de este siglo, la producción de azogue fue declinante, empujando al declive económico a toda la región, aunque hubo otras fuerzas que contrarrestaron la tendencia depresiva.

Como vimos, durante el siglo XVIII, las minas de Cerro de Pasco aumentaron su producción de plata en forma significativa. Esa tendencia fue contraria al declive que en forma paralela experimentaba Huancavelica. Por ello, el circuito comercial que tenía como centro a Huamanga no declinó tanto como cayó el mercurio, sino que se readaptó a un nuevo polo minero dinamizador. De todos modos, el siglo XVIII registra menor riqueza material en manos de españoles y criollos de la región que lo obtenido por estos durante los dos anteriores.

Obrajes

Uno de los ejes económicos puesto en marcha desde el siglo XVI fue el obraje. Eran empresas manufactureras de telas burdas y bayetas elaboradas para consumo de trabajadores. En los obrajes se tejía artesanalmente, pero los operarios estaban reunidos en una misma construcción, que asemejaba una fábrica de antaño.

La ubicación de los obrajes dependía de tres variables: la existencia de un mercado, normalmente se trataba de indios que ya no podían seguir tejiendo su propia vestimenta como era la costumbre prehispánica. Estos

indios que ya no tenían tiempo para tejerse eran los mineros y algunos trabajadores urbanos también. En segundo lugar, el obraje dependía de que hubiera pasto y ganado que ofrezcan abundante materia prima. En tercer lugar, que hayan bastantes indios en los alrededores y, por consiguiente, que la mano de obra sea abundante.

En el temprano siglo XVI, se instalaron al menos tres obrajes en la región ayacuchana: Chincheros, Canaria y Xaxamarca, los tres en zonas rurales. El obraje de Chincheros perteneció a un potentado de Huamanga del siglo XVI llamado Antonio Oré. Este obraje compraba lana directamente a comunidades indígenas de tierras de altura, sin que oficiase de intermediario institución española alguna. Los grandes obrajes situados en el campo siempre tenían tierras complementarias. Ahí se producía alimentos en buena medida para sostener a los trabajadores. Estos establecimientos han sido estudiados por la historiadora Miriam Salas que nos ha proporcionado buenas descripciones y análisis de esta importante empresa económica colonial.

Los obrajes eran lugares reputados por las malas condiciones de trabajo. La mayor parte de los trabajadores eran mitayos, tributarios en trabajo, o personas que estaban cumpliendo obligaciones, por ejemplo sanciones impuestas en los tribunales por incurrir en deudas que no podían pagar. Incluso hubo trabajo esclavo en los obrajes ayacuchanos y los menos fueron trabajadores asalariados. Estuvieron situados en el campo y en realidad eran complejos manufactureros y agropecuarios que buscaban su autoabastecimiento de productos alimenticios. Este ideal autártico tuvo su esplendor durante el siglo XVII, cuando varios y grandes obrajes incorporaron, haciendas en un radio de seis leguas a la redonda.

El duro régimen laboral al que estaban sometidos los trabajadores se complementaba con el sistema de fijar la mano de obra con deudas. Este procedimiento consistía en entregar productos a cuenta, que luego el operario no podía pagar con su trabajo, generándose una cadena que lo obligaba a permanecer en el obraje.

Desde comienzos del siglo XVII se registra la presencia de tejedores en los barrios indígenas de Huamanga, e incluso el barrio de Carmen Alto, uno de los más tradicionales de la ciudad, se especializó en producción textil. Como parte de su carácter artesanal y comercial, la ciudad de Huamanga adquirió el perfil de una urbe manufacturera donde se tejía sin cesar.

En el transcurso del siglo XVII, muchos obrajes rurales van pasando a manos de la Iglesia. Inclusive, los nuevos obrajes que se abren en el campo pertenecen a órdenes religiosas, como por ejemplo el obraje situado en las extensas y bien integradas propiedades de los jesuitas en el valle de Ninabamba.

No hubo ningún obraje que fuera propiedad de indígenas. Como institución económica, el obraje permaneció en manos de españoles o criollos. Como tipo de empresa económica se mantuvo vigente a lo largo de los siglos coloniales y perdió presencia recién cuando no pudo competir con las telas inglesas producidas industrialmente. Pero, esto corresponde al temprano siglo XIX y es un asunto más bien republicano. Durante la era colonial, la producción textil local cumplió un destacado papel económico. Ella articulaba ciudad y campo, conectando la esfera mercantil con la producción no comercial.

Haciendas

En forma progresiva, la hacienda colonial fue imponiéndose como forma principal de propiedad en el campo. En el concepto hacienda se incluyen tanto unidades grandes como también medianas, mientras que las unidades pequeñas son llamadas chacras.

La hacienda colonial en manos de españoles o criollos se opuso a la comunidad que proseguía en poder de los indígenas. La comunidad había sido instaurada por Toledo para la organización de la población indígena y mantuvo sus tierras a cambio del pago de tributos.

La hacienda colonial nació de las llamadas “composiciones de tierras”, como se denominaba a subastas que periódicamente organizaba el Estado para transferir a manos privadas tierras que anteriormente habían estado en poder de indígenas. El pretexto para las composiciones era el mismo descenso de la población, que dejaba tierra libre y permitía la subasta.

Las regiones más conectadas al mercado fueron las primeras donde predominaron las haciendas. Alrededor de Huamanga, por ejemplo, rápidamente se extendió un anillo de haciendas productoras de bienes comercializados en la misma ciudad, entre los que destaca el trigo. El complejo panadería-hacienda triguera pronto fue uno de los ejes de actividad social y económica que caracterizaron la vida urbana colonial.

La mano de obra de las haciendas surgió de la misma población andina. Una parte de los tributarios prefería pasar a la condición de yanacona y trabajar en alguna hacienda para un español antes que continuar soportando la pesada carga del tributo. Los hacendados estaban muy interesados en fijar mano de obra en sus propiedades, porque los trabajadores valorizaban la propiedad, que más valía por el número de sus peones residentes que por la cantidad de hectáreas que pudiera abarcar.

A fines del siglo XVIII, el intendente O'Higgins informaba que en las zonas de Huanta, Anco y Chungui habían más de ochocientas haciendas de

cocales; mientras que sobre el Pampas y el Andahuaylas habían algunas pocas, pero muy ricas haciendas azucareras; también confirmaba que en las zonas altoandinas de Lucanas y Chocorbos la comunidad campesina había resistido mejor y contenido la expansión de las haciendas. No obstante la persistencia de la comunidad en zonas de altura, en realidad, toda gran propiedad terrateniente incluía tierras a diversas alturas, en búsqueda del ideal de combinar cultivos con pastos y ganadería.

ARRIEROS, FERIAS Y COMERCIANTES

En época colonial hubo mucho intercambio y movimiento comercial, no obstante que los medios de transporte eran muy sencillos. Por ello, una parte de la población vivía dedicada a movilizar bienes de un lugar a otro. La minería obligaba al arrieraje, pero también toda la producción destinada al mercado urbano. La suma era considerable y habían barrios enteros de la ciudad de Huamanga dedicados al negocio del transporte de mercaderías.

Los caminos eran muy malos. Durante la era colonial no se había mantenido el camino inca y el paso de las mulas había terminado por arruinar los caminos prehispánicos, concebidos para pisadas suaves, propias de personas y camélidos. Por otro lado, la colonia no construyó carreteras propiamente dichas y no se empleaban vehículos provistos de ruedas, sino que el transporte se realizaba a lomo de bestia, tanto mulas como las infaltables llamas. Se trataba de caravanas manejadas no por el Estado sino por contratistas particulares. Ellos eran personajes sociales que provenían del mundo de los pastores, aunque en la época colonial estaban sentados en Huamanga, ello no significaba que habían perdido sus conexiones con las comunidades de altura proveedoras de animales de carga.

Los arrieros alquilaban sus servicios de transporte y conformaban una red de intermediarios especializados. Pocos incluían el comercio por su cuenta, la mayor parte eran exclusivamente transportistas. Ellos articulaban la producción mercantil con la campesina.

Algunas provincias estaban situadas en zonas de paso hacia mercados densos y una buena parte de sus habitantes eran arrieros. En el sur de Ayacucho, era el caso de Parinacochas y de Páucar del Sara Sara, que a decir del intendente de fines del siglo XVIII, O'Higgins, eran "la garganta que llevaba al Cusco". Estas eran antiguas zonas pastoriles que

Sigue...

... Viene

habían conservado el rasgo de intensa movilidad que caracteriza a este tipo de sociedades.

La opinión del intendente se fundaba en el hecho de que un tramo privilegiado de las rutas comerciales regionales ayacuchanas era la conexión con la costa y con la región de Ica. Las llamadas “cabezadas”, o a veces denominadas “bocas”, de entrada a los valles yungas costeños eran de especial importancia y eran los nudos donde buena parte de la población se especializaba en arrieraje. La conexión con la costa de la región Ica, siguió siendo, al igual que en el pasado prehispánico, una de las características de Ayacucho y una de sus rutas cruciales.

La segunda ruta principal era el camino longitudinal de la sierra, una readaptación del antiguo camino inca, el Qhapac Ñan prehispánico. Esta ruta llevaba a Huancavelica y posteriormente al valle del Mantaro por el norte, mientras que en dirección opuesta conducía primero a Andahuaylas, luego a Abancay y arribaba al Cusco, antes de emprender hacia Puno y el Alto Perú. Desde allí se extendía hasta el Tucumán argentino y en ocasiones hasta Buenos Aires, que ya en el siglo XVIII se convirtió en un importante imán, al terminar la ruta del Alto Perú.

Por su parte, las ferias eran grandes concentraciones de peregrinos que acudían a un lugar específico para celebrar una fiesta religiosa determinada. En forma paralela a la celebración religiosa, cada una de estas fiestas era ocasión para un comercio muy extenso y la formación de un inmenso mercado temporal. Estas ferias estaban organizadas en circuitos y el más famoso era el de la Semana Santa en Ayacucho que veremos en otra sección de este mismo libro.

Otra feria muy famosa de la región se realizaba en el santuario de la Virgen de Cocharcas, situado en la provincia de Aymaraes de la región Apurímac de nuestros días. El geógrafo del siglo XVIII, Cosme y Bueno, cuenta que “al santuario de Cocharcas vienen a solicitar protección desde lejanas tierras... Su principal festividad se celebra el 8 de septiembre y se celebra una feria que dura 12 días”.

En estas ferias una buena parte de los concurrentes eran campesinos comuneros que precisamente trocaban sus productos en forma masiva gracias a estas circunstancias. De acuerdo con Alonso Carrió de la Bandera, llamado Concolorcorvo, la feria de Cocharcas “era la mayor que tienen los indios [...] concurren de varias provincias en número superior a dos mil [...]”. De este modo, al igual que en el mundo prehispánico la gente se movilizaba para rezar en santuarios religiosos y viajaba a lugares especiales para encontrarse entre rezos e intercambios de bienes.

Esclavitud

El comercio de esclavos en el Ayacucho colonial nunca fue significativo, sino marginal con respecto a la corriente principal de mano de obra, que siempre fue la indígena. No obstante, la presencia de esclavos fue regular, porque a lo largo de todos los siglos coloniales se hallan casos particulares de esclavitud, tanto urbana como rural. Asimismo, a lo largo de estos trescientos años, se hallan casos tanto de esclavitud doméstica y señorial, de casa, como también esclavitud con propósito económico, sea como jornalero urbano, o como trabajador de obraje, o también como peón agrícola. Inclusive se hallan negros en la mayoría de los propósitos mineros regionales, incluyendo a Huancavelica.

Durante el primer siglo colonial, el Perú fue un importante importador de esclavos. Pero, cien años después, en el transcurso del siglo XVII esta importancia declinó porque empezó a recuperarse la población indígena, al comenzar a superarse los estragos de la catástrofe demográfica. Como fuerza de trabajo, los indios siempre fueron más baratos, porque estaban aquí y no había que transportarlos desde la lejana África. Aunque los esclavos eran propiedad absoluta de un amo, mientras que el indio tuvo condición de nación derrotada obligada a servidumbres, pero nunca fue esclavizado.

Durante estos dos primeros siglos de vida colonial fue moderada la corriente migratoria forzada procedente del África hacia América hispana. Pero, durante el siglo XVIII aumentó considerablemente. No sólo en las colonias españolas sino en todo el Caribe y la costa este de Norte y Sudamérica. Tanto el Brasil como los futuros EE.UU. recibieron millones de esclavos durante el XVIII. En contraste, la costa oeste del Nuevo Mundo no participó sino en muy escasa medida, de este gran impulso importador de esclavos que caracterizó al Siglo de las Luces. Así, el Perú fue un destino menor en comparación con otros países como Haití, Venezuela, Jamaica, Brasil y sorprendentemente la Argentina.

En efecto, la Argentina colonial era un país habitado por bastantes esclavos procedentes del África. De hecho, en las vísperas de la Independencia la mitad de la población de Buenos Aires era negra o mulata. Esta población originaria fue luego sumergida por la gran corriente migratoria europea que llegó a la Argentina años después, en la segunda mitad del XIX. Pero, en época de San Martín habían muchos africanos en Argentina, tal es así que uno de sus famosos regimientos de Granaderos estaba compuesto por negros y mulatos libres.

Pues bien, de la Argentina procedían los esclavos que llegaron a Ayacucho a finales del siglo XVIII. El Virreinato de Buenos Aires era el puerto de

partida de algunos cuantos esclavos que fueron parte de la pequeña participación ayacuchana de la gran alza de importaciones de esclavos procedentes del África en la América colonial de finales del XVIII.

Abundante información sobre estos esclavos se halla en el AHR de Huamanga, sobre todo en los testamentos que se hallan entre los legajos del notario García Blázquez de Huamanga, correspondientes a los años 1770-1790. Estos documentos muestran que la mayor parte de los esclavos eran destinados para realizar labores productivas, fundamentalmente en las haciendas, como fue el caso del joven esclavo llamado simplemente “Manuel” y carente de apellido, lo cual es muy frecuente en la documentación sobre esclavitud en América. Este joven esclavo fue adquirido para realizar trabajos en la hacienda del sacerdote Félix de Olaechea. En tanto los esclavos “Manuel” y “Felipe Salazar” laboraron en las propiedades del coronel Fernando García Bedriñana. Por su parte, el esclavo llamado “Francisco Vila” tenía antecedentes penales, al estar recluso en la cárcel de Huamanga acusado de un robo; logró su libertad gracias al pago de una fianza por parte de Fernando Ruiz de Cossío, próspero comerciante huamanguino, convirtiéndose en dueño y amo del esclavo, que fue vendido a Juan Antonio Velásquez por la suma de 500 pesos para realizar trabajos en obras.

Otros esclavos fueron destinados a realizar actividad panificadora en los famosos hornos de la ciudad de Huamanga que se encontraban en el actual jirón Arequipa. La panadería era un establecimiento seguro contra fugas. Además, el dueño de la panadería pagaba el jornal directamente al amo. Esta doble condición hacía muy interesante colocar esclavos a trabajar en las panaderías de Huamanga. Como todos sabemos, estas panaderías fueron célebres a lo largo de la colonia y sus productos en ocasiones servían para facilitar los intercambios en el campo ayacuchano.

El trabajo en la panadería era sostenido y sistemático debido a los plazos fijos y diarios a cumplir. Además, era una entidad económica que movía dinero. Ambas características son importantes para entender su papel como centros de carcelería y de trabajo de esclavos insumisos. La seguridad de la panadería hacía que, inclusive, las cortes de justicia común enviasen reos comunes a esos centros productivos. De un lado, evitaban así la sobrepoblación y hacinamiento en las cárceles normales y, de otro, el trabajo del penado permitía pagar las costas procesales y la deuda o daño por el que estaba preso.

Las mujeres esclavas de Ayacucho mayormente se dedicaban a las labores domésticas, ya sea para el cuidado de los hijos de sus dueños, para preparar los alimentos como cocineras, realizar labores de limpieza y en el servicio y atención preferencial de la esposa del dueño de casa. Pocas mujeres esclavas

estuvieron tan involucradas en la producción como lo estaban los hombres. En el caso ayacuchano no se encuentra una relativa falta de distinción sexual que se halla, por ejemplo, en las plantaciones azucareras donde hombres y mujeres esclavos trabajaban a la par, divididos no por género sexual sino exclusivamente por grupos de edad.

Grandes poseedores de esclavos fueron los jesuitas quienes tuvieron una organización económica muy moderna y dirigida al mercado. En realidad, las propiedades de los jesuitas ejercían el liderazgo de las unidades productivas que abastecían el mercado regional del siglo XVIII, hasta su expulsión en 1767. Por ejemplo, en 1754, los jesuitas tenían 116 yanaconas indígenas trabajando en la hacienda de Ninabamba, así como 30 esclavos, entre hombres y mujeres. La proporción era de un esclavo por cada cuatro yanás. Al momento de la expulsión, los esclavos de esta hacienda habían aumentado a 35.

El precio de venta de un esclavo variaba en funcionan a la edad y el género sexual. Los esclavos cuyas edades estaban entre 18 a 25 años costaban entre 450 a 500 pesos, mientras tanto los esclavos mayores de 40 años, bajaban de precio a tan solo 130 o 200 pesos. Por su parte, las mujeres esclavas en edad de procrear costaban entre 180 a 300 pesos, dependiendo siempre del estado físico y la edad. Las mujeres habrían sido más baratas porque no estaban tan incorporadas al mercado de trabajo, sino destinadas fundamentalmente al trabajo doméstico. Los esclavos hombres, por el contrario, trabajarían en actividades mercantiles.

Como vimos, el comercio de esclavos se realizó desde la Argentina, siguiendo la ruta terrestre de Salta y Potosí. Normalmente eran importaciones de esclavos a pedido, porque no había ninguna plaza ni momento del año donde se vendiera libremente a los esclavos recién llegados. A diferencia de las imágenes que tenemos del Caribe, con sus mercados de esclavos al aire libre, en la Huamanga colonial, los esclavos llegaban encargados especialmente a comerciantes establecidos, que tenían catálogos para mostrar a los interesados en adquirir las malamente llamadas piezas de ébano.

Desarrollo urbano de Huamanga

Las casas señoriales son lo más representativo de la arquitectura civil en la Huamanga colonial. Ellas se ubican, al igual que las iglesias, en el núcleo central de la ciudad; alrededor de la plaza de Armas y unas cuantas calles adyacentes. En cuanto a su diseño y distribución de ambientes, la casona señorial ayacuchana se inspira en la vivienda castellana de clases altas, aunque algunos elementos logran dotarla de personalidad y acento propio.

La planta tiene un modelo de distribución que generalmente se repite en todas estas residencias. El portón principal de entrada es de madera con incrustaciones de hierro a manera de rosetones. A continuación viene un zaguán con techo de bóveda; sus dimensiones permiten el paso de caballos y carretas al primer patio, que tiene el suelo empedrado y con senderos de laja para circulación de personas. El patio principal es abierto, dotado de galerías con arcos que podrían ser de piedra o ladrillo. En estos corredores habían columnas muy características dotadas de una base de piedra tallada.

En torno a este patio principal surgían habitaciones que cumplían funciones diferentes. Dos salones centrales se oponían a ambos lados del patio, recorriéndolo a lo ancho. En estos salones se desarrollaba la vida social y económica de la familia y en ocasiones la religiosa, pues uno de ellos solía ser un oratorio. Los negocios de la familia se manejaban desde este patio.

Del patio principal, por un corredor, se pasaba al segundo patio, generalmente también con galerías. En este segundo patio se situaba la vida íntima y familiar. Aquí se hallaban los dormitorios, el comedor de diario, la alacena y la cocina. En el fondo de la casa se hallaba el jardín, huerta y alojamiento de la servidumbre.

En el caso de un segundo piso, la escalera era de piedra y se ubicaba en un ángulo del patio principal. El aspecto de esta escalera era imponente y llevaba a los dormitorios. En esta segunda planta habría también una galería, sus columnas eran de madera y muy delicadas. Los balcones exteriores eran algunos cerrados y otros abiertos, pero todos trabajados en rica madera ornamentada por expertos ebanistas. El techo era de tejas sostenido por un maderamen muy sólido.

La casa solariega fue imponente, pero eran pocas. En forma paralela, se desarrolló un patrón popular mucho más sencillo, que realmente dominó la ciudad. Ésta era una casa pequeña con puerta y frente directo a la calle, compuesta por varios cuartos, unos a continuación de los otros, sin corredor. En este modelo se hallan dormitorios a continuación de un área inicial de uso social. Sigue una cocina, despensa y pequeña huerta.

En los barrios populares se halla otra vivienda aún más modesta, que tiene una galería exterior y luego una habitación rectangular de múltiples usos: social, cocina, despensa. Al fondo un corral y los dormitorios completan este tipo de vivienda popular. Pero no eran los únicos modelos, también se hallaban callejones y corralones; amplios espacios cercados por fuera y abiertos al interior, donde se concentraban pequeñas viviendas abigarradas. Las formas populares de vivienda registran combinaciones diversas entre los patrones prehispánicos y los nuevos vientos occidentales.

Este núcleo urbano se halla actualmente amenazado por la modernidad y, por el contrario, es de especial interés su conservación. Una parte significativa de la identidad regional se resume en el aspecto de ciudad antigua que aún mantiene Ayacucho. Esa imagen constituye también un especial atractivo para los visitantes y es un recurso de la ciudad en su conjunto.

Arte y vida religiosa

En 1609 se creó el obispado de Huamanga, desmembrado de la jurisdicción del Cusco y desde 1613 asumió el primer obispo, fray Agustín de Carvajal. Veinte años después, en 1632, el entonces obispo, Francisco Verdugo, inició la construcción de la Catedral, consagrada recién en 1672 por el famoso obispo Cristóbal de Castilla y Zamora. Ambos fueron los más importantes obispos del siglo de oro de la Iglesia católica en Ayacucho, es decir la decimoséptima centuria. Sin embargo, fue en el siglo XVI, primero de la conquista española, que se pusieron los cimientos del catolicismo colonial ayacuchano.

A este respecto, una relación de 1586 informa que en Huamanga apenas habían 150 españoles y que el pueblo, con título de ciudad, era bastante pequeño. Esa relación añade que las iglesias eran de dimensiones reducidas, pero que estaban finamente adornadas con molduras y pinturas. Muy temprano habría llegado a Ayacucho un grupo de artesanos moriscos, que dejó una profunda huella en la ciudad, de la que resta hasta hoy el artesonado de la iglesia de Santa Clara, de obvia inspiración mudéjar.

Fue muy alta la inversión en construcción y embellecimiento de las iglesias. Ese elevado gasto social se explica porque el sentimiento religioso era muy intenso. La verdad revelada se sentía con pasión y hubo un sincero afán de santidad entre algunos sacerdotes y líderes espirituales muy severos. El común de los mortales formó la multitud religiosa que nació en esta época. Los sectores populares y el conjunto de la sociedad seguían con atención la prédica de los sacerdotes y la vida diaria estaba regida por un calendario inspirado en el evangelio. Las formas eran objeto de especial atención para las personas de ese tiempo, ya que la vida cotidiana y privada no estuvo tan regida por los mandamientos del catolicismo, como sí lo estaba la vida social y pública. En esta última se guardaba un orden ejemplar y se buscaba la coherencia entre el modelo de vida propuesto por la religión y la conducta del individuo en la esfera social.

Las órdenes religiosas se especializaron en determinadas actividades de la evangelización. Por ejemplo, los franciscanos instruyeron al indio en materia de fe católica, mientras los dominicos prefirieron la educación

superior; por su parte los jesuitas fundaron colegios de enseñanza secundaria. Estas dos últimas congregaciones dirigieron sus esfuerzos a la educación de los sectores altos y medios y se concentraron en la sociedad hispanoperuana. Cada una de estas órdenes construyó su iglesia y se sumó a las numerosas del clero secular dependiente del obispo, pues llegaron a las famosas 34 iglesias de las cuales se enorgullece Ayacucho.

Como vemos, durante la primera época de la ciudad nacieron las iglesias ayacuchanas, numerosas y no muy elevadas. La Catedral comenzó como un edificio de una sola planta ampliado por el obispo Castilla y Zamora, que le añadió dos naves laterales al tiempo de su solemne consagración.

Por su parte, las fachadas de las iglesias son sencillas y se hallan lejos de la característica ornamentación recargada de las iglesias del sur peruano: Cusco, Arequipa y Puno. Las iglesias cuentan con dos torres gemelas que sobresalen apenas unos metros por encima de los techos de las casas de dos pisos. Ese patrón se halla reproducido en la artesanía de Quinua, donde la pequeña iglesia de barro tiene todos los elementos estructurales de la iglesia ayacuchana prototípica. Así, la iglesia ayacuchana esencial es pequeña y de exterior más bien sencillo.

Pero las iglesias ayacuchanas poseen un interior barroco de gran realce que contrasta con la fachada severa y sin mayor ornamentación. Al interior de los templos se manifestó el poder individual de los encomenderos y de los señores de las minas. Ellos mandaron a construir espléndidas capillas laterales y retablos dorados que expresan el momento cumbre del barroco. De este modo, si el exterior es modesto, el interior, por el contrario, es suntuoso.

Ayacucho es una de las pocas ciudades del Perú que mantiene tantos edificios religiosos renacentistas, construidos durante los siglos XVI y XVII. Afortunadamente no fueron remodelados, sino que se construyeron nuevas iglesias a la moda del siglo XVIII. Entre ellas destaca la iglesia del convento de Santa Teresa que reproduce la sencillez de las líneas que caracteriza a Ayacucho, completamente alejada de la exuberancia ornamental de Cusco y Puno. Sin embargo, Santa Teresa tiene un altar principal de tres pisos y de tres calles, imponente y soberbio, dotado de movimiento gracias a infinidad de delicadas tallas en la madera. Los espejos le añaden elegancia porque permiten reflejar a la multitud religiosa vestida con sus mejores galas. El retablo del altar mayor se complementa con el maderamen del coro alto, dotado de incrustaciones de marfil y concheperla cuya prestancia lo convierte en una de las joyas mayores del arte virreinal peruano.

Así, Ayacucho desarrolló una personalidad religiosa y arquitectónica propia, fundada en el contraste entre el exterior y el interior. Ese patrón se fundó en el siglo XVI y se proyectó en el tiempo a lo largo de la colonia.

La fundación de la Universidad de San Cristóbal

El famoso obispo de Ayacucho Castilla y Zamora era hijo ilegítimo del anterior Rey de España, Felipe IV, por lo tanto era hermano del Rey Carlos II. Por esta razón, el obispo tuvo influencia suficiente en la Corte para fundar la Universidad de San Cristóbal en 1677. En Huamanga, ya para aquel entonces existía el colegio jesuita fundado en 1604, ubicado en un solar de la actual primera cuadra del jirón 28 de Julio. Castilla y Zamora argumentó que para el crecimiento y progreso de la región era indispensable que Huamanga cuente con una institución de enseñanza superior que otorgue grados académicos mayores.

La iniciativa del obispo ayacuchano encontró la oposición de la Universidad de San Marcos que opinó que no había demasiada distancia entre Ayacucho y Lima; además que habían muchos estudiantes en San Marcos que venían desde lugares mucho más alejados que Ayacucho. Por último, San Marcos opinó que en el virreinato del Perú, la enseñanza superior era suficiente consigo misma y con la ya existente Universidad del Cusco. Pero, Castilla y Zamora adoptó medidas para poner en marcha a San Cristóbal; donó su palacio y algunas casas situadas junto a la Catedral para el funcionamiento de la universidad; asimismo, le otorgó algunas propiedades urbanas para su sostenimiento; finalmente redactó las constituciones de la fundada casa superior de estudios. En este sentido, el obispo Castilla y Zamora fundó la Universidad San Cristóbal, aunque no terminó de vencer las numerosas resistencias internas en el mismo virreinato del Perú para ponerla en marcha.

Por ello, el comienzo efectivo de clases tuvo que esperar más de veinte años que fueron de redobladas presiones de la sociedad ayacuchana y también de los poderosos mineros de Huancavelica. La Universidad de San Marcos no cedía y el virrey no le daba el pase a San Cristóbal, pese a contar con autorización real desde 1680 y bula pontificia dos años después. En esa situación asumió el obispado de Huamanga Diego Ladrón de Guevara, quien logró que el virrey autorice la apertura de clases y el funcionamiento efectivo de la universidad. Corría el año 1704 cuando Ladrón de Guevara tuvo la satisfacción de presidir el solemne lanzamiento de la enseñanza superior en Ayacucho. Este obispo añadió algunas constituciones a las primigenias redactadas por Castilla y Zamora. Además, fue el primer rector y en este sentido es el segundo fundador de San Cristóbal.

Las labores académicas se iniciaron con dos facultades: Teología y Artes. Los estudios de carácter general se daban a través de la cátedra de gramática y superado este primer estadio, los alumnos quedaban divididos según sus intereses. Los estudios de Arte eran en realidad de lo que hoy llamamos

Filosofía. Los estudiantes de esta especialidad recibían clases de Lógica, Física y Metafísica, siguiendo los preceptos de Aristóteles. En esta facultad los grados concedidos eran de bachiller, licenciado y maestro. Por su parte, los estudiantes de Teología seguían clases de Escolástica y de Moral. En Teología, además de los grados concedidos también por Artes se añadía el grado de Doctor.

La empresa temporal de la Iglesia católica

Hacia 1600 y en forma progresiva, la Iglesia Católica fue surgiendo como una institución terrateniente, dueña de numerosas haciendas. Entre otras órdenes religiosas, interesa subrayar la importancia de la actividad de los jesuitas como organización económica. Ellos fueron la cuarta orden religiosa en establecerse en Huamanga, habiendo llegado en la década de 1580. Para ese entonces ya estaban establecidos los mercedarios, quienes fueron los primeros en 1541, luego los dominicos en 1548 y los franciscanos en 1552. Sin embargo, los jesuitas cobraron especial relevancia como empresa económica desde su instalación en el siglo XVI hasta su expulsión por los borbones en 1767.

Los jesuitas iniciaron en 1626 la construcción de su iglesia y convento. Ellos le confirieron una formación profesional a sus sacerdotes, concebidos como salvadores de almas con mentalidad moderna. Ellos eran militantes de una organización religiosa que en paralelo disponía de objetivos económicos muy claros y precisos. En el territorio de Ayacucho, su principal hacienda fue Ninabamba y abarcaba buena parte de la provincia de La Mar.

En la hacienda Ninabamba, los jesuitas sembraban caña de azúcar, añil; además la propiedad tenía bastante ganado vacuno y ovino, incluyendo manufactura puesto que disponía de un obraje y un molino. Asimismo, se hallaba la producción de coca, extendida en el frente oriental de la hacienda, en las quebradas que corren al Apurímac. Esta gran hacienda disponía de numerosos pisos ecológicos y su producción se complementaba para obtener el máximo provecho posible.

Ninabamba no era la única hacienda de los jesuitas en Ayacucho; también alquilaban el obraje de Xaxamarca, que era propiedad de las monjas de Santa Clara y poseían estancias y fundos en diversas partes. Entre sus productos destacaban los alfalfares y también los extensos cultivos de vid.

Muchas órdenes religiosas, especialmente las monjas, se dedicaron a alquilar sus propiedades para vivir de sus rentas. Los conventos de Santa Clara y Santa Teresa tenían haciendas y obrajes que alquilaban a particulares.

Sin embargo, los jesuitas condujeron directamente sus propiedades y las orientaron al mercado. En ocasiones predominaba un producto principal, como por ejemplo, el azúcar en el valle del Pachachaca, en Abancay, pero en otras propiedades, los jesuitas mantenían una producción bastante diversa.

Asimismo, los jesuitas combinaban todas las formas posibles de utilización de mano de obra: esclavos, colonos, yanaconas, mitayos y hasta presos que cumplían sus condenas trabajando para la orden religiosa.

En el momento de la expulsión, en 1767, las propiedades de los jesuitas en Huamanga representaban el 5% del valor total de sus bienes en todo el virreinato del Perú. Después de esa fecha, el valor de sus propiedades decayó en forma considerable, revelando lo bien organizados que habían sido sus dueños originarios.

Como señalan los afamados viajeros españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, las órdenes religiosas en el siglo XVIII se habían concentrado en las ciudades; desde ahí administraban su obra religiosa y sus propiedades. El campo era dominado por sacerdotes doctrineros, llamados seculares que vivían de los servicios religiosos que prestaban a las comunidades.

El diezmo era un impuesto que la población pagaba para el sostenimiento de la religión católica. Este impuesto iba en lo fundamental al cabildo eclesiástico de Huamanga que absorbía el 52% de lo recaudado anualmente. En este sentido, el diezmo servía para el sostenimiento de la alta curia, mientras que los curas rurales vivían de los servicios que prestaban.

Repartos y rebeliones

El sistema colonial incluyó la autorización a los corregidores para repartir mercaderías en forma obligatoria a los indios de su jurisdicción. De este modo, el corregidor fue un agente de la circulación y de la expansión del mercado capitalista, aunque a costa de la compulsión extraeconómica.

El puesto de corregidor salía al remate y los candidatos invertían fuertes cantidades en obtenerlo. Incluso, los candidatos a corregidor pagaban en estos remates bastante más dinero que la suma de los salarios que el puesto devengaba. Los comerciantes adelantaban dinero para la puja y de salir vencedor, entonces repartiría mercaderías provenientes de la tienda del comerciante en cuestión.

El sistema dio origen a múltiples abusos. No obstante que las mercaderías solían tener utilidad para la economía campesina, los precios eran muy elevados y los indios resintieron los repartos. Peor aun ello, los repartos se multiplicaron. Entre 1750 y 1780 su valor se triplicó.

En el caso de la gran rebelión de Túpac Amaru, 1780, no cabe duda de que el reparto obligatorio de mercadería fue una de las razones de la lucha de los indígenas contra el sistema colonial. Sin embargo, esta rebelión se detuvo en las puertas de Ayacucho y salvo en la cuenca cocalera del Apurímac, la rebelión del cacique de Tinta no obtuvo apoyo en la región. Inclusive se formaron tropas para combatir a Túpac Amaru. Entre ellas destacó una columna enviada de Huanta conducida por los tenientes de los reales ejércitos, Pedro José y Tadeo Lazón. Esa fue la primera vez que los recios campesinos iquichanos fueron convocados por los realistas para combatir a fuerzas rebeldes.

Pocos años atrás había sido también la situación de la rebelión de los ashaninkas conducidos por Juan Santos Atahualpa, que logró estremecer toda la ceja de selva central, pero que se detuvo al llegar a la sierra de Ayacucho. En la región de selva alta, tanto en Huanta como en la actual La Mar, hubo grandes tensiones y los corregidores montaron una expedición en 1750 para enfrentar la reunión de multitud de indios denominados “infieles”, que amenazaba haciendas y asentamientos españoles. Para aquel entonces, los sublevados habían muerto a flechazos a varios sacerdotes jesuitas que se habían adentrado en sus tierras a predicar la obediencia a la Iglesia Católica y al Rey de España.

A pesar de que Ayacucho constituyó una frontera de las grandes rebeliones indígenas y mestizas, a lo largo del siglo XVIII hubo muchas protestas populares en el ámbito local e incluso estallidos de protesta popular. Pero no confluyeron en una sola gran rebelión ayacuchana, sino que se diluyeron a pequeña escala.

BIBLIOGRAFÍA

CAVERO BENDEZÚ, Luis

2006 *Monografía de la provincia de Huanta*, 2 tomos, primera edición en 1953. Lima: Editorial Horizonte.

GALDO, Virgilio

1992 *Ayacucho: conflicto y pobreza. Historia regional, siglos XVI – XIX*. Ayacucho: Universidad de San Cristóbal de Huamanga.

GONZÁLEZ CARRÉ, Enrique, Jaime URRUTIA y Yuri GUTIÉRREZ

1995 *La ciudad de Huamanga: espacio, historia y cultura*. Ayacucho: Universidad de San Cristóbal de Huamanga.

SAN CRISTÓBAL, Antonio

1998 *Esplendor del barroco en Ayacucho*. Lima: Banco Latino-Ediciones PEISA

STERN, Steve

1986 *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española. Huamanga hasta 1640*. Madrid: Alianza Editorial.

URRUTIA, Jaime

1985 *Huamanga, región e historia, 1536-1770*. Ayacucho: Universidad de San Cristóbal de Huamanga.